CONVERSACIONES

SOBRE EL

PROTESTANTISMO ACTUAL.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ILMO. SR. L. G. DE SEGUR,

PRELADO ROMANO

y Canónigo del capítulo imperial de S. Dionisio.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR UN SACERDOTE.

(Con la licencia necesaria)

SEVILLA.—1862.

IMPRENTA DE D. A. IZQUIERDO,

Francos 45.

PREFACIO

DE LOS EDITORES FRANCESES.

El objeto de este libro era defender la fé católica contra la propaganda protestante. Este objeto se ha conseguido aun en una escala mas estensa de la que esperaba el autor. Los Ministros protestantes se han encargado de darnos esta buena noticia. El Sr. Faye, ministro protestante de Lyon, quejándose amargamente del mal que hacia esta obrita, declaraba en 1859 á una asamblea de agentes hereges celebrada en Ginebra: «que los protestantes salen mal con *todos* los que han leido estas Conversaciones.» Un pastor protestante de Poitiers hacia la misma confesion, casi en los propios términos. Conocemos además muchas familias católicas, ya muy agitadas por la propaganda protestante, que se han afirmado en la fé con esta lectura.

Este libro ha sido tambien útil aun á los mismos protestantes. La muger de uno de los pastores de Paris, al devolver á una amiga católica el ejemplar que esta la habia dado prestado, decia: «Despues de haber leido esto, ya no puedo quedarme protestante. Es necesario que hable á mi marido.» Otra señora protestante inglesa, muy instruida y distinguida, encontró en este libro, con la gracia de Dios, la luz de la verdadera fé y se hizo católica en el mes de julio de este mismo año. Murió pocas semanas despues de su conversion, y dejó dispuesto que se la sepultase, llevando sobre el corazon un ejemplar de este libro, que habia sido el instrumento de que se valió la bondad de Dios, para reducirla al camino de la verdad.

Estos hechos hablan mas elocuentemente que todos los elogios, para recomendar la obra de Monseñor de Segur al celo de los Sacerdotes y de los fieles, que procuran precaver á las almas contra las seducciones del protestantismo.

CONVERSACIONES

SOBRE EL

PROTESTANTISMO ACTUAL.

PRIMERA PARTE.

I.

¿POR QUÉ SE HA ESCRITO ESTE LIBRO?

Estas *Conversaciones sobre el protestantismo* se dirigen mas bien á los católicos que á los protestantes: ellas no son un ataque, ni siquiera una controversia; son una obra de preservacion y de defensa.

Se ha preguntado: «¿Pará que es hablar aun del protestantismo en la época que alcanzamos? ¿No se ha fundido de tal manera el protestantismo con el racionalismo y la incredulidad, que ya no existe como secta religiosa? Y por otra parte ¿no tienen bastante buen sentido y sufi-

ciente lógica los católicos, para dejar qne se arraigue entre ellos el protestantismo?»

Ciertamente, este es profundamente antipático á nuestro pais; y no menos incontestable es que del protestantismo, como secta religiosa, no quedan mas que ruinas. Pero hay ruinas de que se debe desconfiar, porque pueden servir de receptáculo y abrigo á los malhechores, los cuales no se atreven á mostrarse descubiertamente en los caminos reales. De esta clase es el edificio cuarteado del protestantismo, en cuyo recinto se congregan todos los enemigos de la iglesia cada dia mas; pues su sombra encubre fácilmente sus proyectos impios. Ahi hallan benévola acogida todas las rebeliones contra la iglesia y la sociedad: esas ruinas se convierten en una fortaleza; y el protestantismo moribundo, se transforma si no lo es ya, en una fuerza inmensa de destruccion.

Reanimado y recalentado por los impios, á quienes recibe en su seno, se le vé desembarazarse, pieza á pieza, de su armazon teológica del siglo XVI; y mostrar

al descubierto su principio, esencialmente revolucionario. Conservando, porque le conviene, algun lenguaje bíblico y ciertas formas religiosas; se presenta delante de los católicos en una actitud agresiva. Sueña nada menos que con la destruccion absoluta de la Iglesia de Jesucristo; y para conseguirla, multiplica entre las poblaciones católicas sus templos, oratorios y establecimientos de toda clase. Sus agentes inundan de folletos las ciudades y los campos. Procurando corromper las inteligencias mas elevadas, por medio de periódicos y publicaciones filosóficas ó literarias, se empeña al propio tiempo en hacerse un porvenir entre las clases trabajadoras, apoderándose de los niños; y para esto les abre escuelas, asilos y casas de huérfanos en donde se enseña á aquellos infelices pequeñuelos, no á ser cristianos, sino á blasfemar de la Iglesia. Fúndase una multitud de asociaciones para hacer la guerra á la religion católica; y las sociedades llamadas bíblicas, evangélicas y otras, públicamente refieren en sus informes anua-

les, los esfuerzos y el resultado de su propaganda; á la vez que triunfalmente hacen alarde de los millones de pesetas que se reunen, especialmente en el estrangero, para alimentar su celo y pagar su progreso.

No es, pues, una cosa ociosa ocuparse del protestantismo. Si algunos hombres tímidos dijeran que no es bueno recrudecer disensiones desagradables, yo les responderia, que para nosotros los católicos, no solo es un derecho sino un *deber*, defender nuestra religion atacada y poner en salvo lo que nos es mas caro que la vida; esto es, la fé que de Dios y de nuestros padres hemos recibido. Este librito no tiene otro objeto que cooperar á esta grande obra, aunque las proporciones sean humildes. Yo he pensado que será útil para muchas almas, hacerlas ver en una serie de *Conversaciones* familiares, lo que es el protestantismo descubriéndolas las falsedades y la nada de su sistema religioso, las vergüenzas de su origen. Su nulidad como culto, su afinidad con todo lo que es revo—

lucion y anarquía; y en fin el abismo á que él conduciria á cualquiera pais católico, que tenga lógica bastante para no detenerse en el camino del error.

No se encontrarán en estas páginas ni controversias eruditas, ni discusiones metafísicas. Como hablo especialmente con católicos que conocen su religion, no he insistido en ciertos puntos de doctrina que ellos saben; pero que yo habria esplicado mas largamente, si me dirijiera á protestantes.

Para estudiar en su fuente la cuestion de la llamada *reforma*, he debido recorrer un gran número de publicaciones y obras literarias, calvinistas, metodistas etc.; y en ellas he encontrado palinodias mortales, cantadas por ministros y escritores protestantes, aunque solamente he citado las de aquellos que son mas estimados entre sus propios correligionarios.

Como este libro podrá exitar algunas recriminaciones de parte de los hereges, no me parece superfluo insistir, en que yo no he hecho en él otra cosa que *defender* la fé

contra los ataques de los protestantes cuya violencia pasa de toda mesura; y rechazar á esos hombres, que proclaman altamente estar llamados á destruir nuestra santa religion. Uno de los corifeos autorizados de esos hombres, el Sr. Agenor de Gasparin, se atrevia á decir hace poco tiempo hablando de la religion católica: «*No es permitido delante de Dios aborrecerla moderadamente.*» (1)

II.

PROTEO.

Proteo era un personage fabuloso, que tomando todas las formas, se ocultaba á todas las pesquisas y esquivaba todos los ataques.

Proteo es el verdadero tipo de eso que se ha llamado el protestantismo. No se sabe como hacer para definirle y mucho me-

(1) Les Ecoles du doute et l' Ecole de la foi, page 26.

nos se acierta á cojerle. El es diferente en Paris que en Lóndres, en Ginebra que en Berlin, en Berna que en Nueva-York. Mas aun: en cada barrio de una misma ciudad, en cada templo, en la cabeza de cada uno de sus ministros; y me atreveria á decir que hasta en la cabeza de cada protestante, el protestantismo se diferencia de si mismo. Lo que enseña, lo que dice, lo que quiere aquí es diametralmente opuesto á lo que dice, á lo que enseña, á lo que crée en otra parte. Sin embargo siempre es el protestantismo.

¿Qué es pues el protestantismo?

¿Es una religion? No, son sectas.

¿Es una iglesia ó una aglomeracion de iglesias? No, son individuos.

¿Es una institucion? No, es una rebelion.

¿Es una enseñanza? No, es una negacion.

El protestantismo *protesta* y aquí acaba su obra. Su nombre es puramente negativo; y lo dicho esplica, como en trescientos años, este nombre no ha variado, aun-

que él encubre infinitas variaciones. Como el protestantismo no es mas que una renuncia de la antigua fé, cuanto menos él crea, mas *protestará* y así merecerá mejor el nombre que lleva. Este nombre se hace cada dia mas verdadero y subsistirá hasta el momento en que el protestantismo perecerá, cual perece la úlcera cuando ha devorado el último átomo de la carne en que se cebaba.

Sin embargo, se dice que el Proteo de la fábula llegó á ser cojido; y yo voy á hacer lo posible por lograr otro tanto con el protestantismo, sorprendiéndole bajo uno de los mil disfraces de que hace uso. Procurémos arrancarle la máscara, para que le conozcan los católicos á quienes trata de engañar.

III.

PROTESTANTISMO Y PROTESTANTES.

¿Son una misma cosa el *protestantismo* y los protestantes? De ninguna manera.

Los protestantes son, como los demás hombres, criaturas de Dios, por cuya salvacion murió nuestro Señor Jesucristo; mientras que el protestantismo es una rebelion contra la verdad, un crimen que Dios maldice en la tierra, como maldijo en el cielo la rebelion de Satanás y sus secuaces. Es necesario amar á los protestantes como prójimos y detestar el protestantismo, como se ama al pecador y se detesta el pecado.

El protestantismo es malo por naturaleza, pero el protestante puede ser frecuentemente un buen hombre; y de todos modos, el protestante es siempre infinitamente mejor que el protestantismo. Muchas veces no es prótestante sino de nombre; y lo que le falta en materia de religion, mas bien se debe imputar á su educacion y á la atmósfera en que vive, que á un sentimiento personal y culpable.

En esta obrita lo que yo ataco no es al protestante, sino al protestantismo; pero al protestantismo le ataco y le denuncio como un grande enemigo de las almas. Ante

todo me compadezco de los pobres protestantes; muchos de los cuales, lo sé, están en la mas perfecta buena fé. Dios los tratará con misericordia, si estando en esa gran ruina, que se llama el protestantismo, todavia aman y buscan como mejor pueden, los vestigios de la verdad.

El protestantismo es una doctrina engañosa. ¡Guerra al error!

El protestante es un hombre por quien, como por todos los hombres, ha padecido y muerto nuestro Señor Jesucristo; y es por lo mismo un prójimo, á quien todos debemos amar.

IV.

CATOLICISMO Y CATÓLICOS.

Si *protestantismo* y *protestantes* no son una sola é idéntica cosa, tampoco lo son *catolicismo* y *católicos*.

El protestantismo siempre es peor que los protestantes. Esto es tan cierto como fácil de concebir. El pecador vale siempre

mas que su pecado: el hombre que se engaña vale siempre mas que su error; porque el pecado y el error son absoluta y enteramente malos, mientras que el hombre que peca ó yerra, conserva siempre algo de bueno, algunos restos de verdad y de pureza de corazon.

El catolicismo por el contrario es siempre mejor que los católicos. Por perfecto y santo que se suponga á un católico, siempre quedan en él las imperfecciones de la humana naturaleza y los resíduos del pecado original. La iglesia católica, que le conduce en los caminos de Dios, le presenta la verdad pura de toda mezcla y absolutamente buena, le propone la santidad perfecta; y, por lo mismo, la maestra es siempre superior al discípulo.

Frecuentemente sucede que los ministros protestantes, en los reproches que dirigen á la iglesia católica, confunden á los católicos con el catolicismo, al discípulo siempre imperfecto, con la doctrina en sí perfecta. De ahí proceden las recriminaciones injustas de ahí deriva muchas veces

una irritacion infundada; y de ahí, en fin, nacen obstáculos que son quiméricos, pero bastante fuertes para impedir que el estraviado vuelva á la verdad.

V.

CATÓLICOS Y CATÓLICOS,—PROTESTANTES Y PROTESTANTES.

Hay leños y leños, decia un cortador de madera, en cierta comedia. Digámoslo aqui y distingamos tambien.

Hay católicos y católicos; verdaderos católicos y católicos de contrabando: católicos sérios, que conocen su religion, la practican con sinceridad y procuran darse á la oracion, á la penitencia, á las obras de caridad y á la union íntima con Nuestro Señor; y católicos, al contrario, que solamente lo son de nombre, pues viven en la indiferencia religiosa, no oran ni frecuentan los sacramentos y descuidan el servicio de Dios. Es necesario no confundir los unos con los otros; y sobre todo, es justo

é indispensable no tomar al mal católico como tipo de los católicos en general.

Hay tambien protestantes y protestantes: protestantes ardientes, ásperos en la guerra contra la Iglesia, animados del espíritu de secta y de propaganda; y protestantes al contrario que lo son porque nacieron en el protestantismo, que hacen poco caso de lo que les predican sus ministros, y que ni siquiera saben á cual de las mil sectas protestantes pertenecen. No confundamos á estas dos clases de protestantes. Los primeros son sectarios y enemigos activos, cuyo celo ciego se disfraza con todas las máscaras, para conseguir su objeto desastroso: y á estos es necesario descubrirlos y rechazarlos, mientras que los otros son meramente hombres adormecidos, ni amigos ni enemigos de la verdad, á quienes simplemente se deben despertar é ilustrar.

Pertenecen á la primera clase aquellos protestantes para quienes el protestantismo es una posicion ó un oficio, que les da renta y consideracion; y á estos deben agregarse algunos otros protestantes, especial-

mente mugeres de ánimo exaltado, que pagan con liberalidad á sus agentes, haciendo un negocio de partido el salir con sus intentos.

Pertenecen á la segunda clase, con algunas raras escepciones, una multitud de industriales, comerciantes y hombres indiferentes de la clase media; los cuales son protestantes porque lo eran sus padres. Estos no tienen otra religion que la que se ha dado en llamar de la *honradez*, en lo cual se aproximan á los malos católicos.

Era de importancia hacer esta distincion al principio de estas Conversaciones.

VI.

¿CÓMO ES QUE HAY PROTESTANTES HOMBRES BUENOS Y RELIGIOSOS?

Así como tenemos en el catolicismo hermanos que nos avergüenzan, los cuales aunque pertenecen al cuerpo de la Iglesia, son estraños á su espíritu; de la propia manera tenemos, fuera de la Iglesia, algunos

hermanos separados. Estos, son aquellos protestantes que, aunque segregados esteriormente del cuerpo de la Iglesia, llevan una vida cristiana y practic..., quizás hasta de una manera edificante, los preceptos del Evangelio. Perteneciendo al espíritu de la Iglesia, todo lo que estas bellas almas tienen de fé y de verdad, es ni mas ni menos que catolicismo; y ellas mismas son católicas que no se conocen, aunque la Iglesia las reconozca altamente por sus hijas. Son buenos cristianos, no *porque son* protestantes, sino á *pesar* de ser protestantes.

Como el protestantismo no es mas que una negacion, nada ha podido darles; antes bien lo que el protestantismo ha hecho, es privarles de una parte de los auxilios religiosos que habrian disfrutado si hubiesen nacido católicos.

¡Cuánto mejores de lo que son, serian estos protestantes, si tuvieran una absoluta certidumbre respecto á la fé, un culto completo y vivo; los consuelos tan santificadores de los sacramentos de la peniten-

cia y de la Eucaristia, el amor á la Santísima Virgen y otros tantos tesoros que la Iglesia católica dispensa á los fieles! Con estos poderosos auxilios, aquellos hombres serian santos; pero privados de tales socorros, no pueden elevarse mucho. De modo que su piedad, por mas positiva que se la suponga, no pasa de vulgar.

¡Qué abismo media entre nuestros santos, los cuales no son otra cosa que *buenos católicos*; entre un San Vicente de Paul, por ejemplo, un San Francisco Javier, una Santa Teresa; y aquellos hombres honrados, cuya vida se quiere algunas veces alegar como prueba de la verdad del protestantismo!

«Los católicos tienen santos, dice el pastor protestante Lavater: no puedo negarlo; y nosotros no los tenemos, á lo menos que se parezcan á los de los católicos.»

VII.

¿POR QUÉ SE ENCUENTRA MAYOR NÚMERO DE MALOS CATÓLICOS, QUE DE MALOS PROTESTANTES?

En primer lugar porque hay muchos mas católicos que protestantes. En una ciudad grande, es evidente que debe haber mas gente mala que en una aldea.

En segundo lugar el catolicismo es una religion sólida, que de parte de Dios nos impone una creencia precisa y obligatoria, muchos deberes elevados, un culto determinado y ciertos medios conocidos y necesarios para santificarnos.

Aunque todo esto es divino, no es cómodo para la carne; y á las pasiones no les agrada. El catecismo católico todo lo prevé y no deja nada al capricho. Él no se contenta con una religiosidad vaga y vaporosa, sino que pone la tilde sobre la *i*; y dice con precision y claridad lo que se debe evitar, so pena de ser mal católico. Or-

dena varias observancias esteriores, destinadas á reprimir nuestras inclinaciones corrompidas; y por esta razon suelen aquellas observancias ser desagradables, tales como la abstinencia, el ayuno, la confesion etc. Se necesita una grande energía y una voluntad perseverante, para caminar constantemente por esta via estrecha.

No sucede lo mismo en el camino ancho, que mas bien se pudiera llamar desierto sin límites, por donde las sectas protestantes quisieran hacernos entrar. Hoy mas que nunca no es pesado el equipaje religioso del protestante. Nada mas fácil que ser buen protestante. No soy yo quien lo digo. Es uno de los pastores protestantes mas conocidos y bulliciosos de Paris quien lo afirma. Hé aquí el retrato de un escritor, (1) cuyo panegírico hace aquel pastor, presentándonosle como un protestante escelente.» Dogmáticamente, dice, *él creia poca cosa*... En cuanto á la verdad, no sabia bus-

(1) Mr. de Sismondi, historiador protestante. Véase el diario *Le Lien*.

carla en el dogma; *ni siquiera en el Evangelio.* Creia que las verdades están en los libros santos como en gérmen; pero las creia *mezcladas á todos los errores y se imaginaba que con la ayuda de estos libros, todo se puede sostener y todo probar igualmente... El creia poco en la oracion...* EL DETESTABA VIVAMENTE EL CATOLICISMO.» Hé aquí el cristiano suficiente, hé aquí el buen protestante á juicio del pastor Coquerel.

Ya lo veis amado lector no es difícil ser buen protestante: con créer todo lo que se quiera en materia de religion, ó si se quiere no créer nada, séase hombre de bien segun el mundo, léase ó no se lea la biblia, váyase ó no se vaya al templo; pero no se olvide la suscricion á dos ó tres sociedades bíblicas y evangélicas, detestando sobre todo á la Iglesia católica: esta es la receta para ser un buen protestante (1)

(1) «Para los protestantes, decia Juan J. Rousseau, hablando de los de Neufchatel, un cristiano es un hombre que vá á la prédica todos los domingos; y haga lo que hiciere entre domingo y domin-

Convertido á la religion católica un protestante ilustre, repetia con frecuencia esta observacion, la cual tenia en su boca doble peso que en otra: «Siempre he visto que del católico mas malo, se hace con facilidad un protestante escelente y hasta un ministro de la secta; pero cada dia me apercibo mas de que un buen protestante, como yo lo era, tiene trabajo para ser un católico mediano.» (El conde de Stolberg). Cuando no se sigue de cerca la pista á los ministros protestantes y cuando no se léen sus escritos, es dificil créer en la nada religiosa que se oculta bajo el cómodo manto del protestantismo. Mucha razon tenia el impio Eugenio Sué, cuando en vista de esas facilidades, decia: «Que *protestantizar* la Europa, era el medio mas seguro para *descristianizarla.*»

go, eso no importa» (Carta al mariscal de Luxembourg.)

VIII

DEL ABISMO QUE MEDIA ENTRE EL PROTESTANTISMO Y LA IGLESIA.

Cuando los agentes de la propaganda protestante encuentran alguna alma sencilla é ignorante, suelen comenzar sus tentativas con este exordio insinuante: «Protestante ó católico, poco mas ó menos es lo mismo.» Y hay católicos por desgracia que repiten esta blasfemia, sin pensar que esté un grave insulto contra su Santa Madre la Iglesia

¡Qué el protestantismo, con sus mil sectas, es *poco mas ó menos* lo mismo que la religion católica! ¿Se ha reflexionado en esto? Pues mas valdria decir que, *poco mas ó menos*, la buena moneda vale tanto como la falsa.

Donde la Iglesia afirma, los protestantes niegan; donde la Iglesia enseña, los protestantes se sublevan. En la Iglesia católica reina la unidad mas completa y mas

fundamental de enseñanza y de creencia, de culto y de religion. Entre los protestantes cada uno crée como quiere y vive como crée; de modo que reina entre ellos la anarquia religiosa, la cual es todo lo contrario de la unidad. Solo están unidos en un punto, que es el ódio al catolicismo.

El católico tiene por regla de su fé la enseñanza precisa é infalible de la Iglesia. El protestante rechaza á la Iglesia, desprecia su autoridad y no conoce mas que la biblia, interpretándola como puede y como quiere.

El católico venera al Papa como Vicario de Jesucristo, cabeza de los fieles, Pastor Supremo y doctor infalible de la ley. El protestante no vé en él mas que un Anticristo, Vicario de Satanás y enemigo principal del Evangelio.

El católico adora en la Eucaristia á Jesucristo, que está realmente presente en ella. El protestante no vé allí mas que un símbolo vacio, un pedazo de pan.

El católico venera, invoca y ama á la

Santísima Virgen Maria Madre de Dios. El protestante se aleja de ella con repulsion invencible; y á veces la vé hasta con desprecio, hasta con ódio.

El católico recibe y conserva la vida cristiana por medio de los siete Sacramentos de la Iglesia, reparando sus faltas en el de la penitencia y alimentándose con el de la Eucaristia. Los protestantes no conocen estos sacramentos; y apenas algunas de sus sectas conservan todavia la verdadera nocion del Bautismo.

Asi sucede con todos los dogmas. Si, con todos, aun los mas esenciales, los que mas intimamente están unidos con la ciencia de la religion, dogmas sin los cuales no se puede ser cristiano. Cada dia protesta mas el protestantismo contra la fé que ha abandonado. En Ginebra, en Strasburgo, en Paris, en todas las facultades de teologia protestante francesas, alemanas, americanas, etc. se oye á los pastores de las sectas negar la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, el misterio de la Santísima Trinidad y el pecado original, destruyendo así el cristianismo por su base.

Hé aquí el como, *poco mas ó menos*, las sectas protestantes están de acuerdo con la santa Iglesia católica. Ellas están separadas de esta mas ó menos, segun que son mas ó menos lógicas y segun que aplican mejor el principio protestante del libre exámen. Sin embargo, aun las que parecen menos distantes de la iglesia, se hallan separadas de ella por un abismo.

El protestantismo es á la religion católica lo que el NO es al SI. Salva esta discordancia, todo es absolutamente la misma cosa.

IX.

¿EL CATOLICISMO Y EL PROTESTANTISMO PUEDEN SER VERDADEROS Á LA VEZ?

Evidentemente no.

Siendo la religion el conocimiento y el servicio del único Dios verdadero, ella es necesariamente *una*, como Dios es UNO. No hay mas que un solo Dios, una verdad, un Cristo, una fé y una religion verdadera.

Los que dicen que se encuentra la religion verdadera de Jesucristo, tanto en el protestantismo como en el catolicismo y *vice versa*; ó son incrédulos que poco caso hacen de la verdad, ó son ignorantes y aturdidos que hablan sin reflexion.

Si dos religiones diametralmente opuestas entre sí, como lo son la religion católica y las sectas protestantes, pudieran ser igualmente verdaderas, seria necesario decir que son iguales el SI y el NO; y afirmar que cuando dos hombres se contradicen sobre un mismo punto, ambos tienen razon.

Acabo de demostrar sobreabundantemente la oposicion fundamental que hay entre la Iglesia católica y las diversas fracciones del protestantismo. Tomemos un ejemplo entre mil. La iglesia enseña que en el Sacramento de la Eucaristia, Nuestro Señor Jesucristo está real y verdaderamente presente; mientras que casi todas las sectas protestantes niegan esta verdad, acusando de idolatria á la Iglesia por esta creencia. Ahora bien una religion que se enga-

ñase, aunque no fuera mas que sobre este solo punto, no puede ser la verdadera religion. Luego es materialmente imposible que el catolicismo y el protestantismo, sean los dos verdaderos á la vez.

X.

IRSE Á LO MAS SEGURO.

La Madre de Melanchton, el cual fué uno de los mas famosos discípulos de Lutero, habia sido arrastrada por su hijo á la apostasia, siguiéndole en la pretendida reforma. Estando ella para morir, hizo llamar *al reformador*; y en aquel supremo momento, le dijo con solemnidad: «Hijo mio, por tu consejo dejé á la Iglesia católica, para abrazar la religion nueva. Ya voy á comparecer delante de Dios; y por el mismo Dios vivo te conjuro para que me digas, sin ocultarme nada, ¿en qué fé debo morir?» Melanchton bajó la cabeza y guardó silencio un momento. El amor de hijo luchaba en su pecho contra el orgullo de sectario. «Madre le

respondió por fin, la doctrina protestante es mas fácil: la católica ES MAS SEGURA.» (1)

Si la religion católica es mas segura, es necesario abrazarla; y aun es mas necesario todavia no abandonarla, por irse á la menos segura.

Este razonamiento de simple buen sentido, indujo al rey Enrique IV á hacerse católico. Se habia tenido una conferencia sobre religion en presencia del rey y de toda su córte. Los controvertistas eran, por una parte, muchos teólogos católicos; y por otra parte los ministros protestantes Duverdier, Morlas, Salette y algunos otros.

«El rey, dice el historiador, viendo que uno de los ministros no se atrevia á negar que pudiese uno salvarse en la religion católica, tomando la palabra, dijo: «¡Qué! ¿Estáis de acuerdo en que puede uno salvarse en la religion romana?» El ministro respondió: «que no lo dudaba, con tal de que viviese bien.»—«Y vosotros señores, dijo S. M. á los doctores católicos ¿pensais

(1) Audin, *Vida de Lutero* tomo III pag 288.

que puedo salvarme quedándome protestante? «Pensamos y declaramos, respondieron estos doctores, que habiendo conocido la Iglesia católica, estais, señor, obligado á entrar en su comunion y que así no podeis salvaros en el protestantismo.»—Oyendo esto, continúa el historiador, el rey añadió muy juiciosamente, dirigiéndose á los ministros protestantes: »La prudencia quiere que yo abrace la religion de los católicos dejando la vuestra, porque siendo de la primera me salvo segun ellos y segun vosotros; mientras que, si me quedo en la segunda, me salvo segun vosotros, pero segun ellos me pierdo. La prudencia pide, pues, que me vaya á lo mas seguro.» (1) Dijo y abjuró el error.

XI.

SI LA HEREGIA ES UN GRAN PECADO.

Es la heregía uno de los crímenes mas

(1) Perefixe, Historia de Enrique IV, pág 200.

grandes de que puede hacerse culpable un hijo de Dios. Es la apostasia de la Iglesia.

La *fé* es el cimiento de todo el edificio religioso. Ella es la primera condicion de la vida cristiana. Asi es que nuestro Señor Jesucristo resume toda la religion en la fé, repitiendo en cada página de su Evangelio, que para salvarse es necesario *créer* en él, *créer* en su palabra, *créer* á la Iglesia. «El que *créa* se salvará; y el que no *créa* se condenará.» (Marc XVI).

La heregía es el pecado contra la fé, es la rebelion voluntaria y obstinada contra la divina enseñanza de la Iglesia de Jesucristo. La heregia trastorna el órden establecido por Dios y separa al hombre de la gran familia católica, la cual es así en la tierra como en el cielo la familia de Dios.

Por esta razon es la heregía, por su naturaleza, un pecado mucho mas grave y un mal mucho mas profundo y pernicioso, que la voluptuosidad y todos los desórdenes sensuales. Estos pecados ciertamente son muy malos y separan mucho de Jesucristo, pero ellos no causan en el alma un desórden tan

radical y tan peligroso como la heregía.

Júzguese por esto de la responsabilidad religiosa y de la enorme culpabilidad de esos pretendidos pastores evangélicos, que van sembrando lá heregía. Ellos hacen mayor mal á la sociedad que los mismos apóstoles del libertinage.

XII.

SI PUEDE SALVARSE UN PROTESTANTE.

Si, ciertamente, pero es necesario distinguir con cuidado.

«Una cosa es estar en el error y otra cosa estar en la heregía», decia San Agustin, cuando predicaba á su pueblo sobre la salvacion de los hereges. En efecto puede uno engañarse sin culpa en ciertas ocasiones. El error *involuntario* no es un pecado sino una desgracia; y por eso se dice que aun estando uno en el error, puede á veces salvarse. Pero siendo la heregía una rebelion contra Dios y su Iglesia, ella es un pecado, es un crímen; y por esta razon se dice, que

el que está en la heregía, no puede salvarse.

Esto equivale á decir, que solamente la *buena fé invencible*, escusa á un protestante del pecado de heregía y le deja, enmedio de su desgracia, la posibilidad de salvarse. Fuera de esa buena fé el herege está perdido, porque se separa de la verdad, que es Jesus; y de la sociedad de la verdadera Iglesia católica, apostólica, romana.

¿Cuáles son los protestantes de buena fé? ¿Es posible esta buena fé *invencible* en un pais católico, enmedio de católicos y con tantas facilidades de llegar á la Iglesia? Este es un misterio que solo Dios conoce y que él solo juzgará. Si hemos de créer á las apariencias, puede decirse que esta buena fé se encuentra con bastante frecuencia entre los protestantes, especialmente entre los de la clase trabajadora; pues parece que por su condicion carecen de aquellos medios de instruccion, que hacen inescusables á las clases cultas. Confieso que, aun concediendo la *posibilidad* absoluta de este milagro, no tengo ninguna devocion á la buena fé de

los ministros protestantes y tiemblo por su suerte eterna.

Añadiré respecto de los protestantes de buena fé, es decir, respecto de aquellos que pueden salvarse, una observacion que debe entristecernos por su estado. Si pueden salvarse, sin embargo les será mucho mas difícil conseguirlo que á nosotros los católicos, verdaderos discípulos de Jesucristo.

Para esto hay muchas razones. La primera, que la buena fé de un protestante siempre es mas ó menos incierta. La segunda, que el punto de partida y el principio de las virtudes cristianas, con las cuales salva uno su alma, es *la fé*; y el católico la tiene exacta, precisa é independiente de todos los caprichos de su imaginacion, lo cual no le sucede al protestante. La tercera que, como ya hemos visto, el protestante no participa de los auxilios que la Iglesia dá á sus hijos para ayudarlos á vivir de manera que ganen el cielo. Entre estos auxilios me fijaré en dos, la confesion y la comunion. Cuando una persona ha tenido la desgracia de cometer pecado mortal, solo puede re-

conciliarse con Dios, yendo á confesarse y obteniendo la absolucion del sacerdote; y si esto último no puede ser materialmente, por lo menos debe tener el profundo dolor de sus pecados, que se llama contricion perfecta, la cual incluye el síncero deseo de confesarse. Esta clase de dolor es por sí mismo bastante raro y difícil. Aunque siempre debemos desear tenerle, no es sin embargo indispensable en el Sacramento de la penitencia, pues basta en él un dolor ordinario, porque siendo este un Sacramento de misericordia, Nuestro Señor se digna suplir lo que falta á los pobres penitentes.

Ahora bien el protestante que ha cometido un pecado mortal, no tiene el recurso de la confesion. Es preciso pues que tenga contricion perfecta, perfecto arrepentimiento y purísimo amor de Dios, sin lo cual no puede obtener la remision de su pecado ni la eterna salvacion. Tampoco puede unir á esta contricion el deseo de confesarse, porque le supongo de buena fé; y, en tal caso, ignora la necesidad de este Sacramento. Luego

le es mucho mas difícil que á nosotros, recobrar la gracia de Dios. Si lo consigue, por una gracia especial, todavia no tiene como nosotros la Sagrada Comunion, instituida precisamente por nuestro Señor Jesucristo, para conservar nuestras fuerzas espirituales, preservarnos del pecado é impedir las recaidas. Nosotros los católicos, tenemos en la Santísima Eucaristía una provision de viage, en la peregrinacion de la vida. El pobre protestante está privado de ella y corre gran riesgo de desfallecer en el camino. De consiguiente, le es mas difícil santificarse y salvarse; y asi nosotros debemos tratar de convertirle, para ponerle en una situacion infinitamente mejor respecto á la salvacion de su alma, que es el único objeto de la vida de todo hombre en este mundo.

XIII.

DIFERENCIA QUE HAY ENTRE UNA CONVERSION Y UNA APOSTASIA.

La conversion es un deber, la apostasia es un crímen.

Cuando un protestante entra en el seno de la Iglesia, se convierte; pero cuando un católico deja la Iglesia para afiliarse á una secta protestante, apostáta. ¿Por qué esta diferencia? Voy á esplicarla.

La fé católica invariablemente enseñada por la Iglesia, hace diez y ocho siglos, se compone de un número cierto de dogmas positivos, tales como la unidad de Dios, la Trinidad, la Encarnacion, la presencia real, el Papado etc. etc. Para tener un número redondo, supongamos por un momento que esos dogmas sean cincuenta. Admitiendo esta hipótesis, todos los cristianos creian, pues, cincuenta dogmas, hasta principios del siglo décimo, época en la cual no habia habido mas que una sola fé en la cristian-

dad. En el décimo siglo la Iglesia griega negó que el Espíritu Santo procede tanto del Padre, como del Hijo; y negó tambien la supremacía del Papa, por lo que de cincuenta dogmas no le quedaron á esa Iglesia Cismática mas que cuarenta y ocho. Asi se vé que nosotros los católicos, creémos siempre todo lo que ha creido la Iglesia; mientras que, los cismáticos griegos, por el contrario, niegan dos verdades que nosotros creémos. πνεῦμα ἅγιον.

En el siglo décimo sesto las sectas protestantes, llevaron las cosas mas lejos, negando otros dogmas. De los cincuenta, algunos de ellos negaron veinte, otros treinta; y otros apenas conservaron unos pocos. Pero pocos ó muchos, los que ellos retuvieron, nosotros los católicos los conservamos con todos los otros. La Iglesia católica crée todos los dogmas verdaderos que créen los protestantes; y además está enriquecida con los que estos han rechazado. Este punto es incontestable.

Esas sectas de consiguiente no son *religiones*, porque solo se forman negando tal

ó cual dogma; y así no son mas que *negaciones*, es decir nada por si mismas, pues la negacion es la nada.

De esto se deduce una consecuencia, con la mayor evidencia; y es la de que el católico que entra en una secta protestante, *apostáta* verdaderamente, porque abandona dogmas y niega hoy lo que ayer creia. Por el contrario, un protestante que pasa á la Iglesia católica no abdica ninguna verdad, no niega nada de lo que creia si era cierto; y si crée la verdad que negaba, lo cual es muy diferente. Este razonamiento, que no tiene réplica, es del Conde de Maistre.

El señor de Joux, pastor protestante de Ginebra y despues Presidente del Consistorio *reformado* de Nantes, decia en mil ochocientos trece: «Yo condenaria á un católico que se hiciera protestante, porque no es permitido al que posée lo mas, dejarlo por buscar lo menos; pero no podria censurar á un protestante que se hiciese católico, porque es muy permitido á quien tiene lo menos, buscar lo mas.»

En 1825 el Sr. de Joux abjuró el protestantismo y se convirtió á la fé católica.

XIV.

PORQUE SE HACEN UNOS CATÓLICOS Y OTROS PROTESTANTES.

§ I.

Con raras escepciones, que *siempre* se esplican por una profunda ignorancia de la religion católica que se deja, y del protestantismo que se abraza; yo afirmo que nunca un católico se ha hecho protestante, por motivos honrosos, y de que él no tuviera que avergonzarse.

He conocido á algunos católicos, de nombre, que querian hacerse protestantes. Uno de ellos era un jóven amable é inteligente, pero perdidamente enamorado de la hija de un ministro protestante, de donde le nacia un deseo ardiente de hacerse protestante, una conviccion la mas *desinteresada* de la

escelencia del protestantismo. Otro era un sacerdote, que habia abandonado todas sus obligaciones y vivia en el desórden. El Obispo de su diócesis habia tenido que recojerle las licencias... y ahora él es cura protestante. Otra prosélita era una jóven alemana, que daba lecciones en una familia estraña, en cuya posicion se creia humillada; y como los protestantes la ofrecian una buena colocacion, con tal de que renegase de la fé católica, ella me escribia á mi mismo lo siguiente, para hacerme saber que aceptaba la proposicion: «Cueste lo que costare, quiero tener casa mia.»

Estas no son mas que unas muestras de lo que todos los dias sucede. Es tan conocido el carácter de estas pretendidas conversiones al protestantismo, que los mismos protestantes leales las lloran. Uno de sus escritores decia: «El protestantismo le sirve de albañal al catolicismo.» Y el Dean Swift, protestante tambien, añadia: «Cuando el Papa limpia su jardin, echa las malas yerbas al nuestro.» Estas palabras se han convertido en un adagio inglés.

«Mientras que la Iglesia católica, dice un diario protestante de Suiza, atrae á si continuamente á los protestantes mas instruidos, mas ilustrados y mas distinguidos por su moralidad; nuestra Iglesia reformada está reducida á tomar por reclutas á los frailes apóstatas, lascivos y concubinarios.» Ciertamente desde Lutero y Calvino, Zwinglio, Oecompaladio, Bucero, etc., todos los cuales fueron eclesiásticos, suspensos por sus vicios, frailes apóstatas ó malos sacerdotes, (1) algunos perversos individuos del clero

(1) Como muestra de este género, hé aquí el fragmento de una carta dirijida, no hace mucho tiempo, al Sr. Obispo de Breslau, por el único sacerdote que ha apostatado en Silesia:

«No habiéndose dignado mis superiores eclesiásti-«cos tomar en consideracion los motivos que he ale-«gado, para que me den un curato correspondiente á «mis méritos; yo, por despecho, despues de haber «esperado en vano por largo tiempo ser promovido, «me veo obligado à volverme al cristianismo primiti-«vo. En consecuencia me propongo casarme con la «señorita Leontina Krause, hija del señor Contador «Krause, que hace tanto tiempo me cuida de la ma-«nera mas desinteresada » (Firmado, Schulchio.)

católico, siguiendo la huella de aquellos escelerados, se arrojan, como por instinto, en brazos del protestantismo, donde encuentran simpatia y proteccion. Ellos eran el oprobio y la hez del catolicismo; lo cual no obsta para que, sin transicion, los protestantes los hagan ministros del puro Evangelio. Los escuchan, los honran y los aplauden; y lo que es mas aun, hacen gala de su apostasia, de modo que las sectas protestantes ostentan como un trofeo, lo que arroja la Iglesia católica como una ignominia. En Inglaterra ha sido llevado en triunfo el fraile apóstata Achilli, lanzado de su convento y hasta de su pais, por su infame libertinage; y otros miserables, parecidos á él, han hallado buena acogida y lucrativos empleos entre los protestantes de Ginebra y de Paris. Guarde la *Reforma* estas conquistas. Se las cedemos con mucho gusto.

Hace poco tiempo que una señora prusiana, habiéndose hecho católica ocho ó diez años antes, era requerida con seductores ofrecimientos por su familia, para que volviera al protestantismo. Exhortándola un

eclesiástico amigo mio á no ceder, ella le respondió con triste franqueza: «*Me hice católica por amor de Dios; ahora voy á hacerme protestante por amor de mi misma.*» Hé aquí perfectamente resumida la cuestion.

Uno es pobre y quiere salir de ese estado: otro tiene pasiones y no quiere reprimirlas: otro es orgulloso y no quiere someterse; otro es ignorante y se deja seducir.... Hé aquí porque algunos *se hacen protestantes*.

§ II.

De muy distinta manera muchos protestantes se hacen católicos.

Desde luego concedo, que á veces puede suceder, que ciertos motivos humanos, induzcan á un protestante á entrar en la comunion de la Iglesia; pero estas no son, ni pueden ser otra cosa, que escepciones imperceptibles. Los protestantes que se hacen católicos, como hemos visto por confesion de los mismos protestantes, son los mas honrados sábios y virtuosos que hay en el seno del protestantismo. Este hecho es mas pal-

pable que nunca en nuestros dias.

En Inglaterra durante los últimos 15 ó 20 años, ha abjurado la heregia un número considerable de ministros anglicanos, que eran lo mas florido de las Universidades inglesas y los maestros de las ciencias, bastando citar los nombres de Newman, Manning, Faber y Wilberforce, para tapar la boca á toda contradiccion. Cada dia los diarios ingleses publican, con despecho, nuevas conversiones ocurridas en el clero protestante, en la nobleza, en la magistratura ó en el ejército.

Uno de los hechos mas notables en este género es la conversion del ilustre hijo de Lord Spencer, caballero inglés de la mas elevada aristocracia; el cual, hecho católico, entró en el humilde y severo órden de los pasionistas, bajo el nombre de Padre Ignacio. Cuando todavia era protestante, escitaba á sus correligionarios de todas las sectas, á orar por la conversion de la Inglaterra, à lo menos condicionalmente; esto es, les decia que pidiesen á Dios, que si la Iglesia católica era la verdadera esposa de Je-

sucristo, se dignase hacer que la Inglaterra volviese al gremio de esta Iglesia. Convertido al catolicismo y ordenado de sacerdote, él ha continuado promoviendo con celo esta Cruzada de oraciones, la cual ha traido sobre su pátria tantas gracias del cielo.

La Alemania ha dado tambien los mas ilustres ejemplos de conversiones á la fé católica, especialmente en las familias de soberanos y príncipes. Desde el año 1817 el Duque de Sajonia Gotha, pariente próximo del Rey de Inglaterra, volvió al seno de la Iglesia; y por su viva piedad, llegó à ser la edificacion tanto de los católicos como de los protestantes. En 1822 tuvo lugar la conversion del Príncipe Enrique Eduardo de Schoemburgo: en 1826 la del Conde Ingenheim, hermano del Rey de Prusia: la del Duque Federico de Mecklemburgo: la de la Condesa de Solms Bareuth: la de la Princesa Carlota de Mecklemburgo, esposa del Príncipe real de Dinamarca, etc. etc. A estas conversiones de Príncipes, debe añadirse la del hermano del actual Rey de Wurtemberg, verificada en Paris el año 1851.

Pocos serán los que no hayan oido hablar del famoso conde de Stolberg, que era uno de los hombres mas eminèntes al principio de este siglo. Convertido á la religion católica por un estudio sério de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de las obras de controversia, sacrificó la mas brillante carrera por abrazar la verdad; y Dios le dió el consuelo de ver seguido su ejemplo por su familia, que toda entera se hizo tambien católica.

En pos del Conde de Stolberg y casi en la misma época, se reconciliaron con la Iglesia muchos escritores, filósofos y jurisconsultos alemanes de primer órden. Entre estas conversiones fué una de las mas brillantes, la del célebre literato Werner. Elevado ya en Berlin á los empleos mas altos, todo lo abandonó por hacerse católico, primero, y despues sacerdote. Murió de religioso en la órden de los Redentoristas, fundada por San Alfonso Maria de Liguori. Refiérese de él que convidado á comer con algunos grandes personages protestantes, uno de ellos, que no podia perdonarle su

separacion de la pretendida reforma, le dijo delante de todos, que él no podia nunca apreciar á un hombre que hubiera cambiado de religion. «Yo tampoco, replicó Werner; y es por eso justamente, que siempre he despreciado á Lutero.»

El ejemplo de Werner fué imitado por otros sábios de la misma nacion, tales como Federico Schlegel, el baron de Eckstein, el consejero áulico Adan Muller etc.

En Suiza, entre los protestantes mas distinguidos que se han hecho católicos, es necesario citar en primer lugar á Cárlos Luis de Haller, patricio de Berna y miembro del soberano Consejo. El, como le sucedió tambien á la mayor parte de los que acabo de citar, tuvo el honor de ser perseguido, privado de todo título y empleo y aun desterrado al mismo tiempo por los protestantes, cuya *tolerancia* es igual donde quiera que pueden dominar.

Esta conversion fué seguida en ese pais de la del pastor Esslingen, en Zurich: de la del señor Pedro de Joux, pastor de Ginebra; y de la del célebre pastor Presidente del Con-

sistorio protestante de Schafhouse, el señor Federico Hurter, la cual tuvo una celebridad particular. Este ministro protestante hizo su profesion de fé católica en Roma, el año 1845, sirviéndole de padrino el gran pintor Overbeck; el cual es tambien un convertido desde hace muchos años, habiendo llegado á ser en Roma un modelo de las mas admirables virtudes.

La Francia, aunque solamente hay en ella una minoria protestante, no ha dejado de pagar su contingente de conversiones en nuestros dias. Una de las mas notables ha sido la del señor Laval, pastor protestante de Conde-sur-Noireau; seguida de la del señor Pablo Latour, Presidente del Consistorio protestante de Maz-d'-Asil.

Dos años despues se verificó en Lyon la conversion del señor A. Bermaz. Cuatro años habia profesado este señor las doctrinas de los sectarios protestantes, conocidos bajo el nombre de *Momiers*; y se ocupaba en propagarlas muy activamente en la Diócesis de Lyon. El abjuró sus errores é hizo conocer, por medio de un escrito que dió

á luz en Lyon, los motivos de su vuelta al verdadero cristianismo.

En nuestros dias ¡cuántos protestantes de Francia y especialmente cuántos de sus *Pastores* se arrojarian con gozo en los brazos de la Santa Iglesia, si no los detuvieran los obstáculos tan poderosos de su familia é intereses temporales! Los consistorios protestantes saben bien lo que se hacen, casando á los jóvenes *pastores* desde que salen de la escuela. El obstáculo mayor para la conversion de un ministro protestante, son su muger y sus hijos; porque desde que abjura, perdiendo el destino y el sueldo, no tendrá para mantener á su familia. Podria citar mas de un ejemplo en apoyo de esta observacion (1).

La América del Norte no ha quedado fue-

(1) Lo mismo y aun mas que en Francia, la familia y las rentas, son en Inglaterra el mayor obstáculo á la conversion de los ministros protestantes. Sin embargo, gracias al cielo, en muchos de ellos triunfa la gracia.—Pasan de 200 los clérigos Anglicanos que en estos últimos años se han hecho católicos (Tr.)

ra de este movimiento que conduce hácia el catolicismo á las inteligencias elevadas, rectas y religiosas. Para abreviar me contentaré con referir la conversion del Obispo protestante de la Carolina del Norte, el Doctor Yves, hombre venerado de todos los de su secta, por su ciencia y sus virtudes. El buscó la verdad con un corazon recto y luego que la hubo encontrado, todo lo abandonó por seguirla. Dejó su obispado protestante y resolvió ir á Roma, para echarse á los pies del Sumo Pontífice. El 26 de Diciembre de 1852, hizo su profesion de fé católica, en la capilla particular del Papa; y postrándose á los pies de Su Santidad, le presentó el anillo y los sellos que eran las insignias de la dignidad que tuviera entre los protestantes, como tambien la cruz que usaba en las ocasiones solemnes. En este acto le dijo: «Santo Padre, hé aquí las señales de mi rebelion.»—«En adelante serán las de vuestra sumision,» respondió el Vicario de Jesucristo; «y como tales, ireis á depositarlas en el sepulcro de San Pedro.» Muéstrenos el protestantismo sus conquistas

para compararlas con las que ha hecho el catolicismo en estos grandes hombres. No le pedirémos hombres ilustres, hombres que por el brillo de su talento y la nobleza de su carácter, puedan hacer contrapeso á los que acabamos de citar y otros muchísimos que se omiten. Es evidente que el protestantismo no los tiene, pues si los tuviera los publicaria á voz en grito. Pero muéstrenos por lo menos, muéstrenos algunos católicos *instruidos y prácticos*, que hayan abandonado á la Iglesia, estrechados por la necesidad de una creencia mejor; y que hayan edificado á sus nuevos correligionarios, con el espectáculo de una vida ejemplar y cristiana (1). Se desafia al protestantismo

(1) Es sabida la conversacion que un ministro protestante tuvo en estos últimos años con un sacerdote de las misiones de Francia, viajando los dos en una misma diligencia. El ministro, aunque con cortesia, reprochaba vivamente al misionero las conquistas recientes del catolicismo entre los protestantes. «Pero, le dijo el misionero sonriéndose, vosotros tambien haceis conquistas entre los católicos.» —«No es lo mismo, repuso con sencillez el protestante, vosotros

para que presente siquiera una *sola* persona de esta clase.

Los apóstatas que se pasan al protestantismo, casi siempre son individuos que esperan, por el cambio de religion, mejorar de fortuna; ó corazones ulcerados, que quieren vengarse, por medio de un escándalo.

Los que salen de las sectas protestantes, para entrar en la Iglesia de Jesucristo, vienen á buscar y efectivamente encuentran en ella la fé solida, clara y precisa, el consuelo, la paz, la santidad y el amor.

Concluiré con un hecho de pública notoriedad, cuya consideracion ha conmovido la conciencia de muchos protestantes. No hay

nos tomais la nata y nos cedeis la hez.» (*Foi et lumieres,* 2e. edition, pág. 193.)

Si yo tuviera la desgracia de no ser católico, dice un escritor, confieso que me inquietarian dos cosas. La primera es el número y la superioridad del talento, de los que, *despues de haber examinado*, han creido á la Iglesia católica, desde los tiempos de Lutero y Calvino. La segunda es el número y la superioridad del talento de los que han abandonado á Lutero y Calvino, *despues de haber examinado,* para volver á Roma.» (Citado por Mr. Foisset, en la obra titulada *Catolicismo y protestantismo*)

sacerdote católico, por poco estenso que sea el ejercicio de su ministerio, á quien no se haya llamado varias veces para recibir la abjuracion de protestantes moribundos; mientras, que seria imposible citar el ejemplo ni de un solo católico sério, que se haya hecho protestante en el momento de comparecer delante del Tribunal de Dios.

La ignorancia, las malas pasiones y el olvido de la justicia Divina, arrastran las almas al protestantismo.

La rectitud de conciencia, la ciencia verdadera, el amor de la verdad y el santo temor de Dios, atraen las almas á la Iglesia católica.—Sáquese la consecuencia.

XV.

¿ÉL PROTESTANTISMO ES UNA RELIGION?

Tal vez alguna alma sencilla se asombrará; pero voy á responder que NO.

¿Qué es una religion? Una doctrina y un culto, que sirviendo de vínculo comun, reunen cierto número de hombres en una creen-

cia religiosa y en una manera uniforme de servir á Dios. Tales son, aun entre las falsas religiones, el judaismo despues de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, el Mahometismo, el Budhismo etc.

Pero como el protestantismo tiene por principio fundamental, que cada hombre es libre, tanto para creer loque quiera en materia religion, como para servir á Dios segun le parezca; él destruye con este principio la misma idea de religion, voz que derivando del verbo latino *religare*, significa *lazo*, *union*, *unidad*. Bien sé que los protestantes no deducen siempre las consecuencias estremas y rigorosas de este principio, especialmente cuando viven en paises católicos; donde guardan, cuanto pueden la apariencia de union entre sus sectas. Pero en Alemania, en Suiza, en América y en donde están á sus anchas, ellos se glorian de tener tantas creencias como individuos. Entre todas las instituciones religiosas que son obra de los hombres, el protestantismo, es el único que tiene este carácter inaudito, de destruir lo que constituye la esencia, no di-

ré ya de la verdadera religion, sino de toda religion en general. Las falsas religiones, á imitacion de la verdadera, tienen un cuerpo de doctrina y de culto fuera del cual nadie les pertenece; pero lo que los predicantes del protestantismo quieren hacer pasar por una religion, no es mas que una anarquía sin regla y sin freno, la cual no hace mas que negar, destruir, *protestar*; condenándose á sí misma en el hecho de ostentar el nombre anti-religioso de *protestantismo*. «Su religion consiste en atacar la de los demás,» decia Juan Jacobo Rousseau, hablando de los calvinistas de Ginebra.

Pero dirá alguno: «Yo conozco tal ó cual protestante que crée en Jesucristo y en otras verdades, de una manera que parece muy clara y precisa. A lo menos estos tienen una religion.» No, por cierto: tienen convicciones, ó como se dice en Inglaterra, tienen *persuaciones*; lo cual, á falta de otra cosa, ya es algo, pues peor seria que no tuviesen nada. Pero sépase que no és el protestantismo quien les dá esas convicciones personales, esas persuaciones privadas, que ellos

por otra parte pueden abandonar mañana, sin dejar de ser protestantes. Muchos ministros del protestantismo se glorian del título de protestantes, á la vez que no créen ninguno de los dogmas conservados por Lutero y por Calvino; pues se burlan de la biblia y de la Divinidad de Jesucristo, al mismo tiempo que levantan la voz hablando de cristianismo y de *puro* Evangelio.

El pastor protestante Vinet, entre otras mil palinodias de esta clase, confiesa con originalidad en una de sus obras, que el protestantismo no es una religion, sino que *hace veces de religion* (1).

Es sabida la respuesta del célebre protestante é incrédulo Bayle, á un gran personage que le interrogaba acerca de su religion, diciéndole: «Vos, señor Bayle, sois protestante, pero ¿á qué secta perteneceis? ¿Sois luterano, calvinista, zwingliano, ó anabaptista?» «Nada de esto soy,» replicó impudentemente aquel protestante, aunque

(1) Essai sur la manifestation des convictions religieuses.

con demasiada lógica. «Yo soy protestante, es decir, que protesto contra toda especie de religion.»

El protestantismo, aun cuando pretenda otra cosa, no es ni puede ser una religion. Mucho menos es la verdadera religion.

XVI.

¿CRÉE EN JESUCRISTO EL PROTESTANTISMO?

Ciertamente, todavia quedan protestantes de buena fé, que créen en Jesucristo; pero no tienen esta creencia por ser protestantes. De ninguna manera. Para ser protestante, perfecto protestante, no es necesario, segun el principio del protestantismo, créer en la Divinidad del Salvador.[2] El señor Coquerel, ministro protestante de Paris, acaba de dar á luz un libro voluminoso, para probar esta asercion. Hace 1800 años que se crée que para ser cristiano, es indispensable créer que Jesucristo es Dios encarnado; pero á juicio del señor Coquerel, este es un error grosero. Segun él, no hay para que exami-

nar muy de cerca si Jesus es Dios, ó un ser sobrenatural cualquiera, ó un hombre como otro. Sin hacer estas distinciones, crée aquel ministro protestante, que se puede ser muy buen cristiano.

El señor T. Colani, protestante tambien y erudito editor de la Revista de *Teologia protestante*, publicada en Strasburgo, se guarda bien de reclamar contra aquel có-lega suyo de Paris; y antes bien enseña á sus discípulos, los cuales han de ser futuros ministros protestantes, que para ser *cristiano*, no se necesita á Jesucristo. «Si se nos arrebatase á Jesucristo, dice en el tomo VII, pág. 242 de su Revista, un duelo inmenso pesaria sobre la tierra; pero quedaria la fé, la fé en el Padre, la vida en Dios.» Por eso el señor de Gasparin, ardiente defensor del protestantismo francés, se ve reducido á felicitarse, como de un triunfo inesperado, porque entre *setecientos* ministros protestantes, hay *doscientos* que créen en la Divinidad de Jesucristo (1).

(1) Gasparin, *Intereses generales del protestantismo;* Averlencia, pág. VII.

En las Cátedras mas célebres de la *Reforma*, se oye decir: «que el Salvador no fué mas que un *Socrates Judio*, autor de la mejor filosofía práctica.» Los mas distinguidos ministros protestantes hacen de él «un *simple rabino*, á quien muchos tuvieron por el Mesias, lo cual hizo que el mismo se convenciese de ello, aunque no enseñase mas que un *Mosaismo* depurado: que fué condenado á muerte y clavado en una Cruz, de la cual fué quitado *al parecer muerto*, y volvió á la vida al tercero dia; y que en fin despues de haber visto de nuevo á sus discípulos muchas veces, se separó de ellos sin que ellos volviesen á verle.» No es en Voltaire ni en Rousseau, donde se encuentra esta odiosa parodia del símbolo de los Apóstoles, sino en la llamada *Teologia Cristiana* de Wegscheider (1); de la cual se han hecho siete ú ocho ediciones, cuya obra ha venido á ser el manual de los que aspiran á ser curas protestantes. Despues de

(1) Wegscheider, Teologia cristiana dogmática, § 121.

esto, seria una simpleza estrañar que el 31 de Diciembre de 1854, uno de los ministros formados con tales principios, el señor Leblois, predicase en Strasburgo, que el culto de Jesucristo *es una supertición,* condenando fuertemente á las sectas protestantes que conservan este resto de *papismo;* y afirmando que es necesario poner término *á esta* IDOLATRIA, *tan contraria á la razon como á la Escritura.*

Hace algunos años que el rey de Prusia, gefe y doctor de la Iglesia protestante prusiana, manifestó algunas dudas sobre la ortodoxia de los pastores y profesores de su facultad de Teologia de Berlin; y con este motivo, indignado el Rector, protestó en nombre de todos sus cólegas, declarando solemnemente que ellos creian.... *que Jesucristo habia existido.* Ya es este un esfuerzo de fé, por el cual se debe dar la enhorabuena á los señores curas protestantes de Berlin; pues ellos tienen en Alemania algunos cólegas que no serian capaces de tanto, una vez que *protestan,* no solamente contra la Divinidad de Jesucristo, sino tambien con-

tra la realidad de su persona y de su existencia. Tal es á lo menos la consecuencia lógica de los escritos insensatos del famoso Strauss, profesor de Teologia protestante en Zurich, el cual ha arrastrado en pos de sí una parte de la Alemania. Todos esos señores se dicen cristianos; y á semejanza de Lutero, Calvino y compañia, sus antecesores no tan atrevidos, se venden por reformadores del cristianismo.

En Ginebra hace tiempo que la *Venerable Compañia* de los Pastores (nombre que ella se dá á sí misma), ha prohibido formalmente á los predicadores protestantes, hablar en el púlpito de la Divinidad de Jesucristo (Reglamento de 3 de Mayo de 1817). A los pocos rezagados que insisten en esta creencia, incompatible con el *libre exámen*, los han obligado á formar bando á parte; y todavia hoy hace burla de ellos la *Iglesia nacional*, dándoles el apodo de *Momiers*.

Si no tuviera yo necesidad de ser breve, pasaria aquí revista de los varios paises protestantes, para demostrar con hechos públicos y generales, como la llamada Refor-

ma de Lutero, abandona en todas partes y reniega el sagrado y esencial dogma de la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, dogma sin el cual desaparece todo el cristianismo; pero lo que acabo de decir basta para que esclamémos con el desgraciado señor de Gasparin, tan autorizado protestante: *La mayoria de los protestantes no es cristiano.*

El dogma de la Divinidad de Jesucristo, como toda la doctrina cristiana, no nos viene mas que por la Iglesia, depositaria viva é infalible de la autoridad de Dios; pues, aunque la Sagrada Escritura nos presenta con claridad aquel dogma, la autoridad de la Biblia no nos consta sino por la Iglesia. Asi es que el que rechaza á la Iglesia, por el mismo hecho pierde la base de la fé en Jesucristo. Los protestantes rechazando esta autoridad, no tienen ya guia cierta en el camino de las creéncias; y por esta razon; desde 300 años á esta parte, los dogmas se les van de entre las manos uno tras otro. Ellos, si son lógicos, acabarán por formular su símbolo en los términos que lo hizo

un protestante conocido, diciendo: «*No creo en nada.*»

Despues de negar la Iglesia, el protestantismo niega á Jesucristo; y despues de negar á Jesucristo, negará al mismo Dios, con lo cual habrá consumado su obra.

Esta obra diabólica está ya muy adelantada en Alemania. Ahí existe una poderosa asociacion generalizada bajo el nombre de *amigos protestantes*; cuyos gefes son los tres pastores Uhlich, Wislicenius y Sachse. Se han agregado á estos tres, otros muchos curas protestantes de Alemania; y los pastores oficiales de Berlin, con quienes fraternizan los de Francia, han dado muchos testimonios de simpatía á esos *amigos protestantes*. Ahora bien, véase cual es la profesion de fé del pastor Uhlich y de su catecismo público:

«Nuestra creéncia es no tener ninguna.» «El ser llamado Dios es un ser facticio.» «El verdadero objeto de vuestra adoracion somos nosotros mismos.»

Y este ateismo desvergonzado, es el protestantismo que domina en el Norte de la

Alemania, especialmente en Prusia. Y esta es la consecuencia lógica del protestantismo propiamente dicho. Y él no tiene razon de ser sino con la condicion de dar al pensamiento humano una licencia completa. El protestantismo es esto ó no es nada.

XVII

¿HAY ALGUN PROTESTANTE QUE PUEDA DECIR LO QUE CRÉE Y PORQUE LO CRÉE?

Jamás podrá un protestante dar una cuenta razonable de su creéncia; y es muy sencillo que sea así. Creér, es someter el espíritu á la enseñanza de una autoridad independiente de los que les están sometidos y revestida de un derecho á esta sumision. Pero, ¿dónde está esa autoridad para el protestante? ¿Por ventura en la Biblia? Mas segun dicen los protestantes de mayor suposicion, ahí se encuentra lo que se quiere, interpretándola cada cual á su antojo. El protestante, por consecuencia del famoso y falso principio del libre exámen, no *crée*,

no tiene *fé*. Sustituye él á la fé, su propia razon; á la autoridad de la Iglesia, las divagaciones del espíritu humano.

El protestante, que á pesar de su separacion de la Iglesia, conserva ciertas creéncias cristianas; es como un desertor, que á pesar de su desercion, conserva algunos restos de su uniforme y de su arma. Pero sus creéncias están basadas en nada; y él no podrá, lo aseguro, dar razon de lo que crée ni á un católico, ni siquiera á un incrédulo.

Lo contrario le sucede á un católico, pues nada hay mas justificado que su fé. El está unido á Jesucristo, autor de esta fé, por medio de la Iglesia, la cual es una institucion viva y permanente, establecida para ese efecto por el mismo Jesucristo; de modo que se remonta en antigüedad á través de los siglos. El protestante ha roto este vínculo divino; y por lo mismo está separado de Jesucristo, aun cuando diga que crée en El. No basta llamar á Jesus, Señor y Salvador, para formar parte de su reino; sino que es necesario hacer su voluntad,

como El mismo lo ha declarado solemnemente.

No me detendré aquí á demostrar, que el protestante no puede apoyar sus creéncias, en la autoridad y en la enseñanza de sus pastores. Todo el mundo sabe que uno de los principios del protestantismo, es que todos los cristianos son iguales y que á nadie le sienta bien hacer de maestro. Juan Jacobo Rousseau, que era protestante y á quien cito por lo mismo, decia: «Los ministros protestantes no saben lo que créen, ni lo que quieren, ni lo que dicen; y ni aun se sabe lo que ellos aparentan creér» (1).

El conde de Maistre añadia con donaire: «Cuando uno de esos predicantes toma la palabra ¿qué medios tiene para probar lo que dice? ¿Cómo sabremos que los que le oyen no se burlan de él? Me figuro oir á cada uno de sus oyentes decirle con irónica sonrisa: *En verdad, yo créo que este crée que yo lo créo.*»

(1) Rousseau, Lettres sur la Montagne.

XVIII.

DE COMO LAS PALABRAS CRISTIANISMO Y CATOLICISMO, SIGNIFICAN ABSOLUTAMENTE UNA MISMA COSA.

Quien dice cristianismo, dice catolicismo; pues el catolicismo no es una forma accidental, *sino la forma única y divinamente instituida de la religion cristiana.*

Si la Iglesia de Jesucristo desde los primeros siglos se ha llamado no solamente cristiana, sino tambien católica, es para distinguirse de las sectas que se separaban de ella; las cuales se obstinaban en llamarse cristianas, porque le quedaban ciertos hárapos de cristianismo.

El mismo Nuestro Señor Jesucristo es quien fundó sobre la tierra este gobierno espiritual, esta monarquia religiosa y universal, que de todos los cristianos esparcidos en el mundo, forma una *sociedad*, *una Iglesia*, un cuerpo, al cual se dá por eso el nombre de IGLESIA CATÓLICA. El mismo

Jesucristo es quien instituyó en esta Iglesia el Sumo Pontificado; y bajo esta institucion divina, instituyó tambien el Episcopado; y para auxiliar y secundar al Papa y á los Obispos, instituyó así mismo el simple sacerdocio. El sucesor de San Pedro es, por *derecho divino*, cabeza de la religion cristiana y pastor de todos los Obispos, de todos los sacerdotes y de todos los fieles; y tambien es Juez Supremo de todas las cuestiones religiosas, y Doctor de la verdadera fé.

El único medio de ser cristiano, dice Bossuet, es ser católico; esto és, pertenecer no solamente por simpatias y creencias sino tambien por la práctica descubierta y pública, á la Iglesia católica, á la Iglesia gobernada por el Papa, al único rebaño de Jesucristo.

No ha habido nunca ni puede haber jamás, sino un solo cristianismo. Si el protestantismo fuera el cristianismo, no lo seria el catolicismo.

Esta no es una cuestion de forma, sino una cuestion de fondo. La institucion de Je-

sucristo, no puede someterse á los caprichos de nadie; y así el protestante que se forja un cristianismo de capricho, no tiene el verdadero cristianismo, el cristianismo que Nuestro Señor estableció en la tierra y cuya propagacion confió á la Iglesia, depositaria de su propia autoridad.

En nuestros dias se ha hecho un lamentable abuso del nombre de *cristiano*. Desde el protestante que admite ó rechaza la Divinidad de Jesucristo, hasta el socialista que á nombre de la libertad quiere aniquilar á la Iglesia, toda la turba de hereges y revolucionarios, hacen alarde de *cristianismo*. ¡Pero qué cristianismo!

Ser cristiano es ser católico. Fuera de eso se podrá ser luterano, calvinista, mahometano, mormon, libre pensador, ó budista; pero ni se es, ni se puede ser *cristiano*.

XIX.

EL PROTESTANTISMO Y EL CRISTIANISMO PRIMITIVO.

Algunas sectas protestantes tienen la pretension de haber resucitado el cristianismo, ó en otros términos, dicen que ellas mismas, no son otra cosa sino el cristianismo de los primeros siglos. Para dar alguna apariencia de verdad á estas pretensiones de antigüedad, varios autores protestantes han forjado genealogías interminables; buscando con un celo digno de mejor causa, todos los carácteres de la Iglesia primitiva, en las diversas fracciones de la pretendida Reforma. Pero el protestantismo nada adelanta con empolvarse adrede, para parecer viejo; ni con cubrirse de telas de araña, como hacen con sus botellas de vino los mercaderes fraudulentos, para venderle por añejo, pues cuando se destapan esas botellas, no se encuentra mas que vino picado ó vinagre.

Asi es que esas jactancias de los protestantes, no deben tomarse por lo sério, pues no faltan ni aun entre ellos mismos algunos escritores instruidos y bastante concienzudos, que las califican de absurdas. Pero estos escritores, si bien destruyen las pretensiones de las sectas protestantes, no se proponen favorecer á la Iglesia católica. Como no descubren en el Evangelio y en los escritos de los Apóstoles, todas las prácticas actuales de nuestra piedad y todas las formas de nuestro culto, ellos acusan á la Iglesia católica de haber añadido al cristianismo, dogmas que le han desfigurado; de donde ellos deducen que el catolicismo es tan diferente, como el protestantismo, del cristianismo de los primeros siglos (1). En respuesta á este argumento, se me ofrece aquí la ocasion de dar una idea clara y exacta de la Iglesia católica, á la cual se acusa contradictoriamente, ora de inmovilidad y oposicion al progreso, ora de innovaciones y de cambios.

(1) Gasparin, Les Ecoles du doute et l'Ecole de la foi.

No ha habido nunca. ni puede haber jamás, sino una sola Iglesia de Jesucristo, Iglesia inmutable como su Cabeza y Fundador que es Dios; pero esta Iglesia es un cuerpo con vida y ella, aunque es perfecta desde su orígen, vá siempre desarrollándose en el curso de los siglos. Cuando el hombre nace no trae consigo la plenitud de fuerzas, la belleza de formas y la espansion de todas las facultades, que constituyen la perfeccion de su naturaleza. Todo esto lo posée desde entonces, pero en gérmen, de modo que ya sea pequeño niño, ya robusto jóven ú hombre hecho, siempre es el mismo individuo. De la propia manera la Iglesia que comenzó por doce hombres en el Cenáculo, ha crecido y se ha desarrollado en la série de los tiempos. Parecida en esto á una alfombra que se vá desarrollando y dejando ver progresivamente sus magníficos colores, la Iglesia manifiesta sucesivamente al mundo los tesoros de doctrina y de santificacion que contiene en su seno.

La Iglesia católica es siempre antigua y siempre nueva, y su enseñanza de hoy es

la misma de los siglos primitivos; si bien es cierto que algunos puntos, cuya importancia se ha aumentado, se han definido mas claramente, ora porque los atacaban los impíos, ora porque surgieran necesidades nuevas en los pueblos.

Por lo demás, todo hombre que se ocupa sériamente en el estudio de las antigüedades, de los orígenes del cristianismo y de los escritos de los Santos Padres, está habituado á encontrar en estos testigos de los siglos primitivos, repetidas pruebas de la perfecta unidad que reina en la fé católica, desde el tiempo de los apóstoles hasta nuestros dias. El Papado, la gerarquía católica, el sacerdocio, el sacrificio de la Misa con la presencia real, la confesion, el culto de la Santísima Virgen, de los Santos y de sus reliquias, la oracion por los difuntos; y en una palabra, todo cuanto nos disputan las sectas heréticas, encuentra en aquellos monumentos tan auténticos como venerables, una plena justificacion.

Las escavaciones que hace veinte años se vienen haciendo en las Catacumbas de

Roma (1), producen diariamente nuevos testimonios en apoyo de las verdades católicas; y los protestantes sábios que van á visitar la capital del Orbe cristiano, reconocen la autenticidad innegable y la importancia de estos descubrimientos. Las inscripciones, las pinturas, monumentos etc. que se encuentran en aquellos venerables subterráneos, todo està marcado con el mismo sello de nuestra creéncia. En las Catacumbas hay muchas capillas con altares que

(1) Llámanse Catacumbas las antiguas galerias subterráneas, practicadas debajo de tierra, en la campiña de Roma, por los cristianos de los tres primeros siglos; las cuales les servian a la vez de cementerios y de asilos, durante las persecuciones. Muchas de las numerosas conversiones que diariamente se verifican en Roma, han nacido de una visita á las Catacumbas. Entre esas conversiones se cuenta la del vizconde de Bussieres, que de protestante se hizo católico fervoroso y ardiente defensor de la Santa Iglesia de Dios. (Nota del autor). La conversion del honorable Mr. Talbot, aliado por parentesco á la ilustre familia inglesa del conde de Shrewsbury, se atribuye á igual motivo. Este caballero de protestante pasó á ser sacerdote católico, camarero secreto de Su Santidad y canónigo de San Pedro (Traductor).

contienen las reliquias de los mártires. En las paredes de ellas, los frescos medio borrados, revelan la fé de los primeros cristianos en la presencia real, en el sacrificio Eucarístico y en la confesion. Todo atestigua ahí que las Catacumbas han conocido el Papado, el Episcopado y el sacerdocio.

Me sucedió un dia haber llevado yo mismo á las Catacumbas á un joven protestante, procedente de Strasburgo, donde estudiaba para ministro de su secta. Estaba asombrado de lo que veia y como era leal é inteligente, no pudiendo negar la evidencia de aquellas pruebas, no sabia que decir. No le volví á ver mas. ¡Quiera Dios que la gran voz de las Catacumbas, haya sido bastante poderosa sobre él, para hacerle volver á la unidad católica! (1)

(1) El traductor español de este opúsculo, es testigo personal de la verdad con que asegura el autor, que las Catacumbas de Roma, abundan en pruebas evidentes de que los cristianos primitivos, creian los mismos dogmas que créemos en el dia los católicos; pues ha tenido la dicha de visitar la de San Calisto, situada en la Via Apia, acompañado del sábio padre

XX.

¿POR QUÉ LA IGLESIA CATÓLICA HABLA LATIN?

Porque es apostólica, porque es invariable su doctrina y, porque es una y católica.

1.° La Iglesia es apostólica: es la Iglesia de San Pedro y de los apóstoles, por lo cual conserva como reliquias preciosas todos los recuerdos de los apóstoles. Cuando estos se esparcieran en el mundo, para cumplir la voluntad de Dios, anunciando á los pueblos el Evangelio, encontraron que el Universo hablaba dos lenguas, en el Occi-

Tomgiorgi, de la Compañia de Jesus, individuo de la comision arqueológica que cuida de estos monumentos de la antigüedad cristiana. Además puede tambien dar fé del interés con que visitan las Catacumbas los protestantes, habiendo bajado á la de Santa Inés, que está en la Via Nomentana, el 21 de Enero de 1862 con varios caballeros y señoras inglesas. El bellísimo libro *Fabiola*, ha contribuido mucho á aumentar esta curiosidad de los ingleses por las Catacumbas.

dente el idioma latino, en el Oriente la lengua griega. Predicando, pues, simultáneamente en latin y en griego, sus escritos y constituciones fueron compuestas en estas dos hermosas lenguas; y la Iglesia ha conservado, con religiosa veneracion, aquellos respetables monumentos. Hé aquí por que la lengua eclesiástica es, en el Occidente, la latina; y la griega, en el Oriente. De modo, que eso de que se acusa á la Iglesia, justamente es una prueba á su favor.

2.° Por otra parte en esto andaba el dedo de la Providencia. El latin y el griego, convirtiéndose en lenguas *muertas* y por lo mismo invariables, vinieron á ser, por eso mismo, las mas aptas, para formular las doctrinas de una Iglesia que no conoce ni admite variacion en sus dogmas, porque es divina. Se ha hecho un cálculo sobre las variaciones que sufren las lenguas vivas, del cual resulta que si la Iglesia en vez de atenerse al latin de San Pedro, de San Pablo, de San Márcos etc, hubiera adoptado el francés, ella habria tenido que modificar, mas de doscientas y sesenta veces,

la forma del Sacramento del bautismo. Sin esa modificacion aquella forma no habria espresado, en el lenguaje corriente, la idea que encierra. Dedúzcase de aquí cuantas trasformaciones hubiera tenido que sufrir el *Credo*, así como los Decretos de fé de los Concilios primitivos y de los primeros Papas.

3.° La Iglesia habla latin, no solamente porque ella es invariable, sino tambien porque es católica, es decir universal, en cuyo concepto tiene que entenderse con todos los pueblos y naciones. En los tres ó cuatro primeros siglos el latin era la lengua del mundo civilizado; y aunque entonces era lengua vulgar tenía ese carácter *católico*, esto es universal, carácter indispensable al idioma de la Iglesia. Pero cuando el mundo se fraccionó, la Iglesia conservó y debia conservar, con su hermosa lengua primitiva, la unidad en la forma, así como en el fondo de su enseñanza y de su liturgia.

Resulta, pues, que la Iglesia habla latin porque es apostólica, porque es inva-

riable y porque es católica.

Dícese que San Pablo ordena que se haga uso en las reuniones cristianas de una lengua sabida por todos, con el objeto de que todas la comprendan. En efecto, así lo dice el Apóstol, en una de sus Epístolas á los Corintios; pero este argumento que los protestantes derivan de sus palabras, no hace en manera alguna relacion al punto de que se trata. San Pablo prescribe el uso de la lengua vulgar para las predicaciones, exhortaciones ó instrucciones, destinadas á edificar á los fieles congregados en la casa del Señor. El verbo *prophetare* de que hace uso el Apóstol, significa predicar, hablar de las cosas divinas. La Iglesia católica siempre ha practicado al pié de la letra esta prescripcion apostólica, pues sus Obispos, sacerdotes, misioneros y catequistas se sirven siempre para predicar y catequizar del idioma conocido por todos y para todos inteligible, llegando hasta aprender los dialectos particulares de las provincias, ó las lenguas de los salvajes mas oscuros, para hacer llegar á ellos la palabra divina, de

modo que la comprendan todas las gentes.

En cuanto á las sectas protestantes ellas tienen razon para hablar una lengua vulgar y moderna. Los idiomas divididos entre sí, esencialmente variables, siempre mudables y enteramente modernos, se adaptan perfectamente á esas doctrinas que tanto se les parecen en ser inventadas ayer, mudar á cada paso, tener la variacion en la esencia de su ser y hallarse indefinidamente divididas en fracciones innumerables.

XXI.

DE LA SENCILLEZ DEL CULTO PROTESTANTE.

La sencillez en sí y estando en su lugar, es una cosa buena, mas no lo és si queremos ponerla donde ni debe ni puede estar. Además el culto protestante no es *sencillo*, sino *vacio* y desnudo.

Frecuentemente el templo protestante es una antigua Iglesia, arrebatada al verdadero culto de Dios; y es cosa que llena el corazon de amargura, ver lo que ha hecho

allí la fria y mezquina heregia de Calvino. Cuando cae un rey, su palacio se convierte en casa y su trono en silla; y así los protestantes cuando han logrado usurpar las Iglesias católicas, donde habitaba el rey de Reyes, las han despojado y vulgarizado. Han destruido el altar en que se ofrecia el divino sacrificio, quitado las imágenes de la Virgen y de los Santos Patronos del edificio, quemado los confesionarios donde los pecadores recobraban la gracia perdida y la paz de sus conciencias; y no han dejado mas que cuatro paredes, escaños para sentarse, una cátedra y una mesa, como si esto bastase para hacer los honores debidos al Criador de Cielos y tierra.

«Entre los católicos dice un escritor protestante (Clausen), las mas admirables producciones de las artes se consagran al embellecimiento de las Iglesias; mientras que los protestantes se aprisionan en un templo privado de toda clase de adorno, lo cual no les impide prodigar los tesoros del arte en sus habitaciones privadas (1). La música de

(1) El principio protestante cuyo lógico desar-

Iglesia se considera por los católicos como parte esencial de las solemnidades religiosas; pero en los paises protestantes la música se emplea en todas partes, menos en las Iglesias.»

rollo, como lo ha demostrado el autor en el número XVI de esta primera parte, conduce á los sectarios á decir: «El objeto de nuestra adoracion somos nosotros mismos,» desde luego descubre su índole en esta circunstancia: niega à la casa de Dios los adornos y los emplea en las casas particulares; porque el hombre, en último análisis, es el Dios á quien se dirige el principio protestante. Pero àun hay otra cosa mas particular y caracteristico del protestantismo. En un templo católico que haya usurpado el protestantismo, este destruye el altar del Dios verdadero y las imágenes de los Santos pero los reemplaza con las estátuas de los que califica de héroes; y así la llena con monumentos erigidos á la gloria, no de Dios sinó de los hombres. Véase la Abadia de Westminster en Inglaterra. Cuando la falsa reforma erige una catedral, como la de San Pablo de Lóndres. no hay en ella altares ni imágenes de Santos; pero si estátuas ó pinturas de hombres comunes. En todo esto es el protestantismo consecuente á su principio y tiende á su última y necesaria consecuencia. (Traductor.

« Los protestantes en efecto, tienen el gusto de lo cómodo (*confortable*); y por eso procuran para sus casas lo suntuoso y agradable, pero en cuanto á la casa de Dios ya es otra cosa. En tratándose de esto, ellos dicen que se necesita una gran sencillez en el templo y en la religion. Sin embargo si á la sencillez vamos, mas sencillo fuera no tener ni religion ni templo. Dormir, comer, beber, hacer negocio, vivir y morir sin cuidarse de nada, ¿no seria esta la perfeccion de la *sencillez*?

A pesar de todo no hay que admirarse de esta desesperante y helada desnudez. Para los sectarios de la pretendida reforma los templos no son edificios sagrados sino lugares de reunion; y por eso algunas veces los *fieles* protestantes, suelen ir á reunirse, por mayor comodidad, en un casino de Ginebra, ó en un teatro de Nueva-York, resultando absolutamente la misma cosa. Si entrando á sus templos se quitan ellos el sombrero; es por costumbre; y de ninguna manera por respeto á las paredes y á los bancos.

Los ministros protestantes no usan ves-

tidos sacerdotales. ¿Para qué? Ellos no son sacerdotes ni los distingue nada de sus correligionarios; de manera que la túnica que los domingos se echan encima del frac negro, me parece una contradicion con sus propios principios.

No se nos venga á decir, á nosotros los católicos, que Dios no tiene necesidad de la pompa del culto y que nuestro corazon es quien la reclama. Ya lo sabíamos muy bien. Pero Dios tampoco tenia necesidad de las magnificencias del templo de Salomon, ni del oro, incienso y mirra que le ofrecieron los Magos del Oriente en la gruta de Belem; y sin embargo, ¿quién se atreveria á decir que le desagradaron aquellas manifestaciones de respeto y de amor?

La magestad del culto, eleva nuestras almas á Dios por medio de las ceremonias sagradas; las cuales sirven tambien para fijar nuestra atencion, tan propensa á divagarse. Los hombres todos estamos compuestos de cuerpo y alma y todo nuestro ser debe contribuir á dar gloria al Señor, nuestra alma con el respeto, la adoracion y el amor;

y nuestros sentidos por el uso religioso que de ellos hacemos en nuestras Iglesias, uso que los purifica y santifica.

El culto divino, es la espresion de la fé. Cuanto mas viva es la fé, mas espléndido es el culto; y al contrario, si la fé es pobre, el culto está desnudo. «Asi es que, dice tambien el escritor protestante á quien acabo de citar, la desnudez esterior de la Iglesia no católica está bastante en armonia con lo que pasa en el interior.»

«Yo no soy de aquellos, ha dicho el filósofo protestante Leibnitz, que olvidando la debilidad humana, rechazan del servicio divino todo lo que toca á los sentidos, bajo el pretesto de que la adoracion debe de ser en espíritu y en verdad.» (1)

Y otro protestante añadiá: «En nuestros templos á fuerza de hablar de la adoracion en espíritu y en verdad, la verdad y el espíritu han desaparecido (2).

(1) Sistema teológico pág. 107.
(2) Putzcuchen Glauzow.

XXII.

DEMUÉSTRASE QUE LA PROPAGANDA PROTESTANTE NO ES NI LEGÍTIMA NI LÓGICA.

Cuando la Iglesia católica, por medio de sus Obispos y sacerdotes, califica á la propaganda protestante como una agresion injusta y odiosa, se vé á los diarios heréticos, á los cuales se asocian para esto, los órganos del racionalismo y de la revolucion, quejándose amargamente y acusando á la Iglesia de tener dos pesos y dos medidas, pues prohibe á los otros lo que ella no ha cesado de hacer desde su orígen. Estas recriminaciones merecen una respuesta. La tendrán aquí, pues es sencillo y fácil dársela.

Todas las sectas protestantes reconocen que los hombres pueden salvarse en la Iglesia católica. La Iglesia católica, al contrario, ha sostenido siempre que ella sola profesa la verdadera religion; y que fuera

de esta religion, nadie puede ser verdadero hijo de Dios.

De consiguiente los protestantes están en contradicion con sus principios, cuando tratan de arrebatar almas á la Iglesia; y la Iglesia católica, incurriria en contradicion con los suyos, si no hiciera cuanto está en su poder, si dejara de ejercer todo su celo, para atraer á la verdad, que es única como Dios, á los que por el error funesto de la heregia, están separados de ella. Cuando la Iglesia católica se afana por instruir á un protestante y atraerlo á su gremio, ella le deja todas las verdades que poseia aquel individuo, si poseia algunas; y le dá el conocimiento de las que le faltaban, como hemos visto en otro lugar. De manera que el protestante es un hombre espiritualmente medio desnudo, á quien la Iglesia católica acaba de vestir. Añadiendo á lo poco que tuviera lo que ella le dá, se forma un cristiano completo.

Lo contrario sucede, cuando la propaganda protestante trabaja por seducir á un católico. Ella no hace mas que arrebatarle

una parte de lo que aquel infeliz creia, sin darle nada en compensacion; y le deja medio desnudo, como el ladron deja al desgraciado pasajero á quien roba su túnica y su capa, bajo el pretesto de desembarazarle de cosas incómodas, sin arrojarle siquiera un harapo, para defenderse del frio.

Es punto confesado por los protestantes, que ellos no tienen, en cuanto á verdades religiosas, nada que dar á los católicos; pues estos las poséen ya todas; y aun vá mas allá la palinodia de los protestantes, pues, reconocen que lo que ellos tienen de cristianismo, lo han recibido ó lo toman prestado de la Iglesia católica. Oigamos á Lutero, ese fogoso patriarca de la pretendida reforma, dar su opinion sobre este particular. En el coloquio de Marbourg, que fué una disputa célebre, tenida entre aquel heresiarca y el otro heresiarca Zwinglio, para tratar del dogma de la Eucaristía; Zwinglio le objetaba que la presencia Real de Nuestro Señor Jesucristo bajo las especies consagradas, era un dogma del *Pa-*

pismo. «Pues si es por eso, le respondia Lutero, rechazad tambien la Biblia *porque del Papa es de quien la hemos recibido.* Protestantes como somos estamos obligados á confesar que en el Papismo están las verdades de la salvacion, si TODAS LAS VERDADES de la salvacion, y que de él las tomamos nosotros; porque en el Papismo encontramos *la verdadera escritura santa, el verdadero bautismo, el verdadero sacramento del altar, las verdaderas llaves que perdonan los pecados, la verdadera predicacion, el verdadero catecismo y los verdaderos artículos de la fé. Mas digo que en el Papismo se encuentra el* VERDADERO CRISTIANISMO (1).»

(1) Me parece conveniente poner á la vista el testo original de esta notable confesion, tomándola de las obras de LUTERO edicion *protestante* de Jena, páginas 408 y 409: «*Hoc enim facto negare oporteret totam quoque Scripturam sacram et predicandi officium.* HOC ENIM TOTUM A PAPA HABEMUS. *Nos autem fatemur sub Papatu plurimum esse boni Cristianismi,* IMO OMNE CHISTIANISMUM, atque etiam illinc ad nos devenisse.—Quippe fate-

De esta paladina confesion de Lutero, el cual terminantemente reconoce que la Iglesia católica posee el *verdadero cristianismo*, necesariamente se deduce la conclusion lógica que las sectas protestantes no son cristianas, pues la Iglesia afirma, lo que las sectas niegan. Pero de esta misma palinodia del gefe del protestantismo se desprende otra consecuencia, á saber, que la propaganda es para la Iglesia católica un deber, mientras que la propaganda protestante es á la vez un contra sentido y una injusticia.

XXIII.

LA RELIGION COMODA.

Dícese que es mas cómodo ser protestan-

mur in Papatu veram esse Scripturam sacram, verum Baptisma, verum Sacramentum altaris, veras claves ad remissionem peccatorum, verum praedicandi officium, verum Cathechismum ut sunt: Oratio dominica, articuli fidei, decem proecepta. DICO INSUPER IN PAPATU VERUM CHRISTIANISMUM ESSE »

te que católico, lo cual es cierto; así como es mas fácil ceder á las pasiones, que contenerlas. Pero cuando se trata de religion no está la cuestion en saber cual es la mas cómoda, sino cual es la verdadera y cual es la que conduce al hombre á Dios.

Un pastor protestante habia logrado atraer á su secta á una buena muger, la cual se habia dejado seducir por las afirmaciones de aquel pretendido ministro del Evangelio. Aquella muger frecuentaba bastante el templo protestante, echaba su sueño los domingos durante la prédica, cuidaba mucho la gruesa Biblia que le habian dado, procurando no abrirla, por no echarla á perder; y en una palabra, estaba hecha una protestante escelente. Su fervor llegaba hasta hacerse apuntar en el registro de la famosa sociedad del *ochavo protestante*, item mas de dos ó tres sociedades bíblicas.

Algunos años pasó aquella muger practicando esa piedad fácil, aplaudiéndose ella mas cada dia de vivir tan dulcemente, segun lo que el ministro protestante llamaba el *puro Evangelio*, desembarazada de la

obligacion de ir á confesarse en las grandes fiestas, de comulgar por lo menos en la pascua, de comer de viernes algunos dias y de obedecer al padre cura. En medio de estos goces *evangélicos*, que el pastor y una piadosa diaconisa protestante mantenian con celo, por medio de regalitos de opúsculos; aquella pobre criatura, vió un dia entrar por sus puertas una visita: era la enfermedad. Inmediatamente diputan los protestantes un *lector* para repasarle los salmos y otros trozos de la Biblia, de los cuales la enferma no comprendia una palabra; bien que, justo es decirlo, al *lector* le sucedia otro tanto. El mal empeoró muy pronto, de modo que el médico dijo ciertas espresiones, de las cuales dedujo la enferma que no podia estar muy segura. En presencia de la muerte, pensando en el juicio de Dios, la pobre muger se conmovió y entró en sí misma. Entonces alumbrada por aquella luz que no engaña, conoció que se habia estraviado, abandonando la verdadera fé; y rogó á una de sus vecinas que al instante fuese á buscar al

cura católico de la Parróquia, el cual era un digno eclesiástico á quien ella conocia y que se habia afligido mucho al verla desertar de la comunion católica. Encontrándola el cura hecha un mar de lagrimas, la consoló como mejor pudo; y aunque tuvo que hacerla ver toda la enormidad de su falta, la recordó que la misericordia de Dios es infinita. Despues de haber oido la confesion de sus pecados, la reconcilió con Nuestro Señor Jesucristo. La llevó el Sagrado Viático, ese Santísimo y adorabilísimo misterio, en el que el mismo Jesucristo se esconde para bajar hasta nosotros y fortificarnos en el término de nuestra carrera mortal; y la administró tambien la Estrema-Uncion, ese sacramento consolador del cual la habian enseñado á burlarse los protestantes, pero cuya importancia y eficacia ella comprendia en aquel lance. Puesta en paz con Dios y consigo misma, la pobre muger era feliz; y veia ya, sin alarma, acercarse el momento de su entrada en la eternidad.

En la tarde del mismo dia se presentó en

su casa el pastor protestante, pues acababa de saber la visita que le habia hecho el cura católico y no podia creer aquello que él llamaba «una defeccion vergonzosa, un escándalo para el *puro* Evangelio; y una vuelta á las superticiones de Babilonia.» En realidad, lo que mas le mortificaba, era lo que se habia de hablar en el vecindario y las consecuencias que sin duda se sacarian contra el *puro Evangelio*; y para el amor propio del Señor pastor. Apostrofó, pues, vivamente á la pobre enferma recordándola el valor con que algun tiempo antes habia rechazado «todas aquellas creéncias y errores, á los cuales jamás debia volver.» ¡Ah Señor, respondió la buena muger, todo eso era bueno para cuando yo estaba sana; *porque vuestra religion es muy cómoda para vivir, pero es el diablo para morir.*»

Esto lo dijo la buena muger sin sospechar siquiera que con esta sencilla palabra, acababa de tocar con el dedo la falsedad del protestantismo.

Para que una religion sea la religion

verdadera; la religion que conduce al cielo, no basta que sea cómoda y eche á un lado todo lo que mortifica en el servicio de Dios. El protestantismo es cómodo para vivir y justamente esta es una razon para que sea temible morir en él. El protestantismo es cómodo, luego es falso, luego no es la religion de aquel que dijo: «¡Cuán estrecha es la puerta y cuán penoso el camino que lleva á la vida eterna! Esforzaos por tomar este camino y entrar por aquella puerta!»

El protestantismo, este pretendido cristianismo, sin sumision á la fé, sin obediencia á la autoridad de la Iglesia, sin confesion, sin Eucaristía, sin sacrificio, sin penitencia y sin prácticas obligatorias; está condenado ciertamente por el Evangelio, cuyo nombre usurpa. El mismo Jesucristo le reprobó, cuando el Divino Maestro pronunciaba estas palabras: «¡Cuán ancho y cómodo es el camino que conduce á la perdicion.»

XXIV.

LA PIEDRA DE TOQUE.

Hay un medio muy fácil de descubrir la verdadera Iglesia, entre todas las que pretenden este título.

Nuestro Señor Jesucristo declaró terminantemente, que sus discípulos serian aborrecidos por los malvados, como el mismo lo habia sido antes que ellos. «No es superior el discípulo á su maestro: si el mundo os aborrece, acordaos que primero me aborreció á mi.» Ahora bien desde los tiempos apostólicos, como lo atestigua la historia, los esfuerzos y los ódios de los impios, constantemente se han dirigido contra la Iglesia católica. Los judios, los paganos, los turcos, los malos de todos los siglos y en nuestros dias todos los revolucionarios, han escogido y todavia escogen por blanco de sus tiros, á la Iglesia católica y sola á la Iglesia católica. Los facinerosos de la revolucion francesa se lanzaron contra ella

encarcelando y matando á sus Obispos y sacerdotes, mientras, que dejaban muy tranquilos á los rabinos judios y á los ministros protestantes. Leed los escritos incendiarios de nuestros revolucionarios modernos. La Iglesia católica es la UNICA que escita sus furores. Ellos no solamente no se levantan contra el protestantismo, sino que lo proclaman como favorable á sus miras anti-cristianas.

La union de todos los impios contra la Iglesia católica solamente bastaria para verificar la profecia de Nuestro Señor, pero las sectas heréticas y especialmente las protestantes, se han encargado de completar esta prueba. Separadas entre sí para todo lo demás, divididas en creéncias é intereses, y anatematizándose las unas á las otras, ellas se ponen en un maravilloso acuerdo, cuando se trata de injuriar y atacar á la antigua Iglesia de San Pedro. En presencia de esta enemiga sus bocas prorrumpen en blasfemias unísonas, como si fuesen una sola boca.

Herodes y Pilatos eran enemigos morta-

les entre sí hasta que se unieron contra Nuestro Señor Jesucristo. La heregia y la impiedad separadas por otros muchos títulos se unen como Pilatos y Herodes para ultrajar, azotar y destruir á la Santa Iglesia católica. Pero esta Iglesia católica, apostólica y romana, si bien debe sufrir su pasion como la sufrió el Salvador, para completar la de su Divina Cabeza, tambien tiene á su favor las promesas de vida eterna. Siempre odiada, blasfemada siempre, ella siempre vive y vivirá siempre, porque Jesus está con ella hasta el fin del mundo, siendo ella la única á quien se ha dicho: «las puertas del infierno no prevalecerán contra tí.»

SEGUNDA PARTE.

I.

EN QUÉ SENTIDO PUEDE LA IGLESIA TENER NECESIDAD DE REFORMA.

Por fuerte y vigorosa que sea tu constitucion física ¡ó lector!, puede sucederte con frecuencia que esperimentes una alteracion de salud; la cual, aunque en nada muda aquella constitucion, exige sin embargo que purifiques tu sangre, valiéndote para esto de los medicamentos. Pero para que estos produzcan buen efecto, es indispensable que sean administrados con pericia y prudencia: dejando á los médicos, que son los establecidos para esto, que hagan lo que les parezca conveniente. Ponerte en manos de charlatanes ó empíricos, seria arruinar tu

salud, para ir á parar en el cementerio. Pues esto mismo es lo que sucede en la Iglesia. Divina como ella es, puede necesitar algunas reformas; porque egerciendo su mision entre los hombres, sirviéndola hombres de ministros, entre estos y los fieles pueden haberse deslizado algunos defectos, de los inherentes á la flaqueza humana. En cuanto á la misma Iglesia, Jesucristo la ha prometido estar con ella hasta el fin del mundo, para mantener en ella la fé verdadera y la verdadera moral; y de consiguiente, por aquella promesa y por esta asistencia contínua, la Iglesia es en la fé *infalible*, y en la moral *santa*.

Pero como ya he indicado, la Iglesia se compone de hombres. Hombres son el Papa, los Obispos, los sacerdotes y todos los fieles; y como hijos todos de Adan, viviendo todavia sobre la tierra, están individualmente sujetos á las debilidades é imperfecciones humanas. Basta esta observacion, para comprender en que sentido la Iglesia ha tenido y tiene siempre necesidad de reformas. En la enseñanza de su fé nada

tiene que variar, porque todo en ello es divino é inmutable, ni tampoco tiene nada que rectificar en su moral que es santa, ni en sus sacramentos, por medio de los cuales ella santifica á los hombres. Antes, por el contrario estos para reformarse, deben avivar en sí la fé de la Iglesia y esforzarse en conformar su vida con la moral católica, valiéndose para esto de los mismos sacramentos. Por aquí se vé cuán absurdo es querer hacer la reforma en la fé, en la moral y en los sacramentos; cuando cabalmente de la santa inmutabilidad de estas cosas, ha de resultar la reforma de las costumbres, si los hombres que se han desviado de aquellas santas reglas, vuelven á conformarse con ellas. En efecto, no hay abuso que no provenga, ó de desviarse de la fé inmutable de la Iglesia, ó de violar su invariable moral, ó de descuidarse del uso de sus Sacramentos; ni hay reforma posible si no se reanima la fé, se practica la moral y se hace uso de los Sacramentos.

En este sentido hace mil ochocientos

años, que los Papas y los Concilios han trabajado sin descanso en la reforma de los varios puntos de disciplina; en que por la debilidad humana se hubiesen introducido faltas y abusos. Tal ha sido en particular la obra que se propuso llevar á efecto el célebre Concilio de Trento; el cual *de verdad* ha reformado la Iglesia.

Lutero y sus compañeros, hán confundido en esta cuestion el fondo con la forma; ésto es, lo divino é inmutable, con lo humano y variable. Ellos pretendiendo reformar el dogma, la regla de fé y la de las costumbres; en vez de hacer una *reforma*, hicieron una *revolucion* desastrosa, que todo lo ha deformado y destruido.

Es que Lutero y sus colaboradores no son médicos sino charlatanes. Bajo pretesto de sacar un diente picado, han arrancado la mandíbula; y en lugar de dar un purgante, hán administrado veneno.

II.

¿ES POSIBLE QUE DIOS HUBIESE ELEGIDO Á LUTERO Y CALVINO PARA REFORMAR LA RELIGION?

Dios es Santo, luego no ha podido elegir á Lutero ni á Calvino ni á Zwinglio, ni á Enrique VIII, ni á los otros heresiarcas, para reformar á su Iglesia.

El historiador protestante Cobbet dice: «Nunca vió el mundo en un solo siglo, una coleccion de miserables tales como Lutero, Zwinglio, Calvino etc.; los cuales no estaban acordes, mas que en un solo punto de doctrina, á saber, *que las buenas obras son inútiles*. La vida que ellos hacian probaban que en este principio eran *sinceros*» (1).

Lutero, á pesar de su elocüencia popular y del carácter vigoroso de su alma; no es, en resúmen, otra cosa que un *mal sa–*

(1) Historia de la Reforma protestante; cap VII. Núm. 200.

cerdote, es decir, lo mas degradado que existe sobre la tierra.

Calvino, eclesiástico tambien, ha sido convicto de tener costumbres infames; como que por un delito contra naturaleza, fué marcado por mano del verdugo. (1)

Zwinglio, que antes de apostatar era cura de Einsiedlen, en Suiza; confesó en presencia de su Obispo, que hacia muchos años se entregaba á pasiones vergonzosas, añadiendo que iba á casarse para legalizar su posicion.

Todos los Santos de la *Reforma*, son de este calibre. Nadie ignora, cual era la pureza *sin mancha*, y *la Evangélica dulzura* de Enrique VIII, reformador de la Inglaterra. Este miserable tuvo seis mugeres, haciéndolas cortar la cabeza á medida que

(1) Este hecho parece ya històrico. Un autor católico echó en cara á los calvinistas esa marca vergonzosa de su Patriarca, á lo cual el calvinista Whitacker, tuvo la sacrílega desvergüenza de responder: «Si Calvino estaba marcado, tambien lo estaba San Pablo.» ¡Qué diferencia! Este por Dios. Aquel en castigo de un crímen.

se fastidiaba de ellas. Su hija Isabel, la llamada reina *Virgen*, que consumó la obra de Enrique VIII, no fué menos célebre que él bajo este aspecto. Quizás la misma hacha que cortó el cuello de las concubinas del padre, pudo cortar el de los amantes de la hija. παρθενος.

Calvino, en particular, merece la atencion de los franceses, por ser él quien introdujo el protestantismo en su pátria. Ninguno ha retratado mejor á aquel heresiarca que su sectario el calvinista Galiffe. Este, en su obra titulada *Noticias genealógicas*, publicada en la misma ciudad de Ginebra, el año 1836, dice lo siguiente: «Calvino, este hombre criminalmente famoso, que levantó el estandarte de la mas feroz intolerancia, de las superticiones mas groseras y de los mas impios dogmas; fué un apóstol espantoso, á cuya inquisicion nada podia escaparse. El, en los dos años 1558 y 1559, hizo ejecutar sentencias criminales en número de cuatrocientas catorce etc.» (1) Además de esto Galiffe, llama á Calvino

(1) Tomo III, páginas 21 y siguientes.

bebedor de sangre; probando cada una de sus aserciones con los escritos mismos del heresiarca, y con los archivos públicos y auténticos de Ginebra.

En cuanto á Lutero, fraile apóstata, que vivia en concubinato con una monja apóstata como él, los protestantes le han juzgado con una severidad no menos significativa. La vida de Lutero despues que apostató, no fué otra que la de un libertino, enteramente ocupado de los placeres de la mesa y de los goces de los brutos; tanto que llegó á formarse un adagio, empleado por los que querian permitirse algun desórden. «Hoy viviremos á lo Lutero,» segun refiere el escritor protestante Benito Morgasteru (1). *Las agudezas de sobre mesa*, obra de Lutero, que se encuentra en algunas librerias de mala reputacion, entre los libros obscenos; respira un cinismo tal, que no

(1) Traité de l'Eglise, pág. 21 hácia el medio, donde se lee: *Si quando volunt indugere genio, non vereantur inter se dicere:* HODIE LUTHERANICE VIVEMUS.

se puede ni citar sus páginas. Todos conocen aquella innoble deprecacion, escrita por Lutero con su propia mano, cuya autenticidad, jamás se ha disputado, la cual termina con estas palabras increibles. «Comer bien y bien beber es el medio de ser feliz.»

Y despues de esto ¿todavia se querrá hacernos créer que semejantes hombres fueron enviados á los cristianos, por Nuestro Divino Salvador, para hacer que su Iglesia volviese á la pureza primitiva? Vamos. Lo mismo seria decir con los turcos: «Dios es Dios y Mahoma su profeta.» Aquí debe hablar el buen sentido en voz mas alta que las de las imposturas históricas con las cuales se ha querido rehabilitar á aquellos pretendidos reformadores.

La Iglesia tiene por fundadores á Nuestro Señor Jesucristo y por Apóstoles á San Pedro, San Pablo, San Juan etc.

El protestantismo, tiene por fundador á Lutero y por Apóstoles á Calvino, Zwinglio y consortes.

Juzgad y elegid.

III.

¿HAN DADO LOS APÓSTOLES DEL PROTESTANTISMO ALGUNA PRUEBA DE SU PRETENDIDA MISION?

Hay dos señales infalibles para conocer si un hombre que se presenta para reformar la Iglesia, es verdaderamente enviado de Dios. Esas dos señales son la santidad y el don de milagros.

En cuanto á santidad no hay que hablar tratándose de Lutero y Calvino. Ya acabamos de ver los que ellos eran bajo este aspecto, tanto que hasta los mismos protestantes instruídos y honrados, se sonrojan cuando se mueve delante de ellos conversacion sobre esta materia.

En cuanto á milagros, bien hubieran querido hacerlos los heresiarcas; pero es mas fácil formar una secta, que hacer un milagro. Erasmo, que era satírico mordaz, hacia observar que «todos ellos juntos no habian podido curar ni á un caballo renco.»

Sin embargo, Calvino quiso una vez hacer el ensayo de cierto milagrillo, pero el golpe dió en falso. Habia pagado á un hombre para hacerse el muerto, con el objeto de simular que le resucitaba; pero cuando llegó al lugar de la farsa, seguido de una multitud curiosa, á la cual habia anunciado *modestamente* esta prueba postiza de su mision, la justicia de Dios habia herido al compadre; y Calvino estuvo para morirse de miedo, encontrando de veras muerto al que solo debia ser supuesto difunto. Esta historia es auténtica y sabida de todos.

Lutero salia del paso por otra puerta. Si le pedian probase con alguna obra milagrosa que hablaba en nombre de Dios; respondia con un torrente de injurias, llamando *borrico, turco, perro y puerco endiablado*, al infeliz que le habia pedido semejante cosa.

Habiendo, pues, faltado los *milagros* así como la *santidad* á los padres de la llamada Reforma es claro que Dios no los habia enviado,

Pero entonces ¿de qué espíritu estaban

ellos animados? Del espíritu de orgullo, del espíritu de sensualidad, del espíritu revolucionario, que se rebela contra Cristo y contra la obra de Cristo; en una palabra el espíritu infernal que engendra todas las heregias, es el verdadero padre de la anarquia protestante. *Vos ex patre diabolo estis*. (San Juan VIII 44).

IV

LA IGLESIA CATÓLICA POSEE LA PRUEBA DIVINA POR EXCELENCIA.

Esta prueba, que suple por todas, y que á todas las supera, es el MILAGRO. Puede decirse que Nuestro Señor Jesucristo no ha hecho uso mas que de esta prueba, para hacer primeramente que recibiesen sus Apóstoles y sus discípulos, el dogma de que El es Dios; y para convencer en seguida hasta á sus mismos contradictores, de aquella verdad capital. «Si no creéis á mis palabras, les decia, creéd por lo menos á mis obras. Los milagros que hago dan testimonio de mi.»

Los enemigos de Jesucristo confesaban la realidad de sus prodigios, temblando de rabia al considerar sus efectos. «Este hombre, decian, hace una multitud de milagros y arrastra en pos de sí al mundo.» El milagro supremo de la Resurreccion, comprobado por la vista y el tacto, fué el último que destruyó la incredulidad obstinada de los mismos Apóstoles, despues de la Pasion; y en particular la incredulidad de Santo Tomás, no cedió hasta que él pudo poner su dedo en los agujeros de los clavos, y su mano en la llaga del costado de Cristo vencedor.

El milagro, pues, obra sobre ¿humana y absolutamente divina, es la gran prueba de Jesucristo. Ella es tambien la gran prueba de su Iglesia.

No solamente se verifican incesantemente milagros en la Iglesia, por la virtud de Jesucristo, que vive en sus Santos; sino que la misma Iglesia es un milagro vivo, público, permanente y que supera á toda demostracion científica; milagro accesible á la inteligencia del pobre y del ignorante, como

á la del doctor y del filósofo. Desde los primeros siglos de la fé, ya lo decia San Agustin: «El establecimiento del Cristianismo en el mundo sin milagros, seria el mayor y mas asombroso de los milagros.»

Los Apóstoles y sus discípulos y sucesores, en los tres ó cuatro primeros siglos, resucitaron á los muertos, curaron á los enfermos, dieron vista á los ciegos, oido á los sordos y movimiento á los paralíticos. Solamente con la señal de la cruz, ellos hicieron caer los ídolos y hundirse los templos del paganismo. A pesar de trescientos años de carnicería, y á despecho del furor de aquellos hombres á quienes el milagro no pudo subyugar, la Iglesia católica, apostólica, romana, salió de las Catacumbas victoriosa de sus enemigos.

Luego ella misma era un milagro, es decir, una obra evidentemente sobre humana y que demostraba la Omnipotencia de Dios. De la misma manera, ella se ha conservado á través de los siglos, llevando en su frente la marca divina, dándose á conocer como Cristo se dió á conocer, pues ni aun te-

nia necesidad de argumentar. Para convencerse de su divinidad, basta verla.

Este hecho divino de la conservacion de la Iglesia, y especialmente la del Papado, toma cada dia nuevas y mayores proporciones. San Ireneo, ya desde el fin del segundo siglo de nuestra era, invocaba la duracion de la Iglesia romana, hasta entonces, á pesar de las contradiciones que habia sufrido, como una prueba concluyente de su divino orígen. ¿Pues qué diria este Santo Padre, si volviendo al mundo, viese que el milagro se ha perpetuado hasta el siglo XIX?

La Iglesia es un milagro, siempre vivo; y su misma existencia es, de consiguiente, una prueba de su divinidad. Griten y hagan cuantas contorsiones quieran los pobres pastores heréticos, en vista de este hecho divino. Los Escribas quedaron confundidos delante de Jesus, cuando resucitó á Lázaro. Los protestantes quedan espantados como un pigmeo, al ver la talla sobre humana del Gigante católico.

V.

LOS REFORMADORES JUZGADOS POR SI MISMOS.

Hay todavia algunos protestantes que permanecen fieles á sus grandes *reformadores*, y que se muestran muy delicados en todo lo que de cerca ó de lejos les toca. Remedando á los hijos de Noé, ellos echan una capa sobre las vergüenzas de sus padres y gritan indignados cuando cualquiera se permite ver en Lutero y Calvino otra cosa que gentes santas. Ellos acusan diariamente á los escritores católicos de mentira, de invencion y de calumnia; de modo que á despecho de la historia, para ellos Lutero y Calvino se quedan tan blancos como corderos.

Para demostrar el valor real de semejantes acusaciones, como tambien para que el lector se fije definitivamente en lo que se debe pensar sobre aquellos apóstoles de nuevo cuño, voy á copiar sencillamente los juicios que los gefes mismos de la *Reforma*

han hecho los unos de los otros. Como ellos se conocian recíprocamente mejor que nadie, vamos á ver aquí retratos al natural.

Comencémos por Lutero, segun la regla de que á todo señor, todo honor. Hé aquí como le pinta Calvino su digno cólega: «Verdaderamente Lutero es muy vicioso. !Ojalá cuidara de reprimir su incontinencia! ¡Ojalá se ocupara mas de conocer sus vicios!» «Cuando leo un libro de Lutero, dice Zwinglio, me parece ver un cerdo inmundo, gruñendo y marchitando las flores de un hermoso jardin; pues con esa misma impureza, con esa misma indecencia habla Lutero de Dios y de las cosas santas (1).» A esto le respondió Lutero en el mismo tono: «Zwinglio se figura ser un sol para alumbrar al mundo, pero no arroja mas luz que... *stercus in lucerna.*»

Veamos como juzgaban á Calvino sus hermanos en *Reforma* aquellos mismos que mas interés tenian en paliar sus defectos. Wolmar, que fué su primer maestro dice: «Cal-

(1) Obras de Zwinglio, tomo II, pág. 174.

vino es violento y perverso. Tanto mejor, pues para hacer nuestro negocio, este es el hombre que nos convenia.» (1) Bucero, fraile apóstata y sacerdote casado, añade: «Calvino es un verdadero perro con rabia; este hombre es malo. Guárdate, lector cristiano, de los libros de Calvino (2).» Y Teodoro Beza, que era el discípulo querido de Calvino. ¿Cómo trata á su maestro? Oidle: «Calvino no ha podido jamás habituarse ni á la templanza, ni á las costumbres puras, ni á la veracidad; sino que ha permanecido sepultado en el lodo.»

Zwinglio, al decir de su discípulo Bullinger, fué lanzado de la Parroquia por razon de sus desórdenes. Siendo sacerdote y párroco, se casó públicamente como Lutero; y en una de sus cartas él mismo se espresa en estos términos: «Si os dicen que peco por orgullo, por gala é impureza, creédlo sin trabajo; porque no solo estoy sugeto á estos

(1) Véase á Freundelfeld,--Tratado analítico de historia, tomo II, pág. 369.

(2) Ibid.

vicios, sino tambien á otros.» Lutero decia de Zwinglio, que estaba *Satanizado*, *ensatanizado* y *sobreensatanizado*, añadiendo que se debia absolutamente desesperar de la salvacion de su alma. (1)

Pues á aquel personage Teodoro de Beza, cuyo elogio se encuentra con frecuencia en las publicaciones protestantes ¿cómo le han apreciado los amigos mas fervientes de la *Reforma*? El protestante Heshusius esclama: «¿Quién no se asombrará de la increible desvergüenza de este mónstruo, cuya vida sucia é infame es conocida de toda la Francia por sus epígramas mas que cínicos? Sin embargo, al oirle hablar, se diria que es un santo, otro Job; ó algun anacoreta del desierto, quizás mas grande que San Juan y San Pablo, pues tanto cacarea sobre su destierro, sus trabajos, su pureza y la admirable santidad de su vida.» «Este hombre, dice otro escritor de la misma secta, Schlusemberg, este hombre obsceno, pare-

(1) Hospinien, Historia de los Sacramentarios, tomo II. pág 187.

cido á un demonio encarnado, lleno de artificio y de impiedad, no sabe mas que vomitar blasfemias satíricas.... »

Poco antes de morir, atacado de una aplopegía, Lutero resumia todos estos testimonios escribiendo con su propia mano: «A la verdad, somos unos *bribones.*»

Pero me detengo. Seria necesario escribir libros enteros para repasar todos los reproches y todas las injurias groseras que aquellos pretendidos reformadores se lanzaban á la cara unos á otros; y por otra parte las citas que tendria yo que hacer serian de tal género, que no se pueden poner á la vista de un lector decente.

Que no vengan, pues, los hijos de Lutero á gritar que se calumnia; cuando de tiempo en tiempo alguna voz católica se pronuncia para juzgar y condenar á los autores de la pretendida reforma. La Iglesia que los arrojó de su seno, nunca ha empleado para condenarlos unas fórmulas tan contundentes como aquellas que acabamos de ver, inventadas por los mismos protestantes.

Quisieran estos que se sepultáran en el

olvido ó en la oscuridad esas revelaciones, tan poco honrosas y tan significativas, porque su orgullo de sectarios se resiente; pero pues que ellos nos vienen á atacar con su propaganda herética, necesario es aclararlo todo para que se haga justicia.

VI.

DIVISIONES DEL PROTESTANTISMO.

Hace 1800 años que la Iglesia católica, apostólica, romana, fundada por Nuestro Señor Jesuscristo y gobernada en su nombre por San Pedro y sus sucesores los Romanos Pontífices, conserva la unidad mas intacta, tanto en la enseñanza de la fé como en la práctica de la religion. Desde el principio muchos novadores han procurado introducir sus ideas particulares en el seno de esta grande Iglesia; pero ella ha rechazado sucesivamente esas novedades, de manera que su doctrina ha permanecido siempre viva y siempre pura.

Pero el protestantismo, que no cuenta

mas que trescientos años de haber nacido, ha marchado por una senda enteramente opuesta. En lo pasado, el protestantismo considera como padres suyos á los gnósticos, á los arrianos, á los maniquecos, á los nestorianos, á los iconoclastas, á los albigenses, á los husitas y á todos los hereges mas escandalosos. Asi como un cadáver, engendra gusanos, el protestantismo, que es un cadáver de religion, continuando aquellas tradiciones, tan poco gloriosas, no ha dejado de producir hasta nuestros dias centenares y millares de sectas que pululan en su seno. Ellas devoran las almas y se devoran á si mismas recíprocamente. Seria cosa materialmente imposible, contar el número exacto de las sectas protestantes. Además de eso la estadística de ellas, verdadera hoy, dejaria de serlo mañana; porque cada dia nacen y mueren las sectas, á la manera de las moscas. Desde el año 1743 decia el pastor Froereisein lo siguiente: «El protestantismo se parece á uno de esos gusanos cortados en fragmentos, que se agitan mientras les queda alguna fuerza; pero que

insensiblemente, pierden el movimiento con la vida.» (1)

Por otra parte. ¿Qué cosa es una secta protestante? En virtud del libre exámen, cada uno de sus miembros puede considerarse, y aun debe hacerlo, como absolutamente independiente, rompiendo la unidad facticia del grupo á que se le crée que pertenece. Tantas religiones como sectas, tantas sectas como individuos; y en cada individuo, tantas creéncias como caprichos; hé aquí la unidad protestante. «Al dia siguiente de haber nacido la *Reforma*, decia llorando el pastor protestante Vinet, hubo protestantes, mas ya no hubo protestantismo.»

Un periódico americano presentaba la siguiente lista, que todavia está incompleta, de las sectas que existen solo en el Estado de Nueva-York. «Anabaptistas, Baptistas, nuevos Baptistas, Baptistas libres, Baptistas separados, Baptistas rígidos, Baptistas liberales, Baptistas pacíficos, Baptistas ni-

(1) Discurso pronunciado en su instalacion como pastor de Strasburgo.

ños, Baptistas de la gloria, Baptistas aleluyas, Baptistas cristianos, Baptistas del brazo de hierro, Baptistas generales, Baptistas particulares, Baptistas del sétimo dia, Baptistas Escoceses, Baptistas de la nueva comunion general, Baptistas negros, independientes ó puritanos, cameronianos, crispitas ó frisados, cambellistas ó reformados, dunkaros, libres pensadores, Uldamitas, huntingdonianos, irvingianos, ingkanitas, saltadores, cristianos bíblicos, glasitas ó sandomonianos, antiguos presbiterianos, nuevos presbiterianos, escoceses, congregacionalistas, cuakeros ó amigos, unitarianos, socinianos, morabos ó hermanos de la unidad, metodistas ó wesleyanos, metodistas primitivos, wesleyanos reformados, calvinistas metodistas franceses, originales conexionistas, nuevos conexionistas, swedemborgianos, hermanos de plimouth, cristianos rebautizados, mormones, kellistas, muggletonianos, romanianos perfeccionalistas, metodistas rogesianos, buscadores, universalistas, marchadores, rothfieldistas, discipulos-amigos-libres-ó-agapemonistas, lute-

ranos, protestantes franceses, reformados alemanes, protestantes alemanes reformados, católicos alemanes ó discípulos de Rouge, nuevos iluminados, anglicanos ingleses, anglicanos alemanes, anglicanos franceses, etc. etc.» ¡Qué fecundidad!

No creo que en Francia sea *tan rica la Reforma*. Ahi solamente hay reformados protestantes de la confesion de Augburgo, metodistas, anabaptistas, Baptistas pietistas, unitarios, latitudinarios, darbistas, Irvingistas. Sin embargo, debo declarar que no conozco todas las riquezas de las variedades del protestantismo francés, porque sus pastores afectan ordinariamente una tierna fraternidad; y cuando disputan entre sí, lo hacen á puerta cerrada, procurando ocultar eso que uno de ellos el señor Baum, pastor protestante de Alsacia, ha llamado: *Comerse los unos pastores la carne de los otros* (1). Además el protestantismo tiene

(1) El principio de legalidad y la conciencia profesional del algunos llamados, pastores luteranos por señor G Baum, parte I.

miedo del buen sentido de los franceses, que sacaria sin dificultad por consecuencia de esas variaciones y divisiones, lo que Tertuliano decia al heresiarca Marcion: *Tú varías, luego yerras.*

¡Cuán grande y magestuosa aparece la Santa Iglesia con su gerarquía, que custodia la unidad católica, al lado de esas discusiones intestinas y de esa subdivision sin fin que trabaja al protestantismo!

Un autor antiguo dice comparando entre sí el Catolicismo y el protestantismo: «El que ha visto un regimiento de soldados, marchando en buen órden, con su capitan bien armado á la cabeza, y este seguido de mosqueteros, arcabuceros y toda clase de tropa, llevando el paso al compás de los tambores; y vé despues un tropel de chiquillos, con espadas de palo y cartucheras de carton, sirviéndoles de tambor un caldero, y sin que haya gefe qne los ordene, porque cada cual quiere mandar á su compañero; el que esto ha visto, ya puede formar idea del Catolicismo y del protestantismo. Aquel ejército, es imágen de la Igle-

sia; y esta chusma representa á las sectas bastardas, que han querido remedarla.» (1)

VII.

QUE SE DEBE PENSAR DE LA LIBERTAD DE PENSAR.

La libertad de pensar, es un contrasentido. Tan poco libres somos para pensar sin regla, como para obrar sin regla. Bajo la pena de incurrir en el desórden; y de merecer la condenacion, estamos obligados á pensar conforme á la *verdad* y nada mas que la verdad; así como debemos hacer el bien, nada mas que el bien. ¿No es esto evidente?

¿Quién es libre para pensar que cinco y cinco no son diez? ¿Quién es libre para pensar que la parte es mayor que el todo, que el vicio es mejor que la virtud, que Cárlos-Magno no ha existido etc. etc.? ¿Y

(1) Florimond de Remon, Historia del nacimiento y de los progresos de la horegia.

por qué no se puede pensar esto, sino porque lo contrario es la verdad?

Este principio universal que gobierna á la inteligencia humana, se aplica en primer lugar y con toda su fuerza á las verdades religiosas, porque ellas son las mas importantes de todas las verdades. Los misterios de la fé cristiana, los dogmas católicos de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion del Hijo de Dios, del pecado original, de la redencion, de la gracia, de la Iglesia, de la eternidad, del fuego del infierno y de la bien aventuranza del cielo etc. etc.; en una palabra todos los artículos del Catecismo católico, están *impuestos* á nuestro entendimiento, porque son *verdades*; y como en ningun órden podemos nosotros ser libres para discutir la verdad, una vez conocida, con mayor razon no podemos dejar de admitir las verdades católicas. Estamos seguros de que son verdades, porque Dios las ha revelado, porque Jesucristo ha encomendado la enseñanza de ellas á la Iglesia; y porque en esta enseñanza la ha hecho infalible, prometiéndola su contínua asistencia.

De consiguiente *esa libertad de pensar* que es el alma del protestantismo y de la moderna filosofía racionalista, no pasa de ser una de esas imposibilidades, que solo pueden ser admitidas por la ligereza y la superficialidad. Para un hombre de entendimiento claro y de un juicio sólido, que no se paga de meras palabras, esa libertad de pensar, es en lógica un absurdo y en moral un pecado.

Lo mismo sucede con la libertad de conciencia y la libertad de decirlo todo y hacerlo todo. ¡Libertades! Sí, son libertades pero, que conducen derechamente al infierno, sino se las sugeta á la regla trazada en su divina enseñanza por Cristo y su Iglesia.

La autoridad católica, lejos de destruir el pensamiento humano, le protege y vivifica. Esa autoridad es la de la verdad cuya inmutabilidad no corta el vuelo de la razon, pues no hace otra cosa que evitar sus estravios. La autoridad de la Iglesia en lo tocante á la religion hace con el entendimiento humano siempre espuesto á descaminarse,

ya porque engañe al hombre su imaginacion, siempre loca, ya porque le arrastre el corazon subyugado por las pasiones, lo que un ayo hace con los niños, lo que un tutor con los jóvenes y lo que todo buen gobierno con sus subordinados; esto es, impedirles el mal, para el que ni hay ni puede haber libertad. Y entiéndase que al decir religion se comprende toda clase de doctrinas que directa ó indirectamente se relacionan con ella, ya sean filosóficas ó científicas, políticas, etc.

En la Iglesia es, donde únicamente encuentra el espíritu humano, al abrigo de la autoridad, la verdadera libertad de pensar.

VIII.

DIVISIONES RELIGIOSAS DE LOS CATÓLICOS.

En el seno de la unidad católica sucede á veces que se suscitan cuestiones religiosas sobre las cuales se disputa y se escribe, ya en pro, ya en contra. Los impios, que

no comprenden esos debates, sacan de ellos consecuencias contra la religion. Pero, ¿acaso tienen esas cuestiones el alcance que se las quiere dar? ¿Por ventura, se parecen ellas á las divisiones religiosas de los protestantes?

De ninguna manera. Todos los católicos tienen una misma fé, porqué profesan un mismo principio de fé, que es la obediencia á la enseñanza de la Iglesia. Sobre el dogma propiamente dicho, todos ellos están absolutamente de acuerdo, mientras que el dogma es precisamente aquello en que los protestantes se dividen. Su pretension de reunirse en un terreno comun, ó como ellos dicen en los *puntos fundamentales*, es entre ellos una ilusion desmentida por los hechos. Las sectas no están de acuerdo sobre nada, fuera de la existencia de Dios. Entre los setecientos ministros protestantes que en Francia predican la heregia y atacan á la Iglesia católica, habia quinientos que no creian en la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, en la Santísima Trinidad, en la regeneracion bautismal, etc., segun lo ha-

cia constar el protestante Gasparin. Hay muchos que siguiendo al profesor Shoever, teólogo de Ginebra, no créen que la Biblia sea un libro divino. De manera, que cabalmente los puntos *fundamentales*, los solo fundamentales, son aquellos en que los protestantes están separados entre sí, como lo demostraba el gran Bossuet hace ya dos siglos.

Los católicos por el contrario, no entran ni pueden entrar en discusion; sino sobre puntos de doctrina que la Iglesia no propone obligatoriamente á la creéncia de sus hijos, por lo que justamente se les llama *opiniones*. Toda opinion es libre, en lo cual difiere de los dogmas. En cuanto á opiniones, habiendo dejado la Iglesia libertad para adoptar las unas ó las otras, de ahí es que á veces abrazan y defienden pareceres opuestos los simples fieles, los doctores particulares y hasta los obispos. De estas cuestiones doctrinales nacen ordinariamente luces preciosas, enriqueciendo el conjunto de ellas la ciencia teológica, ciencia, que no es el Catecismo de la fé, sino el resulta-

do de los trabajos del talento humano sobre las inmobles y magníficas basas puestas por la fé.

Si en su sabiduria, toda divina; la Iglesia juzga oportuno definir como punto de fé algunas de aquellas opiniones, los católicos, cesando de discutir, *créen*. Elevada la opinion á dogma lo que antes era dudoso, porque aun no habia hablado la Iglesia; luego que ella lo define, se hace *cierto*.

Los diversos parecéres de los católicos tienen especialmente por objeto las apreciaciones de conducta. Los unos créen, por ejemplo, que para el bien de la religion conviene atacar á sus enemigos de frente, sin negociar jamás con ellos, repeliendo con energia sus ataques y sus errores, mientras que otros llaman á eso violencia ó imprudencia, entendiendo de otro modo la caridad; pues créen que se puede domesticar á los lobos.

¿Quién no vé que estas divisiones dejan completamente intacta nuestra unidad religiosa? Sin embargo esto es lo que escandaliza profundamente á los pastores protes-

tantes, *tan amigos* de la verdad, de la unidad, y de la caridad como se ha visto. ¡Pobres hombres que ven la paja en el ojo ageno y olvidan la viga que les atraviesa el propio!

IX.

DE COMO LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA ES LA VERDADERA REGLA DE FÉ.

Entendiéndose por regla de fé aquella, segun la cual los cristianos admiten tal ó cual doctrina y rechazan tal ó cual otra.

Ahora bien. ¿Cuál es esa regla de fé á la cual debemos conformarnos para fijar nuestras creéncias? ¿Cuál es la verdadera regla de fé?

En esto, como en todo, los protestantes están en desacuerdo con la Iglesia católica. Mil y quinientos años despues de la predicacion de los Apóstoles, descubrió Lutero en su cabeza, que todo el mundo se habia equivocado hasta entonces y que la verdadera, la única regla de fé para los cristia-

nos, era la Biblia. Todos los protestantes admiten este principio, que yo examinaré mas adelante. Por ahora veamos lo que todos los cristianos han creido desde los tiempos de los Apóstoles, hasta el de Lutero, que es lo que nosotros creémos imitando á nuestros mayores, y que será lo que creerán los venideros hasta el fin de los tiempos.

Nuestro Señor Jesucristo escogió doce hombres entre sus discípulos y los envió al mundo, para enseñar en su nombre la religion cristiana. «Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra, les dijo: id, pues, enseñad á todas las Naciones, instruyéndolas, para que guarden mis mandamientos. Predicad el Evangelio á toda criatura. El que os oye me oye y el que os desprecia me desprecia. Y hé aquí que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del mundo.» (San Mateo cap. 28, San Lúcas cap. 10; y San Márcos cap. 16.)

Esta última palabra del Hijo de Dios, prueba claramente que la autoridad espiritual y la mision de los Apóstoles, deben

permanecer en la Iglesia, como un ministerio perpétuo, hasta el fin de los siglos. Además es un hecho histórico irrecusable, que desde los Apóstoles hasta el dia de hoy, los supremos pastores de la Iglesia católica, cuya sucesion remonta sin interrumpirse hasta San Pedro y sus cólegas en el Apostolado, han egercido y egercen aun ese ministerio.

Pero ¿cuál es ese ministerio? ¿Cuál es esa autoridad que viene del mismo Jesucristo por la que hombres que como tales hombres son *falibles*, nos enseñan *infaliblemente é infaliblemente* nos conducen por el camino de la salvacion? Esa autoridad es la de la Iglesia, es decir la del Sumo Pontífice, sucesor de San Pedro, cabeza de la Iglesia; y la autoridad de los Obispos, que son los auxiliares del Papa, en la grande obra de la santificacion de las almas.

Esa autoridad divina si bien confiada á hombres, es la verdadera y la única regla de la fé. Así lo han creido los siglos cristianos, así lo han enseñado todos los doctores y Padres de la Iglesia. Lo que debe-

mos créer, es lo que el Papa y los Obispos enseñan; y lo que debemos rechazar, es lo que el Papa y los Obispos condenan y rechazan. Cuando una doctrina es dudosa, debemos dirigirnos al Tribunal del Papa y de los Obispos, para saber á que atenernos respecto á ella; pues solamente de ese Tribunal, siempre vivo y siempre asistido por el espíritu de Dios, pueden emanar los juicios exactos sobre las cosas de la religion y particularmente sobre el verdadero sentido de las santas escrituras.

Tal es la regla de fé para todos los verdaderos cristianos, regla de institucion divina que ninguno puede rechazar á sabiendas, bajo la pena de perder su alma. Quien os *desprecia* me *desprecia*. Esto dijo Nuestro Señor Jesucristo, estableciendo aquel principio inmutable de unidad y de vida en su Iglesia. Gracias á ese principio, hace diez y ocho siglos que los católicos han tenido y tienen una misma creéncia. Los protestantes, al contrario, privados de esa regla divina, «fluctúan, como dice San Pablo, á todo viento de doctrina;» y á pesar de la

Biblia que manosean con frecuencia, ellos créen hoy lo que negaban ayer, negarán mañana lo que créen hoy y acaban por no creér nada absolutamente.

Examinemos ahora con pocas palabras la pretension protestante de sustituir á la autoridad, invariable y siempre viva de la Iglesia, un libro, divino sin duda, pero mudo é inanimado, como lo son todos los libros; libro que cada uno interpreta á su manera, sin que él pueda decir á nadie porque no habla: «Detente que te engañas.»

X.

LA BIBLIA NO ES NI PUEDE SER LA REGLA DE FÉ.

La Biblia es verdaderamente la palabra de Dios. Nosotros los católicos lo sabemos tanto y aun mejor que los protestantes. Todo lo que contiene la Biblia, es una enseñanza divina; y sin embargo la Biblia no es ni puede ser regla de fé, en el sentido que lo pretenden los protestantes.

1.° La Biblia no puede ser la regla de fé, porque Jesucristo no ha dicho á los Apóstoles: «Id y distribuid Biblias,» sino lo siguiente: «Id y enseñad á todas las naciones; quien os oye á mi me oye.» «El Cristianismo, dice el protestante Lessing, estaba ya propagado, antes de que ninguno de los Evangelistas se pusiese á escribir la vida de Jesucristo. Rezábase el *Padre nuestro* antes que le escribiese San Mateo, porque el Divino Maestro le habia enseñado de *palabra* á sus discipulos, quienes de *palabra* le habian trasmitido á los primeros cristianos. Bautizábase en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, antes de que el mismo San Mateo consignase esta fórmula por escrito en su Evangelio; y se hacia asi porque Jesucristo la habia prescrito verbalmente á sus Apóstoles.» (1)

Esta primera prueba, que es una prueba de hecho, vale bien por cualquiera otra; y los protestantes no han encontrado nun-

(1) Lessing, Bestrage fur Leschicte nud. Tomo IV, pág. 182.

ca nada razonable que oponer á ella.

2.° La Biblia no puede ser la regla de la fé, porque basta repasar los libros santos y especialmente los del Nuevo Testamento, para conocer que ellos no son un Catecismo, es decir, una enseñanza religiosa, clara y completa. Los Evangelios, los hechos de los Apóstoles; y en general todos los libros históricos, son únicamente relaciones religiosas, presentadas á la edificacion de los fieles.

Las Epístolas de San Pablo, y de otros Apóstoles, son fragmentos particulares que tratan este ó el otro punto de doctrina separadamente; y las mas de las veces son respuestas á preguntas particulares ó alusiones á ciertos errores que ya no existen en el dia. Los salmos, son ante todos, preces; y los libros de los profetas anuncios de la venida de Jesucristo y de los grandes destinos de su Iglesia. Jamás pretendieron los Apóstoles ni los demás autores sagrados, dar estos fragmentos escritos como un código de completa enseñanza, ni como fórmula de creéncia. Esto es evidente, y sal-

ta á los ojos desde la primera lectura.

«Los Apóstoles, dice el célebre protestante Grocio, no tuvieron la intencion de exponer detalladamente en sus Epístolas las doctrinas necesarias para salvarse. Las escribian *ocasionalmente* con motivo de las cuestiones que se les presentaban.» (1)

3.° La Biblia no puede ser la regla de fé, porque ella contiene una multitud de pasages difíciles, los cuales por su divina profundidad, superan aun á las inteligencias mas ilustradas. Los esfuerzos de los doctores de la Iglesia para penetrar el sentido de aquellos pasages, esfuerzos que frecuentemente no han dado el apetecido resultado, son prueba suficiente de cuán difícil es comprender las Santas Escrituras. El mismo Lutero dijo: «Es cosa *imposible* profundizar el sentido de las escrituras. Solamente podemos tocar en su superficie. Comprender su sentido, fuera maravilla. Hagan los teólogos, cuanto quieran y puedan, siempre será una empresa superior á nuestra

(1) Hugo Grocio, Ep 582.

inteligencia, penetrar el misterio de la palabra divina. Sus sentencias son el soplo del Espíritu de Dios, por lo que desafian á la inteligencia del hombre.» (1)

¿Pues que se debe pensar de una regla de fé que por confesion de Lutero y de una multitud de protestantes, en lugar de esplicar la fé, tiene ella misma necesidad de difíciles y largas esplicaciones? Por lo demás, si les ocurriere á los protestantes negar las dificultades inherentes á la interpretacion de la Biblia, sus mismas interminables disputas y disidencias sobre casi todos los testos del sagrado libro, hablarian con demasiada claridad. Pero aun hay otra cosa todavia mas notable; y es que los pasages mas sencillos y mas claros de las Santas Escrituras, son cabalmente los que han suscitado entre los protestantes mas disputas y divisiones. Se han contado mas de doscientas interpretaciones protestantes de estas cuatro palabras dichas por Nuestro Señor Jesucristo en la noche de la cena: *Este es mi cuerpo.*

(1) Audin, *vida de Lutero,* tomo II pág. 339.

4.° En fin, la palabra de Dios contenida en la Biblia, no es ni puede ser la regla de fé para los cristianos; porque si lo fuera la religion cristiana no seria la religion de los pobres y pequeñuelos, que cabalmente son aquellos á quienes Nuestro Señor Jesucristo amó con predileccion. Pero este punto es digno de tratarse á parte.

XI.

EL PROTESTANTISMO NO ES NI PUEDE SER LA RELIGION DEL PUEBLO.

No, el protestantismo no se ha hecho para el pueblo. Jesus ama á los pobres y á los humildes; pero el protestantismo, dando por regla fundamental de fé la lectura de la Biblia, escluye del cristianismo al pueblo. En efecto los pobres ó no saben leer y entonces ¿de qué les sirve un libro?; ó saben leer, pero no tienen tiempo para hacerlo, porque el trabajo de mano les absorbe todo su tiempo. Y ¿qué es un libro para el que no tiene tiempo de leer? Si el

protestantismo, tuviera razon: si para salvarse fuera necesario leer la Biblia, «en tal caso, dice el citado luterano Lessing, cuanto os compadezco ¡oh hombres nacidos en paises á cuya lengua no ha sido traducida la Biblia, ó que estais en tal condicion social que por falta de conocimientos no podeis leerla, aunque la tengais traducida á vuestro idioma! Os creeis cristianos, porque estais bautizados. ¡Infelices! ¿No veis que es tan necesario saber léer como haber recibido el bautismo? Además temo que necesiteis aprender el hebreo para estar seguros de que salvareis vuestras almas.»

Nótese que durante los quince primeros siglos de cristianismo, es decir hasta la invencion de la imprenta, casi nadie sabia léer en el pueblo (1); y que seria absurdo

(1) En la misma Inglaterra, hasta el siglo XIII, eran tan pocos los que sabian leér, que para obtener el indulto de algun reo de la pena de muerte, bastaba alegar: *«sabe léer como un clérigo.»* (Traductor.)

suponer que todos los que hallándose en ese caso vivieron hasta entonces, carecieron de los medios de llegar á la fé. Nótese además que, segun informes de las mismas sociedades protestantes, *es absolutamente imposible*, traducir la Biblia en ciertos idiomas, porque estos no tienen palabras para representar la mayor parte de las ideas contenidas en los libros santos. De manera que segun esta confesion de los mismos protestantes, resultarian naciones enteras, que jamás pudieran llegar á la fé, si la fé se ha de formar por la lectura de la Biblia. ¡Qué absurdo!

Pero aun cundo todos los pobres supiesen léer ¿habrian con eso adelantado gran cosa? A cada paso, como acabo de demostrar, se verian embarazados en cada verso. Ni se diga que basta al pueblo que los pastores le lean y espliquen, una vez por semana, la Sagrada Escritura en sus prédicas. Las esplicaciones no son mas que opiniones personales, que no descansan en ninguna autoridad y que varian segun el capricho de cada cual. Esa no es la palabra de

Dios, sino la palabra del ministro protestante Fulano ó la del ministro protestante Zutano, cosa muy diferente.

Que el pueblo, pues, sepa ó no sepa leer, resulta siempre ser imposible que la Biblia le sirva de regla de fé. Si Dios hubiera establecido semejante regla, habria escluido de su Iglesia y de la salvacion eterna á casi todos los hombres. Pensar asi es una impiedad en que ningun verdadero cristiano incurrirá nunca.

Luego el protestantismo que nos viene á decir: «Tomad y leed mi Biblia: no necesitais ni Iglesia ni sacerdotes: contentaos con sola la palabra de Dios contenida en la Escritura,» no puede ser la religion del pueblo; y por consiguiente no puede ser ni es el verdadero cristianismo, porque el verdadero cristianismo es la religion para todos.

XII.

ES IMPOSIBLE PARA UN PROTESTANTE SABER SI LA BIBLIA QUE LÉE ES LA PALABRA DE DIOS.

Desafio á todos los protestantes pasados, presentes y futuros á que me demuestren, sin faltar á sus propios principios, que la Biblia es verdaderamente la palabra de Dios.

Para mi que soy católico, la cuestion está resuelta. Yo sé lo que es la Sagrada Escritura. La Iglesia de Dios, autoridad infalible y viva, que Jesucristo ha establecido sobre la tierra, para hacerme conocer y practicar la verdadera fé, me presenta los libros santos y me dice en nombre de Jesucristo: «Estos libros son escritos por los Profetas y los Apóstoles. Ellos no solamente son auténticos, esto es, que no solo son de los autores á quienes se atribuyen; sino que son inspirados, es decir, que están es-

critos con la asistencia del Espíritu Santo; y contienen verdaderamente la palabra de Dios.» Esto me dice la Iglesia: y yo, lógico en mi fé, digo y creo que la Biblia es la palabra de Dios.

Pero el protestante que rechaza la autoridad de la Iglesia, no puede discurrir así. Mudo se queda con la Biblia en la mano, cuando se le pregunta, porqué crée lo que en ese libro se contiene.

I. Preguntémosle primero ¿si los libros de la Biblia son auténticos, y como sabe él que están escritos por los Profetas y Apóstoles cuyos nombres llevan?

Sobre este punto nacen cuestiones históricas, muy embrolladas y, muchas de ellas, insolubles para la simple ciencia humana. «Cada individuo, dice el profesor protestante Schoerer, es invitado aquí á fallar en materias sobre las cuales difieren los doctores. El mas sencillo de los fieles, antes de estar seguro de su fé, debe resolver cuestiones de *autenticidad*, de *crítica* y de *historia*.... ¡Qué base para la sólida fé de los fieles! ¡Qué regla para la masa del pueblo

cristiano.» (1) Nosotros, los católicos, no tenemos necesidad de entrar en ese laberinto; pues la Iglesia nos afirma la autenticidad de la Sagrada Escritura, recibida y trasmitida de siglo en siglo por la tradicion de la misma Iglesia.

II. Pero aun en la hipótesis imposible, de que un protestante, pudiera saber ciertamente que los libros santos son auténticos, esto es, que todos ellos están escritos por los sagrados autores á quienes se atribuyen; ¿cómo sabrá este protestante que esos libros, son verdaderamente inspirados, que no son libros como cualesquiera otros?

No es imposible que San Pablo, San Juan ó San Mateo, hayan escrito una porcion de cartas, y aun otros tratados de religion, que no fuesen inspirados. En este supuesto, sin el juicio infalible de la Iglesia, ¿cómo se distingue lo inspirado de lo no inspirado?

Si dice el protestante, que el Espíritu Santo asiste á todos los cristianos para hacer este discernimiento, yo le replicaré:

(1) Schoerer, *La crítica y la fé.*

¿entónces cómo es que entre los mismos protestantes hay tan poco acuerdo sobre este punto? ¿cómo es que Lutero rechaza tal ó cual libro que venera Calvino? Y ¿cómo los sectarios de hoy admiten libros que despreciaban sus mayores, por ejemplo el de Tobias, el de Ruth, el de Esther, la Epistola de Santiago, la de San Pablo á los hebreos etc.? Aun sobre los cuatro Evangelios, no hay concordia entre los protestantes; y actualmente sucede que uno de sus ministros solo admite el Evangelio de San Mateo y otro solo el de San Juan.

Si hay alguna cuestion fundamental, es esta de la *certidumbre* de la inspiracion de los libros santos; y ella saldrá á cortar el paso á los protestantes, desde que ellos quieran raciocinar con arreglo á la lógica. Hé aquí un trance mortal, para el protestantismo.

Asi es que muchos protestantes que quieren ser lógicos, viendo todo el edificio de su pretendida religion basado en tan dudoso cimiento, pierden poco á poco las creéncias que les quedaban y caen en el ra-

cionalismo ó en la indiferencia.

III. Concluyamos con una tercera reflexion. Aun suponiendo gratuitamente que un protestante pudiera llegar á tener certidumbre de la autenticidad y de la inspiracion de la Biblia, ¿cómo sabrá él que la traduccion de que hace uso, y de la cual el mismo distribuye ejemplares, es *perfectamente* fiel; ó que por el contrario en esa traduccion, cosa que frecuentemente sucede, no se dá el sentir erróneo del traductor, en vez del sentido verdadero y no comprendido del original?

Sobre esto hay que notar dos cosas: la primera que pocas personas saben el hebreo, á lo menos lo necesario para traducirlo; y la segunda, que se ignora cual era la lengua en que algunos de los libros santos fueron originalmente escritos.

Lo repito, para nosotros los católicos, ninguna de estas es dificultad, porque tenemos á la Iglesia que nos las ha resuelto; pero á los pobres protestantes, no sabiendo como salir del paso, no les quedan mas que dos callejuelas, ó abandonar la partida, no

ocupándose mas de Biblia, de fé ni de religion; ó entregarse á largos y pesados estudios, en que careciendo de guia, llegan en fin por la senda de la duda á la negacion de toda verdad. Esto es si quieren ser consecuentes á su falso principio del libre exámen. Si no, echándole á un lado, créen en la inspiracion de la Biblia, que el protestantismo es impotente para demostrarles, nada mas que por la *tradicion católica*. Estos tales, cuyo número es grande, en cierto modo y hasta cierto punto, son católicos sin saberlo.

Cada vez que un protestante apela á la autoridad de la Biblia, invoca á su pesar la autoridad de la santa Iglesia católica, porque sin el infalible testimonio de esta Iglesia, es imposible demostrar la inspiracion divina de la Escritura. *Evangelium non crederem*, decia San Agustin en el siglo IV, *nisi me commoveret Ecclesiae Catholicae auctoritas*. «Yo no creéria en los Evangelios, si no me obligase á ello la autoridad de la Iglesia católica.»

XIII.

HASTA DONDE PUEDE LLEVAR EL PRINCIPIO PROTESTANTE QUE DÁ LA BIBLIA COMO REGLA DE FÉ.

Si la Biblia interpretada, conforme á la pretendida inspiracion de cada lector, fuese la regla de fé, cada cual estaria obligado á creér y hacer aquello que se le figurase encontrar en la Biblia.

De consiguiente, segun ese falso principio, que es la base del protestantismo, los protestantes no pueden menos de aprobar las abominables y torpes locuras de tantas sectas que se apellidan evangélicas, desde la de los *anabaptistas*, hasta la de los *Mormones*; las cuales se atreven á apoyar sus infamias, en testos no comprendidos de la Sagrada Escritura. Además, los protestantes están obligados á reconocer por legítimos hermanos suyos, por buenos y lógicos protestantes, á esos anabaptistas, á esos Mor-

mones, á esos innobles sectarios que son el oprobio de la humanidad.

¡Cuántas torpezas no han tomado por pretesto aquella palabra: «Creéd y multiplicaos!» Los anabaptistas de Munster, y tras ellos otros muchos, sacaron de ahí que podian ejercer la poligamia. Lutero, Bucero y Melanchton, sacaron de no sé que otro pasage del Evangelio, que podian permitir á Felipe, Landgrave de Hesse, tener dos mugeres á la vez.

Siempre en nombre de la Escritura y de la palabra de Dios, Lutero escitó á los campesinos de Alemania á rebelarse contra los príncipes, y despues, espantado de su propia obra, escitó á los príncipes, para matar á los campesinos. Juan de Leyde descubrió, leyendo la Biblia, que debia casarse con once mugeres simultáneamente. Hermann vió en ella que él era el Mesias enviado de Dios. Nicolás, que todo lo que se refiere á la fé no es necesario; y que es necesario vivir en pecado, para que sobreabunde la gracia. Sympson pretende léer en la Biblia, que se debe andar desnudo por las

calles, para mostrar á los ricos que deben despojarse de todo. Ricardo Hill halla tambien en ella, que el adulterio y el homicidio son cosas que operan para el bien; añadiendo que si á estos crímenes se añade el incesto, el que los cometa se hace mas santo en la tierra y goza mas en el cielo.

Lo confiesan los mismos protestantes honrados: no hay crímen ni abominacion que no haya encontrado justificacion en algun testo de la Sagrada Escritura, cuando se la interpreta sin sujeccion á la tutelar autoridad de la Iglesia.

¿Pues qué debemos pensar de un principio, como este principio del protestantismo, que produce tales consecuencias?

XIV.

¿PROHIBE LA IGLESIA CATÓLICA QUE SE LEA LA BIBLIA?

La Iglesia, que ha recibido de las manos de Dios las Santas Escrituras, no tiene deseo mas grande que el de ver á sus hijos

nutriéndose de la divina palabra y meditando sus oráculos. Sin embargo ella quiere que esta lectura escelente, vaya acompañada de ciertas precauciones, que la fé y la esperiencia prescriben igualmente á su maternal prudencia. La Iglesia se acuerda de que Satanás se sirvió de la Sagrada Escritura, para tentar á Jesucristo en el desierto; como tambien de que los escribas y fariseos combatian al Divino Maestro y á sus Apóstoles, en nombre de la palabra de Dios. No olvida tampoco la Iglesia, que el príncipe de los Apóstoles San Pedro, el primer Papa, hablando de las Escrituras divinamente inspiradas, enseñaba: «Que hay en ellas pasages difíciles de comprender, los cuales hacen servir para su propia ruina, depravándolos, algunos hombres sin doctrina y de voluble espíritu, y que lo mismo sucede con todas las Escrituras.» (Ep. 2.ª de San Pedro, cap 3.° ver. 16.) Mas aun: la misma Sagrada Escritura es la que obliga á la Iglesia á dar con prudencia este divino alimento á sus hijos. La esperiencia se une á la fé en esta materia tan grave; y el ejemplo de

lo sucedido con todos los hereges, especialmente con los hereges modernos, la ha hecho ver que esa lectura de la Biblia pudiera ser muy peligrosa en ciertas condiciones, y especialmente en las traducciones hechas á la lengua vulgar. De todo esto ha sacado la Iglesia algunas reglas muy sencillas y muy sábias, las cuales han sido impuestas por ella, no para impedir la lectura de la Biblia, sino para evitar los peligros que la acompañan.

La primera de esas reglas es que debemos recibir de los legítimos pastores de la Iglesia, solamente de ellos, el testo y la interpretacion de la Sagrada Escritura, no sea que, como añade el Apóstol San Pedro: «hechos juguete de los errores de falsos doctores, los cristianos pierdan aquella solidez de doctrina que les es propia.» (*Ne insipientium errore traducti, excidatis á propia firmitate.*)

Luego la Iglesia ordena que no se haga uso sino de ciertas traducciones de la Sagrada Escritura, cuidadosamente examinadas y aprobadas por la autoridad eclesiás-

tica, para que así los fieles, cuando la lean, estén seguros de que léen la palabra de Dios y no la humana palabra de algun traductor ignorante ó pérfido. Además quiere la Iglesia que se consulte su autoridad, antes de leer la Escritura, para saber si el que pretende hacer esa lectura, está con las disposiciones convenientes de inteligencia y de corazon, para sacar provecho de semejante lectura. Basta referir estas reglas prácticas, para hacer comprender la profunda sabiduria que las ha dictado. Pero ellas son, no solamente sábias, sino tambien necesarias.

Con esto la Iglesia muestra cuanto mas caso hace ella de la santa palabra de Dios, que no esos temerarios novadores; los cuales bajo pretesto de poner aquella divina palabra al alcance de todos, la han arrojado al cieno y profanado indignamente. La Iglesia católica sola respeta la Biblia, porque ella es la única que conoce su santidad y comprende su verdadero uso.

Pero añadiré aquí un hecho que muchos ignoran, á saber, que se lée mucho mas la

Sagrada Escritura en el seno de la Iglesia católica, que entre los protestantes, á lo menos los de Francia. En la Misa se léen cada dia pasages del antiguo testamento, ó de las Epístolas de los Apóstoles, como tambien los testos mas notables é importantes del Evangelio. Muchos católicos, llevan consigo el Nuevo Testamento, ó por lo menos los cuatro Evangelios, cuya práctica piadosa es de regla en los Seminarios. Pocos sacerdotes hay que no consagren cada dia cierto tiempo, á la lectura y meditacion de la Sagrada Escritura. Yo no sé si los pastores protestantes léen mucho la Biblia; pero me consta que no la léen sus ovejas. En muchas familias protestantes los padres prohiben, y por cierto no sin razon, esa lectura á sus hijos, pues hay muchos pasajes que prudentemente no se pueden poner á la vista de los jóvenes de ambos sexos.

La Sagrada Escritura es ante todo un libro sacerdotal, el libro de los presbíteros; los cuales, como encargados de enseñar y santificar á los fieles, reciben este depósito, el mas precioso despues del de la Eucaristia.

Ellos le esplican al pueblo, alimentando á las almas con las divinas verdades, de que ellos se han nutrido préviamente á sí mismos. Ellos son los que tienen la mision de hacer amar y respetar la Sagrada Escritura, distribuyendo su contenido á cada uno segun sus necesidades, conservando así á la palabra de Dios su carácter esencial, que es el de ser *luz y vida.*

Los sacerdotes santos, y los verdaderos cristianos, tienen á la Sagrada Escritura un respeto y un amor inefables. El grande Arzobispo de Milan, San Cárlos Borromeo, que fué el ilustre reformador del clero en Italia durante el siglo XVI, no leia la Biblia sino de rodillas y con la cabeza descubierta; habiéndosele visto alguna vez hasta cuatro horas seguidas, ocupado en este divino trabajo. San Felipe Neri regaba con sus lágrimas las sagradas páginas, que sabia de memoria. Lo mismo les sucedia á San Francisco de Sales y á San Vicente de Paul. El señor Olier, reformador de la disciplina eclesiástica en Francia, tenia á la Biblia en una veneracion admirable. Habia hecho empas-

tar un ejemplar en plata maciza y jamás le ponia al lado de los otros libros. Antes de abrirle se vestia de sobrepelliz y leia de rodillas, como San Cárlos, á pesar de sus enfermedades. La piadosa compañia de San Sulpicio, que dirige una gran parte de los Seminarios de Francia, inspira esos mismos sentimientos de religion á los jóvenes eclesiásticos, los cuales se apresuran á seguir esa direccion tan católica. *Jesus* es el Maná oculto de las Escrituras. ¡Bienaventurado el que le encuentra! ¡Dichosa el alma fiel que con la luz de la santa Iglesia y de la verdadera fé, estudia con espíritu de piedad, con amor y con deseo de santificarse, la adorable palabra de Dios, haciendo de ella despues del Santísimo Sacramento del Altar, el sólido alimento de una virtud positiva y verdadera!

XV.

PORQUE LAS SOCIEDADES BÍBLICAS ESTÁN CONDENADAS POR LA IGLESIA.

Preguntábame un católico muy piadoso, que medita la Sagrada Escritura para robustecer su vida religiosa: ¿si las sociedades bíblicas no hacian una cosa útil á las almas, sirviendo de auxiliares á la Iglesia católica, sin saberlo, cuando distribuyen á racimos los ejemplares de la Biblia? Este buen hombre se maravillaba de que el Papa Gregorio XVI, hubiese marcado indeleblemente á esas sociedades, con un sello de reprobacion, llamándolas *Pestes*.

La respuesta está dada por un protestante aleman, hombre de claro talento, el Doctor Leo, el cual dice sobre este particular: «El Papa ha llamado *Pestes* á las sociedades bíblicas; y si yo fuera Papa é italiano, confieso que haria lo mismo. Tengamos la buena fé de examinar un poco lo que van á hacer en los paises católicos esos emisa-

rios de las sociedades protestantes inglesas, con una falta sin límites de delicadeza y pudor. Todos los medios les parecen buenos para propagar la Biblia. La ponen, sin discernimiento, en las manos de los hombres menos aptos para comprenderla. Siembran doctrinas que infunden confusion en los espíritus, hieren la moralidad, minan la autoridad social y el órden eclesiástico; y, en resúmen, son una accion revolucionaria. Las sociedades bíblicas en estos últimos tiempos, han servido de instrumento á los autores de las maquinaciones execrables, que han trastornado la Italia: además, el celo protestante abre un camino á la política y al comercio inglés, que se introducen en Italia con una Biblia en la mano. La Biblia es la piel de oveja con que se disfraza el lobo.»

Hé aquí la cuestion juzgada por un protestante. La Biblia protestante no es mas que una hipócrita piel de oveja, con que se disfrazan á la vez la incredulidad y la revolucion.

XVI.

LA BIBLIA, TODA LA BIBLIA, NADA MAS QUE LA BIBLIA.

Hé aquí el grito que el vulgo protestante, así como sus grandes Doctores, no cesan de dirigir á los católicos. «La Biblia es toda la religion. Si léeis la Biblia, estais seguro de encontrar en ella la fé y la salvacion. Si quereis quitaros de las supersticiones romanas, léed la Biblia. Si aspirais á tener una religion cómoda, fácil y sin prácticas severas, haceos con una Biblia. Si deseais contaros por convertido y predestinado, aceptad una Biblia.» Hé aqui la charla protestante.

Pero aunque es falso é imposible un principio, segun el cual un libro, diversamente interpretado, pueda ser la regla de la fé; todavia los protestantes que lo han inventado, si fueran menos ilógicos, deberian respetarle y tomarle por lo sério. Sin embargo, nada de eso; y no hay mas que abrir una

Biblia, para encontrar entre el testo sagrado y las doctrinas protestantes, enormes contradiciones, sobre los puntos mas importantes. Veámoslo.

Creencias y prácticas protestantes.	*Testos de la Sagrada Escritura.*
Los ministros protestantes dicen: «No hay otra autoridad en religion que la Biblia. A ella sola se debe créer. Toda enseñanza que viene por medio del hombre, si es que no reproduce el testo de la Biblia, es usurpacion y mentira.»	Jesucristo dijo á los doce Apóstoles: «Como mi Padre me envió, asi yo os envio.» (San Juan, IV, 58.) «Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra: id, pues, enseñad á todos los pueblos... instruyéndolos para que guarden mis mandamientos.» (San Mateo XXVIII, 15.) «Quien os oye me oye, quien os desprecia me desprecia.» (San Lúcas X, 16.)
Los ministros protestantes dicen: «En religion no hay que	Y San Pablo dice: «Obedeced á vuestros conductores y some-

obedecer á nadie sino á la Biblia, á la pura palabra de Dios.»

teos á su autoridad; porque ellos son los que velan por vuestras almas, como que de ellas deben dar cuenta»(Hebr. XVIII, 17.)

Los ministros protestantes dicen: «Los obispos están de sobra, su ministerio es usurpado.»

San Pablo dice á los Obispos: «El Espíritu Santo os ha establecido Obispos para gobernar la Iglesia de Dios.» (Act. XX, 28.)

Los ministros protestantes dicen: «La escritura es fácil de entender; y leyéndola está uno al abrigo de todo error.»

San Pedro dice, hablando en particular de las Epístolas de San Pablo: «En estas Epístolas hay ciertos pasages de difícil inteligencia, que ciertos hombres ignorantes y ligeros apartan de su verdadero sentido, asi como las otras escrituras, para su propia ruina.» (Pet. II, III, 16.)

El Divino Salvador, como es sabido, nada escribió, ni recomendó á los Apóstoles que escribieran, ni dijo palabra alguna que indicára á los cristianos, que ellos deberian léer lo que escribieran los Apóstoles. Asi es que en la primitiva Iglesia se oraba, se ayunaba, se recibia el bautismo y la Santa Comunion, se practicaba la religion entera y se obtenia la salvacion, sin léer el Evangelio, que aun no estaba escrito. Esta pequeña observacion, que ya he sometido al juicio del lector en otra parte, echa por tierra el gran dogma protestante, de que es necesario leér la Escritura, para conocer la religion y salvarse. ¿Pues qué ha hecho Nuestro Señor Jesucristo para establecer y conservar la religion? Ha mandado á los Apóstoles que la prediquen y esto es todo. Los Apóstoles juzgaron útil poner por escrito una parte de su enseñanza, y los rasgos principales de la vida de su Divino Maestro, que son los que forman el Evangelio. Por lo demás éllos continuaron enseñando de viva voz; y esta es la *tradicion*. Asi es que la *tradicion* tiene una autoridad divina,

lo mismo que el Evangelio. Pero volvamos á los testos, para ver si lo que dicen los ministros protestantes concuerda con la Sagrada Escritura.

Los ministros protestantes dicen: «No queremos tradiciones.»

San Pablo dice: «Conservad las *tradiciones* que habeis recibido, ya por mis discursos, ya por mis cartas.» (Thess, II, 14.)

Los ministros protestantes dicen: «Todo lo que *Jesus* ha hecho y dicho se encuentra en el Evangelio.»

San Juan dice al concluir su Evangelio: «Jesus ha hecho aun otras muchas cosas.» (Joan. XXI, 25.)

Los ministros protestantes dicen: «No hay otra doctrina de los Apóstoles, sino la que nos dejaron escrita.»

San Pablo dice al Obispo Timóteo: «Lo que has aprendido de mi delante de muchos testigos, dalo en depósito á hombres fieles, que sean capaces de instruir á otros.» (II Tim., II, 2.) Y San Juan dice: «Aunque

tuviera muchas cosas todavia que escribiros, no he querido hacerlo con papel y tinta, esperando ir á veros y hablaros de viva voz.»

Los ministros protestantes dicen: «La justificacion y la salvacion del hombre se alcanzan por la fé sola. Las obras son inútiles y sin eficacia.»

Santiago dice: «Hermanos mios. ¿De qué os servirá haber tenido la fé sin las obras? ¿La fé sola podrá salvaros? Asi es, que la fé sin la obra es fé muerta... Nuestro Padre Abraham ¿no se justificó por las obras cuando ofreció á su hijo Isaác? Ya veis, pues, que por las obras se justifica el hombre y no solamente por la fé.» (II, 14 y siguientes.)

Cuando se emprendió la pretendida Reforma, un pintor tuvo la ocurrencia de pintar un cuadro del Santísimo Sacramento. En el medio estaba Nuestro Señor Jesucristo,

dando la Comunion á los Apóstoles y pronunciando las sagradas palabras: «Este ES mi cuerpo.» Un poco mas abajo, estaba á un lado Lutero, dando la cena á los suyos y diciendo: «Este CONTIENE mi cuerpo;» y Calvino al otro lado hacia lo mismo, diciendo: «Esta ES LA FIGURA *de mi cuerpo.*» En el fondo escribió el artista: *¿A cuál de los tres debemos creér?* Este cuadro era mas elocuente que los largos discursos.

Los mismos protestantes dicen: «El Salvador no ha querido dar su carne á comer; ese es un error forjado por la Iglesia Romana.»

Nuestro Señor Jesucristo dice por San Juan, cap. VI, vers. 48 y siguiente: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo... El que coma de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré *es mi carne*, para la vida del mundo.» Los judios disputaban entre sí, diciendo: ¿Cómo nos dará este su carne á comer? Y Jesus les dijo: «En verdad en verdad os di-

go: Si no comeis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros, porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida.»

Los ministros protestantes dicen: «Solo Dios perdona los pecados. El no ha comunicado á los hombres el poder de perdonarlos.»

Y Jesucristo dice á sus enviados: «Recibid el Espíritu Santo: á quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y á quienes los retuviéreis, les serán retenidos.» (San Juan, XX, 22.) «Todo lo que desatareis sobre la tierra será desatado en el cielo.»

Fácil seria proseguir en esta confrontacion, que hace evidente la oposicion que reina sobre una multitud de puntos, entre la enseñanza de los pastores protestantes y la palabra de Dios, á la cual dicen ellos

altamente que veneran, protestando que la aceptan en su totalidad. En vista de esta demostracion ¿á qué queda reducida la famosa tema de los protestantes: «La Biblia y toda la Biblia?»

De ahí es que muchos protestantes, viendo esas inconsecuencias, se avanzan hasta desechar enteramente la Biblia, sobre la cual no pueden apoyar sus doctrinas. Una turba de pastores protestantes, la considera como un libro puramente humano. El Magistrado de Berlin decia al rey de Prusia, en una alocucion que le dirigió á nombre del protestantismo berlines: «Para la mayoria de los protestantes, la Escritura y los libros simbólicos, son testimonios sobre el trabajo de formacion del Cristianismo, *son obras puramente humanas*; mas no está ahí la verdad absoluta.» (1)

Para dar el último toque á este cuadro, el profesor Schoerer, de Ginebra, adversario declarado de la inspiracion de la Biblia,

(1) Memoria sobre la instruccion pública en Alemania, por E. Rendu.

llama á las santas escrituras: ,,*Una ventrilocua cabalística* (1).

¡¡Hé aquí lo que el protestantismo ha hecho por la Biblia!!

XVII.

LOS SACERDOTES CATÓLICOS Y LOS MINISTROS PROTESTANTES.

Se forma frecuentemente, á lo menos en Francia, una idea muy errada de los ministros protestantes; considerándolos como una especie de sacerdotes revestidos de un carácter sagrado y especial, que distinguiéndolos de los demás sectarios, les dá sobre estos autoridad en materia de religion. Gracias á esta equivocacion, que dichos ministros conocen y esplotan, se suele poner en paralelo al protestantismo y sus ministros, con la Iglesia y sus sacerdotes. Pero la base de esa idea es radicalmente falsa y es bueno aclarar estas cosas.

(1) La crítica y la fé, pág 20, 22.

¿Qué es un sacerdote?

Un sacerdote es un hombre consagrado á Dios esclusivamente, por medio del sacramento del órden que ha recibido; y este sacramento le imprime, en nombre de Jesucristo, un carácter inviolable y santo; le dá la potestad, al mismo tiempo que le impone el deber, de enseñar á los hombres, de celebrar el sacrificio de la misa, de perdonar los pecados y de santificar al pueblo fiel. Por este sacramento, el sacerdote participa de la autoridad de Jesucristo sobre las almas. Por ese mismo sacramento se hace sacerdote para siempre, tanto que siempre es y será sacerdote, aun cuando no quisiera serlo; de manera que el poder y la santidad de su ministerio, son absolutamente independientes de sus cualidades personales.

Veamos ahora lo que es un ministro protestante. Es difícil definirle, porque el ministro protestante, lo mismo que el protestantismo, es un Proteo, que siempre se desliza entre las manos, cuando se cree tenerle aprehendido. Lo que respecto de él es verdad en Paris, no lo es en Lóndres; y si se

llega á dar de él una buena definicion en la capital de Inglaterra, esa definicion resultará defectuosa en la capital de Prusia, y así sucesivamente.

Sin embargo, en medio de esa variedad *de especies*, queda el *género*; y este, visto en conjunto, ha sido definido por el conde de Maistre, en los siguientes términos: «Un pastor protestante es un señor vestido de negro, que los domingos díce en el púlpito ocurrencias decentes.»

Yo, con mayor severidad, diria que el ministro herético es un hombre, que se toma la culpable mision de atacar, en nombre del Evangelio, á la Iglesia de Jesucristo; y de propagar, ó de conservar, el error entre los hombres.

Digo que él se toma esta mision, porque Dios no se la dá. Dios ha enviado á los hombres los Apóstoles y los sucesores de los Apóstoles, que son los pastores de la Iglesia católica, con la cual está de contínuo el mismo Dios. Hé aquí la mision divina, la única mision pastoral y evangélica. La imposicion de manos, los nombramientos de los

consistorios protestantes y los sueldos pagados por el gobierno, no pueden conferir un carácter religioso, ni pueden dar una mision divina. Nada reemplaza al Espíritu Santo, ni suple al sacramento del órden.

Digo además que el ministro protestante es culpable y muy culpable, porque él ataca la obra de Jesucristo, combate á la verdadera fé é incurre en el anatema de San Pablo, lanzado contra todo hombre que predica una doctrina opuesta á la de la Iglesia. Quiéralo ó no, esté ó no esté en la buena fé, el ministro herético hace la obra del demonio, arrebatando á los cristianos la fé, que es el fundamento de la salvacion.

Las buenas cualidades que puedan tener los ministros protestantes, en nada cambian la cuestion; porque su oficio es el perverso, no su persona. Si tienen regularidad de conducta y talento, apreciemos su persona; mas no por eso su obra anticatólica, es menos detestable, ni menos digna de que toda alma cristiana la abomine. Los hombres superficiales confunden ordinariamente dos cosas: olvidan el fondo por la forma, el hom-

bre les hace olvidar al herege.

¿Sabeis en qué consiste realmente la fuerza, si alguna tienen, de los pastores protestantes? No está esa fuerza ni en sus palabras, ni en sus doctrinas, ni en sus virtudes; sino que por un instinto católico, en si verdadero, pero ilógico en ellos, han conservado los protestantes á su pesar una autoridad visible, viva y elocuente en materia de religion. En esto se vé, como en todo, que en el protestantismo no hay nada vivo, sino lo que usurpa al catolicismo. Pero es cosa deplorable ver algunas pobres almas, á veces buenas y honradas, entregadas á la direccion de hombres sin créencias fijas, que cambian á cada viento de doctrina, y que frecuentemente no créen en Nuestro Señor Jesucristo.

Se injuria al sacerdocio católico, comparándole con los ministros de las sectas protestantes. Así como el protestantismo no es una religion, dígase lo que se quiera; tampoco sus ministros tienen la autoridad de *Sacerdotes*, por mas que ellos hagan para darse aires de tales.

Me parece inútil hacer aquí un paralelo, entre los misioneros católicos y esos que se llaman misioneros protestantes. Todo el mundo conoce la nulidad religiosa de esas pretendidas misiones, que mas se ocupan del comercio inglés del algodon y del ópio, que de la gloria de Dios. Su principal resultado, bajo el punto de vista de la fé, es contrariar el celo de nuestros Apóstoles mártires.

XVIII.

EN QUE SENTIDO EL SACERDOTE CATÓLICO ES MEDIADOR ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES.

Sucede con frecuencia que los ministros protestantes, imitando á Rousseau y Voltaire, echan en cara á los sacerdotes católicos, que se ponen entre Dios y el hombre, interceptando las comunicaciones del Criador con la criatura. Fundado seria este reproche, si los sacerdotes católicos se colocasen en esa posicion sin órden del cielo, como efectivamente lo hacen los pastores protestantes. Pero los sacerdotes ca-

tólicos no cometen en esto una usurpacion, pues no hacen mas que obedecer á Aquel que los ha enviado para predicar la religion verdadera, para combatir los errores, para santificar y salvar las almas, para absolver los pecados, y para dispensar á los fieles los divinos misterios.

Asi como la santa y admirable humanidad del Salvador, mientras El vivia en carne mortal, no interceptaba la comunicacion de la Divinidad con el mundo; tampoco la intervencion de los sacerdotes, despues de la Ascencion de Nuestro Señor Jesucristo al cielo, intercepta sus comunicaciones con las almas. Al contrario, el Dios hecho hombre enseñaba y bendecia á los hombres; siendo su santa y adorable humanidad el medio instituido divinamente, para establecer la religion, es decir, el vínculo para unir al hombre con Dios. Como el misterio de la Iglesia subsistente sobre la tierra, es la continuacion del misterio de la Encarnacion; nada tiene de estraño que Nuestro Señor Jesucristo, vuelto á su Eterno Padre que le habia enviado, envie á

otros, para que continúen su mision. Esta es la mision del sacerdocio católico. Dios se sirve de hombres para cumplir su obra entre los hombres.

Nuestro Señor Jesucristo ejerce su autoridad, por medio de sus legítimos sacerdotes; y estos no tienen nada, sino lo que Aquel les ha dado. Por medio de su Vicario el Papa, gobierna y enseña Jesucristo infaliblemente a su Iglesia; por medio de los Obispos y sacerdotes subordinados al Papa, Jesucristo apacienta á las almas; de modo, que cuando los protestantes acusan á la Iglesia de usurpar los derechos de Dios, estos pobres estraviados, dan prueba de que no entienden el misterio de la humana redencion y salud.

XIX.

DE LA CIENCIA Y DE LAS CONTROVERSIAS DE LOS MINISTROS PROTESTANTES.

A primera vista los ministros protestantes, parecen muy instruidos, en materia de

religion; pero haciendo con ellos una prueba algo minuciosa, se descubren la poca solidez de su saber, el cual es casi siempre un saber protestante, es decir, negativo. Ellos tienen una erudicion belicosa, puramente belicosa, que no está animada del santificante amor á la verdad; sino del odio, muy poco santificante, de todo lo que es católico.

En las disputas y controversias, se les vé llegar con un lujo increible de libros, de citas, de testos, de hechos y fechas; con lo cual la mayor parte de los oyentes, deslumbrados por aquel artificio, están tentados á tomar por verdaderos sábios á aquellos señores.

Pero no es nada. Algunos de ellos, bien lo sé, forman una escepcion, porque realmente estudian y se distinguen. Tales son particularmente algunos alemanes, y muchos individuos de la que en Inglaterra se llama *alta Iglesia Anglicana*; los cuales, por sus muchos estudios, se acercan cada dia mas á la fé católica (1). Pero ba-

(1) De entre esos ministros protestantes, distin-

ciendo este homenage á los hombres doctos y amigos de la verdad que haya entre los ministros protestantes, es necesario reconocer que su número es corto, especialmente entre los de Francia. La erudicion de estos últimos se compone en general de un cierto número de pasages de los Santos Padres, alterados, ó torcidamente interpretados: de algunos hechos mas ó menos auténticos, que á primera vista parecen contradecir algunos dogmas ó algunas prácticas de la Iglesia; y en fin de una lluvia de testos de la Biblia, que ellos no comprenden. Es inútil decir que esas armas se les han roto y pulverizado veinte veces,

guidos por su saber, han salido la mayor parte de los convertidos al catolicismo, cuyo número es muy crecido. El Padre Ventura le calculaba *en dos mil.* Además de eso, los que aun no han abjurado la heregía para entrar en la comunion católica, ván abandonando paulatinamente sus errores; pues públicamente, como puede verse en su órgano, el semanario *The Union*, predican la presencia real, la confesion auricular, el celibato eclesiástico etc. (Traductor.)

por los grandes controversistas católicos como Belarmino, el docto Suarez, San Francisco de Sales, Fenelon, Bossuet, etc. Las armas son las mismas desde el tiempo de Lutero. A falta de otras, los sectarios las usan siempre con un nuevo gusto.

Concíbese que cuando no se ha estudiado esta materia en particular, un católico y aun algun eclesiástico, de pronto se halle embarazado con las objeciones de los hereges; pero el mas ligero exámen, la mas mediana investigacion, basta para resolver todas sus dificultades. Sin embargo, ellos son astutos; y cuando sorprenden á alguien desprevenido, no dejándole tiempo para ocurrir á las fuentes, atribuyen á derrota su momentáneo embarazo.

Estas observaciones hacen comprender porque la Iglesia, aunque está tan segura de la verdad de su doctrina y de la futilidad de las aserciones de los hereges, ordena á los fieles anden con reserva, en cuanto á entrar en debates con los ministros protestantes; y prohibe asistir á sus prédicas, como tambien léer sin licencia compe-

tente los libros heréticos. No es esto por miedo, sino por prudencia. La prudencia es madre segura.

XX.

PORQUE NO SE CASAN LOS SACERDOTES CATÓLICOS COMO LOS MINISTROS PROTESTANTES.

Un dia echaba en cara cierto ministro protestante, á un estudiante jóven, su mala conducta; y este le contestó: «Hablar cuesta poco, señor ministro, pero recuerde V. que Lutero dijo: que era tan imposible dejar de casarse como dejar de comer, por lo cual V. mismo está casado. Yo tambien me casaria, si tuviera con que soportar las cargas del matrimonio; pero es el caso que no tengo sino veinte años de edad, y que ni el Gobierno ni las *sociedades Evangélicas* me dan, como le dan á V., con que mantener á su familia. Pues mientras que mejoro de fortuna, me arreglo como puedo.»

Curioso seria saber que contestó á este argumento el ministro protestante, casado en virtud del falso y herético principio, de que el celibato es contra la naturaleza.

Si á un sacerdote católico se le hubiera hecho semejante argumento, él habria contestado con las palabras de San Pablo: «*Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.*» «Imitadme como yo imito á Cristo.» Sed castos como yo lo soy, con la gracia de Dios; y no digais que eso es imposible, porque lo que yo puedo hacer, lo podeis hacer vosotros, mediante esa gracia, que el Señor no niega á quien la necesita y se la pide.

Por lo demás, el celibato es quien permite á los sacerdotes entregarse enteramente al ejercicio del Sagrado Ministerio. Abrazando el estado eclesiástico, ellos se obligan, por su entera libertad y despues de una larga prueba, á guardar continencia perfecta; y aunque esta obligacion no sea de institucion divina, ella entraña una admirable sabiduria. La Iglesia ha sabido bien lo que hacia, estableciendo como pre-

cepto para los eclesiásticos de órden sacro, lo que era de consejo Evangélico y Apostólico, (1) el celibato; asi como el demonio sabe bien lo que hace, cuando trabaja y hace declamar contra esta saludable institucion.

Si los sacerdotes católicos, fueran casados, ¿créeis que se sacrificarian como muchos de ellos lo hacen todos los dias? ¿Créeis que no lo pensarian mucho, antes de ir á ponerse al lado de un enfermo atacado de un mal contagioso, antes de dar en limosnas al prójimo las últimas economías de su escasa renta? El primer prójimo del hombre casado, son su muger y su hijo.

Por otra parte, jamás se admitirá en paises católicos por el pueblo, la idea de un sacerdote casado. El sacerdocio y el matrimonio no van á la par. Aun los pastores protestantes, á pesar de saberse que su ofi-

(1) Es bueno hacer observar, que si en los primeros siglos la Iglesia permitió algunas veces ordenar á hombres ya casados, nunca permitió que el ya ordenado se casase.

cio es una caricatura del verdadero sacerdocio, se hacen ridículos por el tren que van arrastrando. Nada mas grotesco que lo que de sí mismo refiere un ministro protestante, M. Bost. La relacion de sus correrias *apostólicas*, de sus predicaciones, de sus *vocaciones* diversas y de sus cambios de *convicciones*; va entreverada con nécias historias de sus cuidados matrimoniales, de sus calderos y de su bateria de cocina. Con su muger, once hijos, dos criados, un piano, y unos canarios, el malhadado Apóstol, se pasea llevando en todo *trece mil libras*, (espresion testual) de bagages evangélicos.

¡Cómo recuerda esto al Cristianismo primitivo de San Pablo y su bordon!

XXI.

DE COMO NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y SUS APÓSTOLES, NO SON DEL MISMO MODO DE PENSAR QUE LOS MINISTROS PROTESTANTES, SOBRE EL CELIBATO RELIGIOSO.

Pocas cuestiones hay tan claramente resueltas en la *Biblia* como la cuestion del celibato religioso. La Iglesia no hace mas que repetir al pie de la letra, sobre este punto delicado, lo que enseñan el Divino Salvador y el grande Apóstol San Pablo.

Los fariseos habian ido á preguntar á Nuestro Señor Jesucristo, sobre el matrimonio; y el Divino Maestro declaró solemnemente, que es indisoluble. Los Apóstoles espantados de la dura condicion de las personas casadas, le hablan á su vez. Si es tal, le dicen, la condicion del hombre con su esposa, es mejor no casarse: «*Non expedit nubere.*» Jesus les responde: «No todos comprenden esta palabra sino solamente

aquellos á quienes ha sido dado comprenderla.» «*Non omnes capiunt verbum istud sed quibus datum est.*» Y añade: «Hay quienes se abstienen del matrimonio para ganar el reino de los cielos: que lo entienda el que pueda entenderlo: «*Sunt qui eunuchi facti sunt propter regnum coelorum; qui potest capere capiat.*» (San Mateo, cap. XIV, ver. 10 y sig.)

Parece que los ministros protestantes, aunque se den el título de Evangélicos, no son del número de los que lo entienden: *quibus datum est*; y que nuestros sacerdotes, aunque Papistas é ignorantes de la pura palabra de Dios, como suelen llamarlos los hereges, si comprenden el consejo del Divino Maestro y tienen corazon para practicarle.

San Pablo expone con igual exactitud la doctrina de la virginidad y del celibato, en su primera Espístola á los Corintios. (Cap. VII.) Está ahí tan bien formulada esa doctrina, que la protestante señora de Gasparin, animada de su celo anti-católico, declara con una ingenuidad risible: «que es

evidente que los pasages de esa Epístola, relativos al celibato, no le fueran inspirados por Dios al Apóstol.» La inspiracion le volvió á San Pablo, segun aquella original Señora, cuando pasó á tratar de otras cosas en su Epístola.

El Apóstol dice lo siguiente, con todas sus letras: «En cuanto á las Vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; pero doile como un consejo, pues yo mismo he obtenido esta misericordia á fin de ser fiiel.» Esto mismo es lo que enseña la Iglesia católica. Ella no impone á ningun hombre ó muger, ningun oficio ó profesion que tenga aneja la carga del celibato. Le aconseja á todos, como estado mas perfecto; y si le impone como ley á los eclesiásticos, nótese que ella no obliga á nadie á recibir los sagrados órdenes. Cuando un cristiano tiene la intencion de abrazar esta carrera, lo hace con entera libertad; aceptando, con espontaneidad completa, la condicion de guardar castidad perfecta.

La razon de la Iglesia para conducirse así, la dá tambien San Pablo. Despues de

haber dicho que el matrimonio es bueno y honroso, añade el Apóstol: «Deseo que esteis libres de cuidados: el que no tiene muger, se ocupa de lo que mira al Señor, de ver como le agrada. El que tiene muger, tiene que cuidar de lo que pertenece al mundo, de ver como agradará á su muger, y asi es que está dividido. Y la muger no casada, tal como la vírgen, piensa en lo que es del Señor, para ser santa de cuerpo y alma; mas la que está casada, piensa en lo que es del mundo, en ver como agrada á su marido.» El Apóstol concluye: «De consiguiente, el que casa á su hija hace bien: el que no la casa, *hace mejor.*» *Bene facit; melius facit.*

Hé aquí un admirable resúmen de la cuestion. El matrimonio es bueno, pero el celibato es mejor. ¿Qué responden á esto los ministros? No soy yo quien habla, es la Biblia. En realidad, digámoslo, ellos se curan poco de la Biblia; mas si detestan de corazon á los sacerdotes católicos, verdaderos ministros del Evangelio. Quisieran casarlos para humanizarlos, para *desacer-*

dotetizarlos; pues se llenan de pena por no poder arrebatarles esa corona santa del celibato, que con tan justo título les atrae la confianza y la veneracion de los pueblos. A imitacion de los filisteos, que por medio de Dálila, arrebataron á Sanson su fuerza, cortándole los cabellos; los protestantes y los incrédulos, querrian quitar al sacerdocio católico el poder inmenso que le dá el celibato, angelicamente guardado. Pero el nuevo Sanson no cae en el lazo que el antiguo, pues aunque algunos malos sacerdotes, ó falten á sus deberes en esta parte sin pudor, ó se degraden aspirando al matrimonio; el sacerdocio, como cuerpo, se mantendrá fiel á aquella santa disciplina. El rechaza á Dálila y libra á los enemigos del pueblo de Dios, los combates indomables de la fé. (1)

(1) A los que sobre este punto arguyan con los escándalos de algunos sacerdotes católicos, bastará hacerles observar: 1.° Que ordinariamente los que censuran y divulgan esos escándalos, viven mas escandalosamente; y así al pedir el matrimonio de los eclesiasticos, debe créerse que no lo hacen por

XXII.

LOS JESUITAS.

Calvino veia á los Padres de la Compañia de Jesus como á sus mas temibles adversarios, por lo cual decia que era necesario deshacerse de ellos. «Es necesario ma-

amor á la moral, sino con el fin dañado de perjudicar á la Iglesia: 2.° Que los multiplicados casos en que los casados faltan á sus deberes, prueba que el matrimonio, por si solo, no es remedio para este mal, si no se procura el auxilio de la gracia de Dios; y que con esta gracia, tan posible es guardar el celibato perfecto, como la continencia conyugal; y 3.° Que entre los protestantes, no por ser casados los ministros, deja de haber escándalos; y aun los habria mayores, si ellos no hubiesen abolido el sacramento de la penitencia. A este propósito consignaré aqui lo que refiere una carta de Nueva-York, inserta en el *Standard* de Lóndres, de 11 de Octubre de 1862: «El reverendo Jaime H. Cook, clérigo de color, de esta ciudad, cayó muerto ayer de un tiro que le disparó una señorita, miembro de su Iglesia. El la habia seducido y luego rehusó

tarlos, escribia el heresiarca desvergonzadamente; y si esto no se puede hacer cómodamente, entonces es preciso lanzarlos, ó por lo menos oprimirlos bajo el peso de nuestras mentiras y calumnias.» *Jesuitae vero qui se maxime nobis opponunt, aut necandi, aut si hoc commode fieri non potest, ejiciendi, aut certe mendaciis et calumniis opprimendi sunt.*

Los hijos de Calvino y mas tarde los do Voltaire, han recogido con *edificante* fide-

casarse con ella. Previnole ella el resultado probable de sus relaciones, pero él la contestó: que podia ser provechoso á su alma, un poco de desengaño; y que si ponia su confianza en la providencia, Dios la libraria de todos sus disgustos. No lo vió asi la interesada; y antes bien, rabiosa por la hipocresia de su reverendo ofensor, le disparó un balazo.» Al lado de esta lamentable tragedia citarémos la comedia de los ministros protestantes, que huyendo del racionalismo y convencidos de la divinidad de la confesion, quieren restablecer esta práctica entre los sectarios. Decíame un caballero en Lóndres, que visitando él á uno de esos ministros, este oia de penitencia á una señora; pero que su propia muger estaba presente, temiendo sin duda que pasasen á mayores. (Traductor.)

lidad, esa *piadosa* doctrina y la han puesto tan bien en práctica, han mentido tanto y han calumniado tan impudentemente á los Jesuitas, que han llegado á hacer créer á muchas gentes, que estos santos sacerdotes, no son mas que impostores, hipócritas, pícaros, conspiradores, traidores, oscurantistas, asesinos y hombres perversos y peligrosos.

¿Hay necesidad de decir que los Jesuitas no son nada de eso? Ellos son unos religiosos graves y admirables, que arden en celo por la gloria de Dios y el bien de las almas, infatigables en el servicio de la Iglesia, siempre prontos para ocuparse en todas las buenas obras. Los Jesuitas son en la Iglesia, lo que en un ejército son las tropas selectas. Bien lo saben los protestantes y los impios, pues por eso cabalmente los detestan con todo su corazon y con toda su alma, calumniándolos con todas sus fuerzas, desde hace tres siglos á esta parte. Yo pudiera citar en favor de la Compañia de Jesus una multitud de testimonios, dados por protestantes no sospechosos; pero me

contentaré con uno solo, por ser tan gracioso como concluyente. Es la respuesta que Enrique IV, Rey de Francia, dió al Parlamento y à la Universidad de Paris, que en Noviembre de 1603, habia acusado ante S. M. á los padres Jesuitas, de todos los crímenes que siempre les han atribuido imperturbablemente sus enemigos.

«Os agradezco, dijo el Rey, con su buen sentido y satírico talento, os agradezco el cuidado que teneis por nuestra persona y Estado. Decís que la Sorbona ha condenado á los Jesuitas, pero eso fué antes de conocerlos; y si la antigua Sorbona no los queria por envidia, la nueva estudia con ellos y se felicita por ello.

«Decís que en vuestro Parlamento los mas doctos no han aprendido con estos Padres. Si los mas doctos son los mas viejos, el hecho es cierto, porque hicieron sus estudios antes que los Jesuitas fuesen conocidos en Francia. Pero si entre vosotros se aprende mejor que en otra parte ¿por qué sucede que por la ausencia de los Jesuitas, vuestra Universidad ha quedado desierta; y que

á esos padres se les vá á buscar, no obstante todos vuestros decretos, ya en Douai, ya en Port-a-Mouson, ya fuera del Reino?

«Añadís que los Jesuitas se atraen á los niños de talento, escogiendo para su Compañia los mejores; pero eso es cabalmente lo que me hace estimarlos. Pues que ¿no se escojen los mejores soldados para la guerra?

«Decís que ellos se introducen como pueden. Tambien otros lo hacen, y yo mismo he entrado como he podido en mi reino; pero es necesario confesar que su paciencia es grande y yo la admiro, porque con paciencia y buena vida ellos llevan al cabo todas las cosas.

«Decís que son muy observantes de su instituto; pues eso los mantendrá. Por eso no he querido yo cambiar ninguna de sus reglas, sino mas bien conservarlas.

«En cuanto á los eclesiásticos que no los quieren, siempre ha sucedido que la ignorancia vé de reojo á la ciencia; y yo he conocido, cuando se ha tratado de restablecer á los Jesuitas, que dos clases de personas se oponian á ello particularmente: los

de la pretendida religion reformada (protestantes), y los eclesiásticos de mala vida. Y eso hace que yo estime mas á los Jesuitas.» Hasta aquí Enrique IV.

Los Jesuitas han sido calumniados y perseguidos y lo serán hasta el fin, porque su santo fundador ha pedido para ellos al morir, aquella corona que el Señor prometió como la octava Bienaventuranza, en el sermon del monte: «Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sereis cuando los hombres os odien y persigan, diciendo con mentira toda clase de mal contra vosotros y rechazando vuestro nombre como malo, por mi causa y la del Evangelio. Alegraos y glorificaos en ese dia, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.»

Hé aquí la historia de los Jesuitas, escrita anticipadamente. El odio especial que les tienen los impios y los hereges, es su mas magnífico elogio.

XXIII.

LOS MATRIMONIOS MISTOS.

Llámase matrimonio misto, el que se celebra entre un católico y una protestante, ó entre un protestante y una católica.

La Iglesia vé con dolor esta clase de matrimonios, los cuales ordinariamente demuestran una grande indiferencia en materia de religion; y tienen frecuentemente por consecuencia ,la educacion herética de los hijos que nazcan. Por mi parte confieso que no comprendo á un cristiano, á un católico, tan poco delicado en cuanto á las cosas divinas, como lo prueba el hecho de escojer á una herege por compañera de toda su vida, por madre de su familia, por directora de su hogar.

La Iglesia hace ver por todos los medios posibles, cuanto la repugnan semejantes enlaces. No solamente los priva de la acostumbrada magestad de las pompas nupciaes, sino que prohibe espresamente á los

sacerdotes, tomar en estos casos otra parte que la de un *simple testigo*; y es por eso que estos matrimonios mistos se celebran fuera de la Iglesia, en la sacristía, sin ninguna bendicion, ni preces, delante del sacerdote, revestido solamente de su sotana, sin sobrepelliz ni estola. Y aun así es necesario que los dos futuros consortes, tanto el contrayente herege como el católico, préviamente se obliguen, bajo el sello del mas solemne juramento, á educar en la religion católica *todos* los hijos é hijas que puedan nacer de este matrimonio. Sin que preceda este juramento, la Iglesia se niega del todo á los matrimonios mistos.

Asi es que cuantas veces veais á los hijos de un matrimonio misto, educándose en el protestantismo, podeis tener por seguro que ese es el fruto de un perjurío.

Cuando se han llenado todas las condiciones exigidas para estas uniones lastimosas, una vez celebrado el matrimonio en presencia del sacerdote católico; bueno es que se sepa estar prohibido á la parte católica ir á presentarse, como se hace algu-

nas veces, al pastor protestante. Esto seria comunicar con los hereges *in sacris*, es decir, en las cosas santas, y hacer una culpable concesion á la heregía. Una vez casado en la Iglesia católica, ¿qué vá el católico á buscar en el templo protestante? No el vínculo conyugal, porque el matrimonio ya está hecho; y si se vá al templo protestante para oir léer algunos pasages de la Biblia, relativos á los deberes de los casados, eso no merece la pena de cometer un pecado de escándalo. Si se quiere léer, léase en casa.

Es sabido que los protestantes no consideran el matrimonio como sacramento; de modo que si los ministros de esa secta hacen venir á los esposos al templo, es porque esta ceremonia, inútil por aquella razon, les produce sendas pesetas.

El debilitamiento de la fé es lo que produce los matrimonios mistos. Para que un cristiano descienda á formar alianza tan desigual, es necesario que haya perdido el sentimiento de la dignidad católica.

El matrimonio es un gran sacramento,

del cual dependen la felicidad y la salvacion del esposo y de la esposa. ¡Ay de aquellos que no lo contraen segun Dios; y que prefieren á su fé, los arreglos de familia y de fortuna, ó el *capricho del sentimentalismo*!

TERCERA PARTE.

I.

QUE ES LO QUE IMPIDE Á LOS PROTESTANTES HONRADOS HACERSE CATÓLICOS.

La ignorancia de la doctrina católica. Hé aquí lo que impide la conversion de la mayor parte de los protestantes de buena fé.

Sus preocupaciones anti-católicas son casi invencibles. Esas preocupaciones son tanta mas fuertes, cuanto que ellos las han mamado con la leche. Su educacion toda la ha desarrollado, y nunca han raciocinado acerca de ellas. Con la mayor buena fé del mundo, esa clase de protestantes, miran á la religion católica como una escuela de supersticion; su santa autoridad, co-

mo una tiranía y una usurpacion puramente humana; á los sacerdotes, como impostores que engañan al pueblo; y al pueblo como imbécil, que crée ciegamente todo lo que se le dice.

Bossuet, despues de sus controversias con los mas célebres ministros protestantes de su tiempo, se habia convencido de que el mas formal, por no decir el único obstáculo para la conversion de los sectarios honrados, era su ignorancia. Por eso compuso su famosa *Exposicion de la Doctrina católica*, que confundió á todos los ministros y predicantes. Quedáronse estos estupefactos, al ver cuán sencillos, luminosos y grandes son los dogmas que ellos atacaban como ridículos y supersticiosos; y no pudiendo de otra manera salir del paso, acusaron á Bossuet de haber disfrazado la doctrina de la Iglesia católica, para triunfar del protestantismo. Bossuet sometió inmediatamente su exposicion al exámen de la Santa Sede y de casi todos los Obispos de Francia; y la segunda edicion de su obra, apareció revestida de la aprobacion del Sumo Pon-

tífice, á la cual se agregaba la de cuarenta ó cincuenta Obispos. No fué necesario mas para que entrasen en la comunion católica el famoso Turena, hasta entonces protestante; y el marqués de Dangeau, nieto de aquel Duplessis Mornay, que por sobrenombre habia sido llamado «El Papa de los hugonotes.» Con estos se convirtieron otros muchos personages distinguidos.

Pasa de todos los límites la ignorancia de los protestantes respecto á la enseñanza católica. Casi todos ellos afirman que nosotros adoramos á la Virgen, que la vemos como una Diosa, y que le atribuimos la omnipotencia divina. Muchos de ellos nos acusan de *adorar* al Papa, de vender el cuerpo y sangre de Cristo, de tener una tarifa para la absolucion de los pecados y de admitir otros absurdos, que les deberia á ellos dar vergüenza de imputar á hombres razonables é instruidos.

El mejor libro que se puede poner en manos de un protestante, es el que se pone en las de los niños: el *Catecismo católico.*

II.

DE LAS ADORACIONES IDOLÁTRICAS QUE LOS PROTESTANTES ATRIBUYEN Á LOS CATÓLICOS.

«Los católicos adoran á la criatura en lugar del Criador.» Esta es una acusacion familiar, que sin cesar se repite en los púlpitos, en los folletos y en los periódicos protestantes. Bien puede decírseles una y cien veces, que los católicos no adoran como Dios, mas que á Dios. De nada sirve eso, nada les convence; y nosotros somos á los ojos de esos señores unos idólatras, ni mas ni menos que los Hotentotes y los Cochinchinos, segun el fallo que pronuncian y ejecutorian por sí y ante si los protestantes.

Sin embargo volvamos á decirlo. Nosotros adoramos como Dios, solo á Dios. Adoramos á Nuestro Señor Jesucristo, porque es Dios. A la Santísima Vírgen y á los Santos, los honramos, los veneramos y hacemos lo que es debido á la Madre y á los

amigos de Dios. Les pedimos que pidan por nosotros, en razon de que sus oraciones son mas puras y mas agradables á Dios que las nuestras. ¿Qué cosa mas sencilla? Verdaderamente se necesita tener un talento contra hecho, para encontrar en eso un motivo de condenar á la Iglesia.

Respecto á la acusacion que nos hacen algunos sectarios, mas ignorantes que malévolos, de *adorar* al Papa; ella es tan estravagante, que no merece respuesta.

Ellos se esfuerzan por interpretar como una adoracion todas nuestres genuflexiones. En esto no hay buen sentido. Nosotros nos ponemos de rodillas, para que la humilde postura de nuestro cuerpo, influyendo sobre el alma, la disponga á orar con mayor recogimiento y con un respecto mas profundo. ¿Quién ignora lo que el cuerpo influye en el espíritu?

Además es natural que un corazon penetrado de respeto, de humildad y de penitencia incline al cuerpo; á humillarse y á participar, en su manera, del culto que rinde el espíritu.

Por eso es que nos arrodillamos con gusto, no solamente en la presencia del Señor, sino tambien delante de las imágenes de su Santísima Madre, venerando en ellas á su original; como tambien delante de la santa cruz, de las reliquias de los mártires y de las imágenes de todos los Santos, cuyo culto, no es tributado á la materia de que están hechas, sino que se refiere á sus originales. Dios no prohibe en su ley venerar las imágenes de los santos, con este culto subalterno y relativo, que se llama de dulia. Lo que prohibe es tributarlas el culto supremo de látria, que es la verdadera y soberana adoracion, propia esclusivamente de Dios (1). ¿Cuál es el católico que confunde

(1) Los protestantes tienen siempre en los lábios el testo de Moisés: *No harás imágenes de escultura*; pero es raro que no trunquen el texto, que se completa diciendo: *para adorarlas*. Nosotros no las adoramos, como los Israelitas no adoraban los dos querubines de oro macizo; que el mismo Moisés, por órden del mismo Dios, puso á los lados del arca de la alianza.

con Dios, á Maria ó á los Santos, y menos á sus imágenes y reliquias?

Arrodillémonos, pues, con un humilde amor delante de los venerandos objetos del culto verdadero del verdadero Dios; y tributemos este homenage de respeto tambien al Vicario de Jesucristo, á los Obispos y á los sacerdotes, para recibir mejor sus santas bendiciones; las cuales no son del hombre sino del mismo Jesucristo, que reside en su Vicario y en sus ministros, y que por medio de ellos bendice, ilustra y santifica al mundo.

III

UNA PALABRA SOBRE LOS FOLLETOS Y HOJAS SUELTAS DE LOS PROTESTANTES.

Los folletos con que las sociedades bíblicas inundan los paises católicos, son de dos clases. Los unos, cuyo número es el mayor, son historietas insignificantes, de una religiosidad insulsa y mal cocida; en las cuales se presentan siempre algunas gentes que

se convierten á la sola vista de la Biblia, buenas mugeres que mueren santamente sin sacramentos y sin sacerdote que las asista; ó algun pastor protestante virtuoso y tolerante, de lenguaje almivarado y bíblico; ó alguna piadosa dama, ardiendo en celo evangélico, que recorre las cabañas para consolar á los pobres con léerles la Biblia. En los opúsculos cuyo argumento es alguno de los citados, no seataca de frente á la Iglesia católica. El peligro de esta clase de folletos es todo negativo, pues consiste en falsificar las ideas de los lectores, representándoles como objeto de admiracion é imitacion, los ejemplos de una pretendida religion, opuesta al verdadero cristianismo. El silencio mismo que se guarda en esos opúsculos acerca de la Iglesia católica, es un ataque pérfido. Ese silencio calculado, que se quiere calificar de moderacion, es hostil y no pacífico. Con él se procura enseñar al pueblo á ver con indiferencia á la Iglesia, dejándola fuera de la vida comun. Felizmente esas historietas están tan mal escritas, que son mortalmente fastidiosas, de

lo cual es necesario dar gracias á Dios.

Los folletos de la segunda clase, cuya distribucion se hace con precauciones, atacan de frente á la Iglesia; y su contenido, la mayor parte de las veces, son diatribas violentas contra lo mas venerable y sagrado de la religion. Calumnias impudentes contra el clero católico, blasfemias contra la Santísima Madre de Dios y mentiras tan groseras y tan odiosas, que es imposible atribuirlas á sola la ignorancia; hé aquí el contenido de esta segunda clase de folletos protestantes, que algunas veces, para mejor engañar á los simples, llevan un título católico y aun tienen en la portada alguna imágen de la Bienaventurada Vírgen, como lo advertia en una pastoral reciente el señor Obispo de Strasburgo.

Tienen los protestantes por obra pia la distribucion de estos folletos; y las sectas, entre sí divididas, la hacen en comun. Cada año toma esta propaganda mayores incrementos. En 1856 una sociedad protestante llamada de los *Tratados religiosos* de Paris, hizo imprimir *un millon y veinte y ocho mil*

ejemplares de folletos; y en 1857 la misma sociedad aumentó el número de estos, dando á luz *un millon y quinientos mil* ejemplares. Otra sociedad establecida en Tolosa, se jactaba en 1856 de haber esparcido *veinte y dos millones* de libros de esta clase, desde su fundacion. Los propagandistas que antes iban á pasos lentos, ahora se dan priesa, multiplicándose y transformándose. El bello sexo protestante toma una parte cada dia mas activa en esta propaganda; y los wagones se llenan de esta especie de *Evangelistas* con miriñaques, que llevan las bolsas, los sacos de noche y hasta las cajas de sus sombreros llenos de esos folletos, compuestos por sus ministros respectivos. Esas damas parten para la Cruzada, resueltas á destruir el imperio de la supersticion; y para conseguir su objeto ofrecen sus papeluchos, los distribuyen, los lanzan, los imponen, los deponen, los meten entre las persianas, los deslizan por las rendijas de las puertas, los fijan con alfileres en las cercas de los caminos y en el tronco de los árboles.

Este género de Apostolado no es nuevo; Lutero no lo despreciaba. Su génio no menos astuto que brutal, fabricaba el libelo difamotorio, para el cual era maestro, añadiéndole la caricatura. Su querido discípulo, el *evangélico* Melancluton, le ayudaba en este trabajo vergonzoso, en el cual se ocupaban los dos con esmero. Aquellos libelos y aquellas caricaturas, *de tan santo orígen*, eran obscenos hasta causar nausea. En la actualidad se procura encubrir un poco en los folletos de los protestantes, ciertos objetos escabrosos en que se entretenia Lutero, porque hácia allá le arrastraba su natural; pero con todo, no son tan limpios que digamos los papeluchos que las *piadosas* viageras, agentes de las sectas, se encarnizan en distribuir. Créamos sin embargo, por caridad, que ellas no los léen todos.

A nosotros, los católicos, nos corresponde oponer á esa propaganda las buenas lecturas. ¡Quiéra el cielo que el ardor de los protestantes, reanimando nuestro celo por la difusion de los buenos libros católicos, ceda en mayor gloria de Dios!

IV.

DE COMO CIERTOS FOLLETISTAS PROTESTANTES, TENDRIAN GRAN NECESIDAD DE APRENDER EL ARTE DE VERIFICAR LAS FECHAS.

Entre los folletos protestantes que abiertamente atacan al Catolicismo, hay algunos cuyos autores pretenden confundir para siempre á la Iglesia católica, convenciéndola de innovacion; y para eso citan la *fecha precisa y absolutamente verídica*, en que fué *inventado* cada uno de los dogmas que ella enseña.

No seria tan torpe esta maniobra, si los *sábios* ministros protestantes, autores de tales papeluchos, se tomaran siquiera el trabajo de entenderse entre sí, antes de dirigirse al público. Por falta de esa precaucion ellos se exponen á contradecirse el uno al otro, lo cual es cosa de mal gusto y de peor efecto, para el objeto que se proponen. Como las fechas que indican son por una y otra parte tomadas al acaso, seria un

verdadero milagro que concordáran entre sí; á menos, como he dicho, de que préviamente convinieran los protestantes en elegir la una ó la otra. Tengo á la mano dos de esas cronologías. La una publicada en Inglaterra, tiene por título: «*Fechas de las adiciones de nuevas doctrinas por la Iglesia de Roma; Balington, Bulton, Horncastle;*» y la otra dada á luz en Angers, por el gracioso pastor protestante Puaux, se titula «*Fées de Bautismo.*» Pues bien, véase la perfecta concordancia de estos dos historiadores de *buena fé.*

Fechas fabricadas por el anónimo inglés.		*Fechas fabricadas por el pastor protestante francés.*	
Invocacion de los Santos, inventada en el año	700	Culto de los Santos, inventado en el año	375
Supremacia del Papa en	1215	Primado del Papa en	600
Libros apócrifos en	1547	Libros apócrifos en	1564
Los siete sacramentos en	1547	Los siete sacramentos en	1160

Asi es lo demás. *Mentita est iniquitas sibi*. La iniquidad se mintió á sí misma.

Aparte de la cronología de Puaux, hay ciertas fechas que los protestantes señalan, con bastante uniformidad, á la pretendida *invencion* de algunos de nuestros dogmas, ó de algunas de nuestras prácticas religiosas.

Por ejemplo para la confesion, que ha sido para ellos siempre un cáustico; fijan los protestantes, con tono de triunfo, el año dé 1215. Recientemente, para la Inmaculada Concepcion, señalan el año 1854. Estas fechas nos las presentan con aire de vencedores, gritándonos: «Así se hacen vuestros dogmas.» No hay cosa mas limitada y al mismo tiempo mas impertinente que la semiciencia. Los protestantes verdaderamente instruidos, se guardan bien de aventurar semejantes necedades, pues saben ellos tan bien como nosotros, que en 1215, el Papa Inocencio III no hizo otra cosa, en el Concilio de Letran, que reglamentar el uso anual del Sacramento de la Penitencia, instituido por Nuestro Señor Jesucristo y practicado

desde el origen de la Iglesia. Saben ellos igualmente, que el 8 de Diciembre de 1854, el Sumo Pontífice Pio IX no ha *inventado*, de ninguna manera, la doctrina de que la Madre de Dios fué exenta del pecado original; sino que simplemente ha proclamado y hecho obligatoria, como punto de fé, esta doctrina antigua y muy antigua en la Iglesia. Antes de la declaracion pontificia de 1854, la créencia en la Inmaculada Concepcion, existia como existe ahora, una vez que se celebraba la fiesta de este misterio en todo el orbe católico; solamente que no habia sido *definida oficialmente*, por lo que se podia uno engañar sobre este punto sin hacerse herege, como les ha sucedido á muchos hombres grandes por su talento y aun á algunos Santos, los cuales sin embargo profesaban á la Santísima Virgen Maria un amor profundo.

Decir que Pio IX ha inventado el dogma de la Inmaculada Concepcion é Inocencio III el de la confesion, seria como decir que el Concilio de Nicea inventó el dogma de la Santísima Trinidad y el de la Divinidad

del Verbo; cuando en el año 325 *definió* contra Arrio, estas dos grandes verdades. Antes del Concilio de Nicea la Iglesia creia en la Santísima Trinidad y en la Encarnacion del Hijo de Dios; asi como antes del Concilio de Letran, profesaba y practicaba el sacramento de la Penitencia; y asi como tambien, antes del 8 de Diciembre de 1854, creia y honraba la Inmaculada Concepcion de la augusta Madre de Dios.

Los dogmas católicos son la verdad religiosa. Ahora bien, la verdad no se fabrica; ella *existe*, es eterna é inmutable. La Iglesia es la depositaria de esta verdad; y ella, guiada por su Divina Cabeza, que es Nuestro Señor Jesucristo, proclama como puntos de fé las créencias, á medida que los novadores se atreven á negarlas, ó bien cuando lo crée útil para la santificacion de los fieles.

V.

LA TOLERANCIA DE LOS PROTESTANTES.

Entre las preocupaciones vulgarizadas en el mundo, hay una bastante comun, no solamente entre los protestantes, sino tambien entre algunos que son católicos á medias. «Si la reforma ha causado males, suelen decir algunos: si ella ha hecho correr mucha sangre, si ha desmoralizado paises enteros, á lo menos ella ha importado en el mundo un bien inapreciable, que es la *tolerancia religiosa.*»

Nada mas falso, nada menos fundado que esta preocupacion histórica. Donde quiera que domina el protestantismo, él es intolerante y perseguidor. Sin duda no lo es en todas partes en el mismo grado; pero ¿porqué es eso? Porque no en todas partes tiene el mismo poder. Por fortuna el protestantismo no puede siempre lo que quiere. Para perseguir no basta querer, es necesario poder; pero hágasele siempre está justicia

de decir, que en cuanto á intolerancia, él hace lo que puede.

Donde quiera que se ha introducido la llamada Reforma, lo ha hecho violentamente; y sus primeros frutos en Alemania, en Ginebra, en Inglaterra y en Suecia, han sido invariablemente la guerra civil, las proscripciones y las muertes. Eso se comprende, por ser cosa muy sencilla. El protestantismo es una revolucion; y toda revolucion es tiránica y revolucionaria por naturaleza.

Una vez establecido el protestantismo, él se ha conservado á merced de las mismas violencias. Todos saben lo que es el protestantismo inglés respecto á los católicos, las leyes sangrientas que contra estos dió y ejecutó, y el depotismo feroz con que aun oprime todavia á la fiel y desventurada Irlanda.

Un historiador inglés *protestante*, Guillermo Cobbet, se vió obligado por su conciencia, á dar contra la Iglesia herética nacional, este terrible testimonio: «Esa Iglesia, dice el historiador citado, la mas intolerante que ha existido, se dejó ver en el mundo arma-

da de cuchillos, hachas é instrumentos de suplicio. Sus primeros pasos quedaron marcados con la sangre de sus innumerables víctimas, mientras que sus brazos no podian ya con el peso de los bienes que habia arrebatado.» Este autor cita las actas oficiales del Parlamento, para comprobar que en consecuencia de las hogueras encendidas y de los cadalsos levantados contra los católicos, la poblacion de Inglaterra fué diezmada en menos de seis años. PENA DE MUERTE era pronunciada, y desapiadadamente ejecutada, contra todo sacerdote católico que entraba en el reino, ó á quien se convencia de haber celebrado misa. PENA DE MUERTE contra cualquiera que se atrevia á dar asilo á un sacerdote. PENA DE MUERTE contra cualquiera que rehusaba reconocer que la Reina Isabel era la Cabeza de la Iglesia de Jesucristo. Una fuerte multa estaba decretada contra todo ciudadano que no asistia á los oficios protestantes. «La lista de personas condenadas á muerte y ejecutadas por el único *crímen* de ser católicas, son palabras testuales del historiador protestante,

formaria una lista diez veces mas larga que la de nuestro ejército y la de nuestra marina reunidas. La Iglesia protestante de Inglaterra, llamada anglicana, no ha cambiado de carácter desde el dia de su establecimiento hasta nuestros dias. En Irlanda sus atrocidades han superado á las de Mahoma; y seria necesario escribir un tomo, para referir sus actos de intolerancia.» (1)

De la misma manera intentó el Calvinismo introducirse en Francia. Durante mas de un siglo la historia de aquella nacion no habla sino de rebeliones, sediciones y saqueos cometidos por los hugonotes, donde quiera que penetraba su doctrina. Todo aquel periodo no es mas que un tejido de desórdenes, perfidias y crueldades; pero no hay que estrañarlo una vez que Calvino predicaba en alta voz, que era preciso derribar á los reyes y á los príncipes que no que-

(1) Carta de Sir William Cobbet á Lord Tenderden, gefe de la justicia inglesa, que habia alabado la tolerancia del protestantismo inglés en pleno Parlamento.

rian abrazar el protestantismo, *escupiéndoles á la cara mas bien que obedecerlos.* Bajo las órdenes de Coligny, los calvinistas revolucionarios formaron el proyecto de arrebatar de su palacio al Rey de Francia, que á la sazon era un niño; mas como dieran el golpe en falso, se apoderaron de Orleans y devastaron las márgenes del Loira, la Normandia, la Isla de Francia y particularmente el Languedoc, donde cometieron las crueldades y profanaciones mas odiosas. En Montauban, en Castres, en Beziers, en Nimes y en Montpelier, esos grandes predicadores de la tolerancia y de la libertad de conciencia, probibieron bajo las penas mas rigurosas, todo ejercicio del culto católico. Todo el mundo conoce á aquel famoso baron des Adrets, gefe calvinista, que habiendo tomado á Montbrison, se dió á si mismo el inocente placer de hacer saltar desde lo alto de una torre, lo que quedaba de la guarnicion hecha prisionera. Pues, poco mas ó menos, tal fué el tratamiento que los protestantes hicieron sufrir á todas las ciudades que cayeron en su poder. Profa-

nacion de Iglesias, robo de vasos sagrados, muerte ó lanzamiento de sacerdotes y religiosos, atrocidades las mas bárbaras, unidas á los mas abominables sacrilegios, hé aquí la conducta de los *tolerantes* hereges. Estos son hechos históricos que nadie niega, ni aun los protestantes; los cuales sin embargo dejan escapar algunas veces espresiones imprudentes, manifestando deseo de que vuelvan aquellos tiempos *dichosos* del protestantismo francés.

No se podrian léer sin horror las atrocidades cometidas por los holandeses, para estender el protestantismo en los Paises Bajos; y particularmente los tormentos y suplicios á que recurrió el *celo religioso* de los enviados del príncipe de Orange, llamados Lamark y Sonoi. Este último era maestro consumado en el arte de atormentar los cuerpos, para perder las almas. Hé aquí la descripcion que nos ha dejado una pluma protestante y holandesa, de los medios empleados por aquel tigre, para martirizar á los católicos, fieles á su religion. «Los procedimientos ordinarios de la tor-

tura mas cruel, escribe Kerroux, no fueron sino los tormentos menores que se hicieron sufrir á aquellos inocentes. Sus miembros dislocados, sus cuerpos hechos pedazos á azotes, eran de seguida envueltos en sábanas empapadas en aguardiente, á las cuales, se daba fuego; y en ese estado se dejaban hasta que ennegrecida y crispada la carne, quedasen desnudos los nervios en todas las partes del cuerpo. Frecuentemente se empleaba hasta media libra de azufre, para quemar los sobacos y las plantas de los pies. Así martirizados se les dejaba muchas noches seguidas, tendidos en el suelo, sin cubierta; y, á fuerza de golpes, se alejaba de ellos el sueño. Por todo alimento se les daban arenques y otros alimentos de esa especie, propios para encender en sus entrañas una sed voraz, sin suministrarles ni un solo vaso de agua, por mas que sufriesen en este suplicio. Se les aplicaban avejones sobre los ombligos. No era raro que se enviase al servicio de aquel espantoso tribunal cierto número de ratones, que se ponian sobre el pecho y el vien-

tre de aquellos desgraciados, bajo un instrumento de piedra ó de madera, labrado para este uso y cubierto de combustibles. A estos se les daba fuego de seguida, forzando de este modo á los animalejos, para que devorasen las carnes de la víctima, abriéndose paso hasta su corazon y sus entrañas. Despues se cauterizaba aquellas llagas con carbones encendidos, ó bien se derramaba grasa deterrida sobre los miembros ensangrentados. Otros horrores, aun mas chocantes, fueron inventados y puestos en ejecucion con una sangre fria, de la cual apenas se podria hallar ejemplos entre los canibales, pero la decencia nos impide continuar.» (1)

Lo que la *tolerancia* protestante hizo en Inglaterra, y lo que ha querido hacer en Francia y en Holanda, lo hace todavia en Suecia. Allá tambien se estableció la *Reforma* con violencia y sangre; y las leyes religiosas, conservan aun en aquel pais toda

(1) Compendio de la historia de Holanda por Mr Kerroux, tomo II pág. 313.

la barbárie que puede sufrir nuestro siglo. En este mismo año en que escribo, acaban de ser condenadas seis familias al destierro y al despojo de todos sus bienes, únicamente por haber abrazado la fé católica. En Noruega, en Dinamarca, en Prusia, en Ginebra y donde quiera que domina el protestantismo, él se muestra enemigo encarnizado y ciego destructor de los católicos. Como allá está á sus anchas, no se cuida de ocultar lo que es, con precauciones hipócritas; las cuales son las que le dán en Francia, una apariencia de moderacion. Alládice él altamente lo que quiere y lo que espera. En el Sinodo protestante de Bremen, el señor Sander, pastor herético de Elbelfed, esclamaba, hablando del Papa y de los religiosos de la Compañia de Jesus: «Las autoridades protestantes no deben tolerar que *existan*. Menos aun deben soportar que sean libres.»

En Ginebra los protestantes, envidiosos de los progresos del Catolicismo, han formado de comun acuerdo una asociacion, en la cual contraen el compromiso de no

comprar nada á los católicos, y de no emplearlos en ningun trabajo, para reducirlos asi á la miseria; y además, de obrar de suerte que solos los protestantes obtengan los cargos y empleos.

¡¡Todo esto se hace por hombres que reclaman con indignacion la libertad de cultos, en los paises en que forman una imperceptible minoria: por hombres á quienes no se caen de la boca las palabras de libertad de conciencia, de caridad cristiana, de religion, de paz y de amor: por hombres en fin, que ya no créen en Jesucristo; y entre los cuales hay libertad para ser incrédulo, panteista ó ateo, pero no para ser católico!!!

VI.

LA INTOLERANCIA CATÓLICA.

Ya hemos visto lo que es la pretendida tolerancia de los protestantes. Véamos ahora que vale esa acusacion trivial de intolerancia, que ciertas personas dirijen con-

tra la Iglesia católica. Esta acusacion entraña una verdad y una mentira.

La Iglesia es intolerante en materia de doctrina. Esto es cierto; y no solamente lo confesamos, sino que nos gloriamos de ello. La verdad es intolerante por naturaleza. En religion, como en matemáticas, lo que es verdad, es verdad; lo que es falso, es falso. Es imposible que haya concesiones mútuas entre la verdad y el error. En esto no cabe compromiso ni transaccion. Por poco que se cediese de la verdad, esta sería inmediatamente destruida. Dos y dos son cuatro: esto es lo que se llama, una *verdad.* El que diga otra cosa miente, sea por esceso ó por defecto. El error siempre es error, aunque uno no se engañase sino en una milésima ó millonésima parte. Siempre se estará fuera de la verdad, cuando teniendo dos y dos, se diga que no son cuatro.

La Iglesia es depositaria y maestra en el mundo, de verdades tan ciertas como las verdades matemáticas; con la única diferencia de que las consecuencias de las

verdades católicas, son infinitamente mas importantes que las de las verdades matemáticas. La Iglesia propone y defiende sus verdades con tanta intolerancia, como la ciencia de las matemáticas enseña las suyas. ¿Qué cosa mas legítima? La Iglesia católica es la única entre las diferentes sectas llamadas cristianas, que proclama estar en posesion de la verdad absoluta, como lo está en efecto, añadiendo que fuera de ella no hay verdadero cristianismo; y así ella sola puede ser, ella sola debe ser intolerante en materia de doctrina. Unicamente ella puede y debe decir, como ha dicho hace 18 siglos en sus Concilios: «Si alguno piensa ó enseña en contradiccion de mi doctrina, que es la verdad, *sea anatema.*»

Pero Nuestro Señor Jesucristo que ha confiado á la Iglesia el depósito de la verdad, le ha dejado tambien su espíritu de caridad y paciencia. Intolerante en materia de doctrina, ella no transige con el error, pero es misericordiosa para con las personas que le cometen; y nunca ha em-

pleado los medios legítimos de rigor, sino despues de haber intentado todos los recursos de la dulzura y de la persuacion.

Ella no ha herido, jamás, sino en la última estremidad; y nunca ha castigado, sino á los incorrejibles. Entonces ha debido hacerlo para preservar del contagio á las almas fieles, para poner fin á los escándalos y para llenar el gran deber de la justicia, el cual no es menos divino que el de la misericordia.

En su paciencia como en su rigor, en su tolerancia hácia las personas como en su intolerancia hácia los errores, la Iglesia imita fielmente á su esposo y á su Dios, á Nuestro Señor Jesucristo, que es la verdad misma, que es la misericordia, pero tambien es la justicia.

Las mentiras de los historiadores anticatólicos sobre las pretendidas barbáries de la Iglesia en la edad media, cada dia caen en mayor descrédito, gracias á los trabajos concienzudos de una nueva generacion de historiadores, mas imparciales que sus predecesores. «Para poder vivir, el pro-

testantismo tuvo que forjar una historia á su modo,» decia el célebre historiador Thierry, poco sospechoso, como es sabido, de favorecer á la Iglesia.

Aun los mismos protestantes, deponiendo el espíritu de partido, vienen algunas veces á declarar contra aquellas viejas calumnias, contra aquellas culpables exageraciones y contra aquellas insinuaciones pérfidas, de que están llenos los libros de historia. «Hace tres siglos, ha dicho el Conde de Maistre, que la historia ha sido una conspiracion permanente contra la verdad.»

VII.

LA INQUISICION, LA SAN BARTOLOMÉ Y LAS DRAGONADAS DE CEVENNES.

Diré algunas palabras mas, para terminar esa cuestion de la intolerancia católica.

Hay ciertos hechos históricos que los protestantes no pierden nunca ocasion de echar en cara á los católicos, para convencerlos de intolerancia. Esos hechos son la *Inqui-*

sicion, la San Bartolomé y las Dragonadas de Cevennes.

Sobre estos argumentos se han escrito novelas y dramas, pero los fabricantes de folletines no se créen obligados á respetar la verdadera historia. Por eso es que, generalmente hablando, no los consultan á ellos las gentes que tienen sentido comun y buscan la verdad.

I. ¿Pues qué fué la Inquisicion, de la cual se hace aun en el dia un espantajo tan terrible? Las novelas populares la representan como un tribunal horrible, establecido en los paises católicos, que daba tormento á las pobres víctimas en calabozos sombrios; y que acababa por darlas la muerte en las hogueras, perpétuamente encendidas.

El historiador protestante Ranke y el muy protestante Mr. Guizot, reconocen con probidad que la inquisicion española, fué ante todo una institucion política. destinada á velar por la unidad de la España. Los reyes españoles veian en la heregía el mas peligroso enemigo de la paz de su reino,

por lo cual la declararon crímen de *lesa nacion*. No pudiendo juzgar por sí mismos, ni por medio de los tribunales ordinarios las cuestiones de fé, instituyeron un tribunal eclesiástico, encargado de interrogar á los acusados y de juzgar de sus créencias. Los inquisidores de la fé, hacian conocer á la autoridad real, el resultado de sus indagaciones. Luego esta autoridad hacia lo que juzgaba conveniente. Apréciese como se quiera la institucion del tribunal de la *Inquisicion* en España. Dígase, si de esto hay antojo, que las pasiones políticas abusaron de él; pero siempre será necesario convenir en que el clero que tomaba parte en sus procedimientos, ejercitaba natural y legítimamente la autoridad religiosa. ¿No corresponde á la Iglesia el exámen de las cuestiones de fé por derecho divino? Y ¿qué hombre de buena fé confundirá esta atribucion con el oficio de verdugo?

Se vé, por otra parte, que los Papas siempre procuraron mitigar el rigor de la Inquisicion española, aunque no dependia de ellos; pues, como hemos visto, ella era una

institucion política de la España.

II. «Bien está, dirá alguno, pero la San Bartolomé, aquella matanza espantosa ordenada por la Iglesia católica, en la cual perecieron tantos protestantes, ¿cómo se esplica?»

Aquel suceso, aun mas que la Inquisicion española, es un hecho político. Los protestantes se levantaban contra la autoridad legítima, habian intentado apoderarse del Rey de Francia y formaban en la nacion una nacion aparte, turbulenta y revolucionaria. El jóven monarca Cárlos IX y su madre la orgullosa Catalina de Médicis, estaban amenazados en su libertad y en su vida por la conjuracion de Amboise, viéndose obligados á huir por la conjuracion de Meaux. Los gefes del partido protestante se hacian mas y mas insolentes. Escitados por aquellas violencias, la Reina quiso desembarazarse de los rebeldes, haciendo servir á su venganza, la exaltacion religiosa que causaron en Francia los furores de los Hugonotes. La religion fué pues el *pretesto*, pero no la verdadera causa de

la matanza llamada la San Bartolomé. Todas las personas instruidas lo saben actualmente. ¿Por qué los escritores protestantes no tienen la buena fé de confesarlo?

Pero se añade: «El Papa hizo cantar en Roma el *Te-Deum* con motivo de aquella odiosa matanza.» Es cierto: mas lo es igualmente que aquel Papa, Gregorio XIII, fué engañado sobre el hecho con falsos informes. Habiendo recibido un despacho de la córte de Francia, en que se le decia, como el Rey y su familia acababan de librarse de una nueva conjuracion de los hereges hugonotes, habiendo sido castigados los autores de ella y sus cómplices, el Papa fué á dar gracias á Dios por el suceso. Entonces ignoraba Su Santidad los deplorables escesos de aquella triste noche, escesos que tambien han sido estrañamente exagerados por la pasion y el espíritu de partido, una vez que en toda la Francia, apesar del deseo de aumentar el guarismo, no pudo encontrar mas que 786 el *martirologio protestante*, impreso en aquella época. Dígase ahora si es razonable imputar á la Iglesia

católica la muerte de los insurrectos contra su soberano, porque los degollaron como calvinistas. De consiguiente toda la odiosidad de la San Bartolomé, pesa únicamente sobre Cárlos IX y su madre, por el carácter maquiavélico de su política.

Sobre este asunto, sin que yo pretenda escusar de ninguna manera lo que sea inescusable, permítaseme hacer una observacion importante. Las instituciones y los hombres, llevan siempre impreso el carácter de su tiempo. En aquellos últimos siglos las costumbres públicas eran ásperas; y todo se resentia de aquella aspereza, los hombres y las cosas, el bien y el mal. Además el sentimiento religioso dominaba todos los otros. La violencia de la agresion protestante fué, pues, á estrellarse contra una vivacidad de fé de que nosotros no tenemos ya ni aun idea; y á eso se debe atribuir, en gran parte, el carácter estremo de muchos hechos históricos de aquella época. (1)

(1) Los pretendidos filantropos, que tanto echan en cara al Catolicismo, aunque sin razon, como lo

III. Aunque esa aspereza de costumbres principiaba á suavizarse en Francia, cuando reinaba Luis XIV; sin embargo, ella produjo todavía sensibles efectos, cuando fué revocado el edicto de Nantes. No es mi ánimo juzgar aqui á aquel gran monarca. Me basta reconocer que en las crueldades cometidas contra los hugenotes, en ciertos

demuestra el autor, los procedimientos de la Inquisicion española y la matanza llamada de San Bartolomé, harian bien en decirnos, como escusan ellos el abundante y cruel derramamiento de sangre, las devastaciones y los males de toda clase, que producen los principios llamados *liberales*, que ellos mismos se jactan de profesar, y en cuyo nombre acusan de intolerancia á la Iglesia católica... Si fuéramos á sumar el número de víctimas que á nombre de la libertad se han sacrificado, desde la primera revolucion francesa hasta la actual revolucion italiana, en el antiguo y en el nuevo mundo, probablemente resultarian por una víctima de la supuesta *intolerancia* católica, diez, veinte y quizás cien de la pretendida *libertad*. Fuera, pues, mejor que los apóstoles del progreso, dejando de buscar la paja en el ojo ageno, vieran de quitarse la viga que les atraviesa el propio. (Traductor.)

puntos del pais llamado Cevennes, los agentes y Dragones de Luis XIV, traspasaron mucho las órdenes del Rey, por manera que ellos son los verdaderos culpables. Irritado de ver á los protestantes romper la unidad nacional, conspirar sordamente con las Potencias estrangeras y mantener contínuas relaciones con la Inglaterra, enemiga nata de la Francia, Luis XIV quiso purgar á su pais de aquella levadura de discordia. El defendia asi los derechos de su corona como los de la religion, para lo cual creyó deber emplear la fuerza. Pero todos saben que el clero de Francia, y especialmente Bossuet y Fenelon, aunque simpatizaban con el pensamiento del Rey, se mostraron opuestos á las violencias y á las crueldades. En vista de estas sencillas observaciones, ¿qué son las acusaciones de los enemigos de la fé, y como pueden servir las *dragonadas* de Cevennes para argüir contra la Iglesia católica?

¡Hé aquí tres hechos, tres crímenes políticos, si asi se quiere llamarlos, de que los protestantes hacen responsable à la Iglesia,

desde hace trescientos años! ¡Cuánta razon tenia el bienaventurado San Francisco de Sales, en vista de las calumnias con que desde su tiempo atacaban á la Iglesia católica, para compararla á la casta Susana, acusada falsamente por aquellos que se vendian como jueces incorruptibles en Israel! Esta santa muger, arrastrada á la vergüenza, se confortaba con su inocencia y decia: «Dios Eterno que conoceis todas las cosas, Vos sabeis que dan contra mi un falso testimonio, y que yo no he hecho nada de lo que ellos maliciosamente han inventado contra mí.» Entonces Dios infundió su espíritu de verdad en el corazon del jóven Daniel, el cual esclamó en medio de su pueblo: «¿Sois insensatos, que así habeis condenado, *sin juzgar y sin conocer la verdad*, á una hija de Israel?» Y el pueblo hizo entonces justicia á la inocencia y á la pureza de la casta Susana.

VIII.

LOS MÁRTIRES PROTESTANTES.

¿Tiene mártires el protestantismo? El así lo crée, pero se engaña.

Un *mártir* es un hombre que dá su vida, por permanecer fiel á la fé de Jesucristo. El muere, no por opiniones personales, sino por la doctrina de la Iglesia de Dios. El no es *terco* sino *fiel*. De consiguiente, todo cristiano que es muerto en odio de la fé, es un mártir.

Los pocos protestantes que han sido muertos con motivo de sus opiniones religiosas, ¿habrán sido mártires? No, pues que ellos han sacrificado su vida por ideas personales, por convicciones puramente humanas, prefiriendo su juicio propio á la misma vida; de manera que su muerte ha sido el acto supremo del orgullo, mientras que el martirio es el acto supremo de la humilde sumision y de la abnegacion de sí mismo. No basta morir para ser mártir. Es nece-

sario, para merecer esta palma, morir por la verdad, cuyo honor exige á veces el sacrificio de la propia sangre.

El carácter de los pretendidos mártires de las sectas protestantes, es ante todo el fanatismo, la exaltacion, el furor, lo cual es propio del orgullo. Los verdaderos mártires al contrario, aquellos que la Iglesia, esposa Inmaculada de Jesucristo, le dá por hijos, esos desde San Estéban hasta los misioneros que hoy dán testimonio con su sangre á la fé, en el estremo Oriente, han muerto todos en la paz de Dios, dulces y humildes, como víctimas inocentes, perdonando con amor á sus verdugos, dignos de Jesucristo en la vida y en la muerte.

La Iglesia católica, es la única que engendra mártires, como ella sola engendra santos.

IX.

UN EJEMPLO DE LA MODERACION PROTESTANTE.

Con una táctica, que prueba mas habilidad que buena fé, algunos ministros protestantes se quejan sin cesar en sus periódicos y en otros papeles oficiosos y oficiales, de la violencia de los escritores católicos; al paso que, formando contraste, no se cansan de alabar la dulzura y la moderacion de su propia actitud, respecto de la Iglesia.

Tres cosas hay que responder á la acusacion y á la pretension citadas.

1.° Lo que los protestantes llaman violencia de los escritores católicos, no es mas que el celo ardiente por la verdad, celo que devoraba á Nuestro Señor Jesucristo, cuando arrojó del templo á los profanadores, y cuando pronunciaba contra los fariseos y los escribas sus fulminantes anatemas.

2.° Los católicos no atacan al protestantismo por el placer de atacarle, sino para defenderse de los ataques de los protestantes. El protestantismo es una insurreccion, esencialmente injusta, contra la verdad y contra la Iglesia; y los hijos de la Iglesia y de la verdad no le combaten nunca, sino para rechazar la agresion y conservar su fé.

3.° En fin, la moderacion de los protestantes en la polémica, es como su tolerancia. No existe tal moderacion; y nosotros podemos devolverles, con valor, el cargo que nos hacen (1). Hé aquí una prue-

(1) Nada prueba mejor la asercion del autor que lo que está sucediendo en Inglaterra y en Francia, con motivo de los oscuros y pocos individuos que con arreglo á las leyes del pais, han sido procesados y condenados en Granada, por el delito de intentar cambiar la religion de la monarquía española. Estos individuos son españoles. De consiguiente, ni conforme á la antigua ley de las naciones, ni por el derecho *nuevo de la no intervencion*, pueden los estrangeros tomar parte en el negocio, ni menos querer alterar la legislacion española, ó juzgar á los jueces españoles. Pues bien, esto y

ba que tiene el carácter de general, en razon de la publicidad que la rodea, y á la cual han concurrido juntas las prensas protestante y socialista.

Existe un libro que los diarios protestantes de las principales sectas heréticas de Francia, como los titulados *Le Lien*, *L'Esperance* y *Les Archives*, han anunciado con igual empeño, como uno de sus libros mas recomendados de propaganda, libro que se vende en las librerias protestantes de Paris, donde yo he conseguido el ejemplar que voy á citar. Ese libro es la antigua obra del luterano Marnix de Sainte Alde-

no otra cosa, están haciendo los protestantes en Inglaterra y en Francia. España no se mezcla para nada en el tratamiento de la católica Irlanda, ni en el negocio escandaloso del respetable Turnbull, ni en todo cuanto se pudiera echar en cara al protestantismo anglicano, ni siquiera fomenta el gran movimiento católico que está teniendo lugar en el Reino Unido. Pues hé aquí á los ingleses, invadiendo con su protestantismo á España, sin duda para ver si pueden hacer aquí lo que se hace en Italia; y como encuentran obstáculos, insultan, burlan y se despechan. ¡Qué moderacion! ¡Qué tolerancia! (Traductor.)

gonde, de la cual se ha hecho una nueva edicion, con prefacio de M. Quinet.

Abro, pues, este libro, contra el cual *ninguno* de los órganos del protestantismo ha escrito ni una sola línea condenatoria; y que, por el contrario, *todos* ellos han anunciado, sin restricciones ni reservas, y hé aquí lo que encuentro.

En el prefacio leo las frases siguientes: «Aquí se trata no solo de refutar el papismo, sino de estinguirle; no solo de estinguirle, sino de *deshonrarle*; y no solo de deshonrarle, sino de AHOGARLE EN EL FANGO (pág. 7). Es necesario que el Catolicismo caiga.»

«El que emprende desarraigar una superstición caduca y *maléfica* (el Catolicismo), si tiene autoridad, debe ante todo apartar esa superstición de los ojos de los pueblos; y hacer su ejercicio absoluta y materialmente imposible, al mismo tiempo que quitar toda esperanza de verla renacer.» (Pág. 31.)

«El despotismo religioso (es decir la religion católica) no puede ser estirpada sin

que quien intenta estirparle se estralímite de la legalidad.... Como es ciego llama contra sí la fuerza ciega.» (Pág. 37).

«No: nada de trégua con el INJUSTO.» (Página 42.)

«El principio de que todas las religiones son iguales, es contra toda filosofía, contra toda ciencia y contra toda la historia... Existe una religion que se glorifica de ser incompatible con las libertades modernas. Si la revolucion francesa hubiera visto claramente esta diferencia, ella habria podido, concentrando sus fuerzas, sus enemistades y sus decisiones, *eliminar* ese culto que escluye la civilizacion moderna. Pero.... le *faltó osadia*... y el culto (católico) que ella tenia la mision de abatir, salió de entre sus manos mas entero, mas indomable que nunca. No volvamos á cometer la misma falta.» (Páginas 57 y siguientes.)

Esto se llama hablar sin disfraz; y ya, á lo menos, sabemos á que atenernos respecto á la conducta que observaria el protestantismo triunfante, contra la Iglesia cristiana. Vistas estas abiertas violencias y esas pú-

blicas escitaciones al ódio y á la destruccion de la religion, ¿quién se atreverá á juzgar que hacemos mal los cristianos, levantándonos legítimamente á defender nuestra fé y nuestra vida?

Por lo demás, no hay que asombrarse de esa increible provocacion de M. Quinet á la persecucion y al aniquilamiento de la Iglesia, por medio del hierro y del fuego. El no hace en esto mas que servir de eco, débil por cierto, á las declamaciones sanguinarias de los fundadores del protestantismo. Lo que él dice hoy, lo decian y lo escribian Lutero y Calvino hace trescientos años, con un trasporte de furor, que quizás no ha sido igualado nunca por los revolucionarios de nuestros dias.

Augusto Nicolás dice en su bello libro *del Protestantismo*: «Nunca se ha proferido, en ninguna lengua, nada que se acerque á la sanguinaria violencia de los escritos de Lutero. Su obra titulada: *El Papado de Roma instituido por el diablo*, es una mancha que deshonrará eternamente, no solo á la literatura alemana, sino tam-

bien á los anales de la especie humana. Vacilo al copiar algunas de sus espresiones, horribles como las siguientes: «El Papa es el diablo. Si yo pudiera matar al »diablo, ¿por qué no lo haria á riesgo de »mi vida? El Papa es un lobo rabioso, contra el cual todo el mundo debe de armarse, aun sin aguardar la órden de los »Magistrados. En esta materia no puede haber lugar al arrepentimiento, sino por no »haber podido hundirle una espada en el »pecho... Seria necesario cuando el Papa »está convicto por el Evangelio, que todo »el mundo corriese sobre él y le matase, »con todos los que están con él, emperadores, reyes, príncipes y señores, sin guardarles miramientos. Si, deberiamos caer »sobre ellos con toda clase de armas, y lavarnos las manos en su sangre.... Los monarcas, los príncipes y los señores, que »hacen parte de la turba de la Sodoma romana, deben de ser atacados con toda clase de armas; y es necesario lavarse las »manos en su sangre.» (Tomo XII, fól. 233. Tomo I, fól. 51. Tomo IX, fól. 246.—Edicion de Wit. cit.)

«¿Pues qué diré de Calvino el cual á cada instante tenia en la punta de su pluma los epitetos de bribones, ébrios, locos furiosos, rabiosos, bestias, toros, puercos, borricos y perros; de Calvino que trazó estas líneas (ya citadas arriba á otro propósito): «En cuanto à los Jesuitas, que sobre todo nos son contrarios, es necesario matarlos; y donde esto no se pueda cómodamente hacer, lanzarlos, ó por lo menos oprimirlos con mentiras y calumnias.» (1)

Esto es, como se vé, lo que M. Quinet aconseja con aquellas palabras, casi idénticas á estas que acabamos de citar: «Es necesario estirpar el papismo, deshonrarlo, ahogarlo en fango.» Ya se comprenden despues de oir esas horribles declamaciones de Lutero y de Calvino, las simpatias de los revolucionarios de nuestros dias hácia el protestantismo; pero lo que no se comprende es que algunos periódicos protestantes, que se llaman moderados, hayan anun-

(1) *Del Protestantismo*, por Augusto Nicolás, página 469 y 70.

ciado el libro de Marnix y su prefacio, como tampoco se comprende que las librerias protestantes le hayan puesto en venta.

Este libro de Marnix está lleno de tales obscenidades y de infamias tan chocantes, que aunque yo no sintiera una indignacion cristiana al citarlos, me impediria hacerlo el respeto de mi mismo y el que debo á mis lectores. Intenté hacerlo, pero debí abandonar esa ocupacion repugnante.

Hay blasfemias que un cristiano no debe repetir, aunque sea para inspirar horror de ellas. Sin embargo, hé aqui un libro protestante, reimpreso en Bélgica, despues de tres siglos, por medio de una suscricion nacional de protestantes, de incrédulos y de fracmasones; libro que se ha vendido, si es que todavia no se vende, á la luz del dia, en Paris, en un país católico.

Ahora, si quieren, que se admiren los protestantes de la generosa indignacion de los católicos; que se quejen del ardor con que los hijos de la Iglesia sienten y rechazan las injurias prodigadas á su santa

Madre; y que, si tienen para ello valor, se jacten todavia *de su dulzura y de su moderacion*.

«Esos moderados, me decia con mucho donaire un abate italiano, esos moderados son gentes de una rabia infinita.» *Questi moderati sono gente di rabia infinita.*

X.

SUPUESTAS PERSECUCIONES DE QUE LOS PROTÉSTANTES DICEN QUE SON VÍCTIMAS.

Así como una de las manias del protestantismo es perseguir, donde está mayoria; otra de sus manias es clamar que se le persigue, donde está en minoria. Si fuéramos á créer á muchos de ellos, actualmente se les persigue en Francia. Esta es una pretension tan estraña, que antes de refutarla es necesario establecerla bien.

No tendré que ir muy lejos, para encontrar la prueba que necesito. Hé aquí lo que se atrevia á decir, en el mes de Abril de 1857, en una de las grandes salas de

Queen Street, Edimburgo, Mr. Le Savoureux, pastor protestante de Limoges. «Tengo buenas noticias que daros de la madre pátria (la Francia). La luz tan débil del Evangelio, hace ahí progreso. Nuestros padres habian dejado apagar el protestantismo, á pesar de las luchas de nuestros buenos *hugonotes*, pero las antiguas Iglesias nacionales se despiertan. Las naciones como la Francia, la España etc., que están bajo la dominacion de Roma, son naciones *muertas* (gracias por el cumplimiento). El romanismo es enemigo del bien moral. El vecindario de Villefavard se ha hecho protestante. Nosotros hemos *barrido los Santos de toda la Iglesia* (gracias por la moderacion). Hemos establecido diez escuelas en el departamento del Allier; y si *hubiese habido dinero*, habríamos obtenido mayoria, nosotros los protestantes (gracias por la confesion). Pero despues del golpe de Estado, un hombre, Napoleon, que se ha unido á las ideas católicas, ha cerrado nuestras escuelas y nos ha hecho comparecer en los Tribunales. *Actualmente estamos escondidos en*

los bosques!!! No obstante, el progreso continua. En Limoges la *obra* ha sido entorpecida por un camino de hierro! Si hubiéramos sido romanos, la administracion no nos hubiera inquietado.» Y en conclusion, el ministro protestante de Limoges, pide á Dios la libertad.

Los corresponsales franceses del diario inglés y protestante *The Times*, pintan un cuadro, aun mas sombrio, de la situacion en que gimen los protestantes de Francia. Ora son pobres pastores injustamente puestos en la cárcel, ora templos ó escuelas tambien injustamente cerradas. «Si, esclaman dolorosamente esos *verídicos* corresponsales. Se ha visto á poblaciones enteras obligadas como sus padres, á *refugiarse en los bosques*, para entregarse al ejercicio de su culto. Con el objeto de esquivar la persecucion de la policía, tenian espias encargados de advertir á la asamblea de la aproximacion de los gendarmes. De vez en cuando se abreviaban los cánticos, ó se interrumpian las preces ó la prédica; y cuando los agentes de justicia llegaban, no encontraban mas

que hombres, mugeres y niños recogiendo bellotas (*sic*), ó divirtiéndose en brincar á los árboles.» (1)

Es sabido que estas aserciones burlescas, se han repetido con tanta perseverancia y audacia, que el gobierno francés se creyó obligado á tratarlas con indignacion y desprecio, en un artículo del *Monitor*. Verdad que no todos los protestantes de Francia, llevan hasta ese esceso la manía de quejarse a tuerto ó á derecho; pero á la mayor parte de ellos se les antoja llamarse y créerse perjudicados en sus derechos, cohibidos en sus movimientos, sacrificados en sus intereses, en una palabra, *perseguidos*. En sus escritos, en sus periódicos, en sus discursos, y, sobre todo, en las mesas del Ministerio, toman invariablemente el papel de víctimas.

¡Qué víctimas, gran Dios! ¡Plugiera al cielo que los católicos de Irlanda y de Suecia fuesen víctimas de esa clase! Jamás fué un culto mas libre y mas favorecido que lo

(1) *The Times* de 5 de Enero de 1853.

es hoy el protestantismo en Francia. Cuéntese el número de protestantes. Segun el último censo, ellos eran apenas *setecientos mil*, en una poblacion *de treinta y seis millones* de franceses. Pues cuéntense luego los empleos que ocupan los protestantes, en toda la gerarquía de funcionarios altos y bajos; y véase en el presupuesto cual es el sueldo que se paga á los pastores protestantes, comparándole con el que tiene el clero católico. Ellos no solamente están libres en su casa y entre los suyos, sino que se entregan en las poblaciones católicas á la mas activa propaganda. No solo son libres para defenderse, sino que se les tolera que ataquen. Véanse los muchos templos y escuelas que poséen en Paris, cuyo número no guarda proporcion con el de *trece mil* protestantes que hay en aquella capital. Recuérdese que esas escuelas se abren y se multiplican todos los dias, con la mayor libertad, en los barrios casi esclusivamente católicos, para poblarlas de pobres niños arrancados á la Iglesia. No se olvide por último que las obras de Marnix de Sain-

te Aldegonde, las únicas que cito porque su título lo dice todo, se venden sin obstáculo en las librerias protestantes. Despues de esto, dime lector, con la mano sobre la conciencia, ¿si los protestantes tienen razon para llamarse perseguidos en Francia, ó si sus quejas á este respecto no son la mas maliciosa al mismo tiempo que la mas torpe de las ingratitudes?

XI.

COMPRA Y VENTA DE ALMAS.

En Francia y en otros paises católicos, se hace una distribucion inmensa de libros y de folletos heréticos. Ya lo hemos dicho antes. Pero esa distribucion, aunque tan perniciosa y tan activa como es, no es mas que un medio secundario para los agentes de la propaganda protestante. Hay otro medio mas eficaz, al cual no se avergüenzan de recurrir, que es el DINERO. «Un grito unánime de indignacion, dice el señor Arzobispo de Génova, en una pastoral

reciente, un grito unánime de indignacion, se levanta sobre este punto en toda la Europa católica, por manera que es inútil que las sectas protestantes, tengan la audacia de negarlo.»

Este tráfico con las almas es un hecho comprobado. Es verdad, y yo lo sé, que no faltan entre los protestantes, y aun entre sus ministros, hombres incapaces de recurrir á semejantes prácticas. Los que forman esta escepcion, se indignan de que se haga este cargo al protestantismo; y yo me alegro de oir sus reclamaciones enérgicas, porque ellas prueban la honradez de sus personas. Pero no por eso quedan justificados los medios de propaganda que usa su partido. El carácter general de esta propaganda es presentar á los pobres el grosero cebo de la plata y de los socorros temporales, para inducirlos á apostatar de la religion católica; y esta acusacion se apoya en hechos diarios y auténticos, de modo que no hay lugar á la duda. Las personas que aman y auxilian á los pobres, descubren á cada instante alguna de esas ten-

tativas de seduccion; y á pesar de eso, todavia están lejos de conocerlas todas. Los desgraciados que se dejan seducir, se guardan bien de dar á conocer su infamia; y los agentes provocadores se limitan, cuando dan cuenta de su obra nefanda, á presentar el guarismo de sus convertidos. A juzgar por el número de negativas que encuentran, el de tentativas debe ser muy considerable. Yo personalmente conozco muchas familias de operarios ó de indigentes, á quienes los *convertidores* ó *convertidoras* han ofrecido auxilios, trabajo, dinero y algunas veces mucho dinero, *bajo la condicion de que se hicieran protestantes.* El venerable cura de San Sulpicio de Paris, despues de haber hecho una indagacion en su parroquia, en la cual declararon bajo su firma muchos individuos particulares y familias, atestiguando las maniobras culpables de la propaganda herética; presentó al ministro de los cultos todas estas pruebas, para lo que pudiese convenir, en el mes de Enero de 1858.

Un obispo ilustre decia hace poco: «¿No

habeis por ventura encontrado algunos de esos mercaderes de conciencias que recorren los campos, se pasean en las ciudades y se introducen hasta en el seno de las familias para sembrar la cizaña y la mentira? Este ramo de comercio, nuevo entre nosotros, toma una estension singular y merece ser conocido. Para esto véase como pasan las cosas.

«Hay por ejemplo en una aldea una familia pobre y adeudada, que está amenazada de que se le venda la cabaña que la abriga. Inmediatamente se presenta uno de esos corredores de almas, que por el olfato conocen donde amenaza la desgracia; y con un aire de ingenuidad, dice al gefe de aquella familia:» ¡Pobre hombre! ¿Qué mal acomodado estás en esta choza tan mal cerrada? ¿Aquí hará frio? ¿Cómo es que el cura del lugar no te dá para reparar la casa y vestirte bien? ¡Mira que cosas! Yo soy ministro protestante y cuando hay pobres en mi feligresia los asisto... Vea mañana á casa, yo te daré un cobertor para la cama y alguna ropilla para tus hijos...»

Con esto se vá dejando á aquellas pobres gentes con dos palmos de narices, por la admiracion de una caridad tan hermosa.

«El cobertor viene y el ministro protestante no tarda en venir detrás. Esta segunda vez habla de reparar la casa, asegurando que la cantidad necesaria para la obra se encontraria, si la familia fuera protestante en vez de ser católica. Al oir esto la muger se incomoda y el ministro se vá, sin dejar en la choza mas que un libro malo.

«En otra parte cae enfermo un jornalero, que para mantenerse con su muger y dos hijos, no tiene mas capital que sus brazos. La miseria y el hambre son malos consejeros; ellas dán lugar á grandes tentaciones. Los mercaderes de almas lo saben, y por eso acuden prometiendo pan á aquellos infelices, con tal que consientan en entregarles su conciencia. ¡Ay! Ellos lo hacen.

«En la casa de enfrente hay un pobre labrador que no tenia mas que un pedazo de tierra; pero un acreedor le hace sacar aquellos pocos bienes á pública subasta, con

el objeto de pagarse. Los predicantes vienen á ofrecerle que le darán con que pagar, si él quiere abandonar su religion. El pobre llora y promete.

«Una pobre madre viuda tiene dos hijos, con los cuales anda de puerta en puerta, para tener un pan que darles. Los corredores envian á su encuentro algunas *celadoras* que la preguntan por sus hijos, ofreciéndola educárselos cómodamente. Como quien quiere transigir con su conciencia, la pobre madre cede uno y reserva el otro para Dios.

«Los compradores de conciencia se dirigen de preferencia y con mas éxito á los borrachos, que siempre tienen necesidad de dinero; á los quebrados, que ansían por una tabla para salvarse del naufragio; á las mugeres perdidas, que solo tienen una alma muy gastada para vendérsela; y, sobre todo, á los simples é ignorantes. En los hoteles, en las tabernas, en los buques de vapor, en los coches públicos y á lo largo de los caminos reales, se encuentran predicantes, catequistas y distribuidores de li-

bros, dispuestos á convertir á todo el mundo, cada uno segun su secta (1).

Para no hablar mas que de la Francia, nuestras grandes ciudades y especialmente Paris, son trabajadas por los protestantes con un ardor sin igual. Los gefes de las sectas protestantes han dicho: «A todo precio es necesario apoderarnos de Paris, por-

(1) *Del comercio de las conciencias y de la agitacion protestante en Europa*, obra publicada en Annecy, en 1856. Despues de aquella fecha y con motivo de los asesinatos cometidos en Oriente en 1860, los protestantes han dado una nueva prueba de espíritu que anima á su propaganda. Aprovechándose de la horfandad en que la bárbara matanza de sus padres habia dejado á varios niños católicos, los acapararon los protestantes, bajo pretesto de educarlos. La desgracia de aquellos niños hubiera sido completa, si despues que el fanatismo turco les habia arrebatado á sus padres segun la carne, el protestantismo hubiera logrado privarles de la paternidad de Dios en el cielo; pero por fortuna la fé y la caridad católicas, no solo viven, sino que son fecundas en el Oriente, entre esos cristianos, de quienes tan mal habla el protestantismo inglés, cuyas simpatías declaradas, son por los sectarios

que cuando seamos dueños de Paris, lo seremos de la Francia, seremos señores de la Europa.» En consecuencia de este plan

de Mahoma; esto és, á favor de los opresores y verdugos, contra los oprimidos y las víctimas. Los parientes de aquellos huérfanos, dieron poder al canciller del Patriarca de Jerusalen, para que en su nombre se presentase al Bajá, reclamando aquellos niños. Hízolo asi el abate Dequevauvilliers y el Bajá resolvió, como era justo y conforme al derecho natural, que los huérfanos se entregasen al representante de sus familias. ¿Mas qué hicieron entonces los protestantes? ¡Cobraron lo que habian gastado en los huérfanos! Dinero por almas y si se ván las almas vuelva el dinero. ¡Hermosa caridad! El Bajá, aunque turco y bárbaro, no solo conoció cuanto tenia de odioso y de ridículo este procedimiento, sino que se lo echó en cara á los protestantes, diciéndoles: «Si recojisteis estos niños por *caridad*, claro es que no teníais intencion de recobrar lo que en ellos gastárais. Hicisteis una donacion. Id con Dios. Lo que se dona no se recobra.» Así, gracias al buen sentido de un turco, salió en todo completamente burlada la especulacion protestante. He oido estos pormenores en Jerusalen, al Patriarca latino Monseñer Valerga y á su canciller, en el mes de Abril del corriente año 1862. (Traducter.)

de campaña, los agentes pagados, las fanáticas mugeres protestantes, los diáconos, las diaconisas, etc., penetran en casa de nuestros pobres, procurando comprarlos á ellos y á sus hijos.

Varias veces han provocado los protestantes á los católicos, para que den los nombres de los pastores ó agentes (adviértase que los primeros no tienen señal que los distinga de los segundos), que se valgan de los recursos denunciados en este artículo. Pero ¿es leal esta provocacion? Pues que ¿no saben los protestantes que esos agentes se guardan de decir su nombre cuando son rechazados con desprecio? Esos señores solo declaran como se llaman, dando las señas de su casa, cuando los desgraciados á quienes se dirijen aceptan el contrato; y por cierto que estos últimos, no han de venir á darnos el nombre de los que los han comprado.

En Lyon se repiten los mismos hechos. El señor presbítero Catet, vicario general de aquel arzobispado, cita muchos en un opúsculo sobre el protestantismo. Hé aquí algunos estractos.

«Al pintar el cuadro de esas vergonzosas maniobras del protestantismo para hacer prosélitos, tenemos la mano llena de certificados, dados por católicos pobres de nuestros campos, que habian sido seducidos de esta manera; los cuales confusos y arrepentidos, despues de haberse dejado comprar así por los apóstoles del nuevo *Evangelio*, han declarado por escrito el miserable medio de seduccion que se habia empleado para pervertirlos. Despues de haber escrito sobre esto, hemos enviado al Rector de la Academia de Lyon cuatro certificados de padres de familia, los cuales declaraban haber recibido dinero por enviar sus hijos á la escuela de los protestantes. ¡Qué preciosa y cuán digna de ser reproducida es la reflexion que hacia uno de los hombres así comprados, cuya abjuracion hicimos recibiera un eclesiástico de la Diócesis! Atormentado de remordimientos desde que tuvo la debilidad de recibir el precio de su apostasia, decia á su muger que tambien habia caido en el lazo: «Francamente hablando, muger, yo des-

confio de una religion que dá dinero para hacerse aceptar.»

«En presencia de estos hechos notorios, ¿todavia se atreverá el *comité de Evangelizacion* á sostener, que en su secta no se dá dinero para acaparar gente?»

Necesario fuera hacer aquí una estadística, que escederia á los límites de la obra presente; pues en todas partes se procede de la misma manera, empleándose la elocuencia *argentina* de la caja llena, con el objeto de *convertir* á los católicos pobres. «No pasa dia, dicen los *Anales de Ginebra*, en que no sepamos de algunos ensayes de conquistas, emprendidos bajo el patrocinio del Dios *Mammona*. Una vez es un ministro protestante muy conocido, que para en la calle á una jornalera, ofreciéndola trabajo y socorros para el invierno. Otra vez es una gran señora que se lleva en el coche á la criada, para esplicarla las preciosas ventajas de la *Reforma*. Otra vez es un señor cualquiera, que aunque no haya salido bien la primera vez, repite la carga, á la sordina, sobre un padre de fami-

lia, hasta que envia sus hijos á un colegio protestante etc.» Los *Anales* añaden, por via de nota, lo siguiente: «Debemos señalar á los señores Oltramore, Jacquet y Bordier, pastores protestantes de Ginebra; porque ellos mismos, con descaro, se hacen conocer en esas visitas á los católicos pobres.»

Donde quiera se hacen esas visitas obsequiosas y multiplicadas, en las cuales se esplota la situacion poco desahogada del clero católico, para arruinar la fé de las almas simples. «Cómo!» dicen los agentes del protestantismo, á aquellos infelices ya exasperados por la necesidad: «¡cómo es que vuestros sacerdotes no os dán dinero!» Sobre esto cargan con los lugares comunes de los vicios del clero y de los abusos de la religion católica. Despues meten diestramente una moneda en la mano del que los oye; y se marchan glorificándose de haber hecho una campaña evangélica. No importa que aquel sea un cristiano que no iba á Misa, que no cumplia con la Iglesia y que aborrecia á los sacerdotes. Es-

tá ganado á la causa del puro *Evangelio*; y eso al protestantismo le basta.

Tal es la propaganda protestante que se aumenta cada dia. Tales son esas *conversiones*, no menos inmorales que vergonzosas, para los que las hacen y para los que son víctimas de ella. Los corazones nobles entre los protestantes, como entre los católicos, vacilan créer en esa *trata* de almas; y, sin embargo, es cierto que el dinero ha venido á ser el agente principal de esa propaganda. En sus manos la caridad no se ofrece como un socorro desinteresado, sino como una *prima* á la apostasia. «¿Sois pobre? Venid á nosotros y tendreis bienestar.»

¡Cuán amargo debe ser el pan que se compra con semejante infamia!

Por consecuencia de ese *agiotage* religioso, las grandes ideas de honor y de moral, ya tan debilitadas, van desapareciendo cada vez mas: los corazones se rebajan; los caracteres se enervan, las convicciones decaen; y la verdad y la religion parecen no ser para los hombres que tal ha-

cen, sino un medio de esplotar al rico y de envilecer al pobre.

Comprar y vender. Hé aquí las últimas palabras de la propaganda protestante.

XII.

LA RELIGION DEL DINERO.

1. *La religion del dinero* es el nombre que algunos ministros protestantes dán á la religion católica. De acuerdo con los impíos, ellos acusan á nuestros sacerdotes de vender las cosas santas y de esplotar, en beneficio de su bolsillo, la credulidad del pueblo.

Esta calumnia es hábil. De diez hombres, los nueve son muy sensibles á todo lo que de cerca ó de lejos toca á las pesetas; y acusar á los sacerdotes de amar la plata y de querer sacarla del pobre pueblo, es el verdadero medio de paralizar su ministerio. Los protestantes lo saben; y por eso repiten sin cesar esa calumnia, aunque con una mala fé de las mejor calculadas.

No obstante, en boca de protestantes, esta acusacion está menos en su lugar que en cualquiera otra boca.

En efecto, aunque generalmente se ignora esta circunstancia, es cierto que el empleo de pastor protestante es muy lucrativo; y yo he oido de los propios lábios de uno de los de Paris, que la plaza mas ínfima de pastor, produce 13,500 francos (como 2,700 pesos fuertes). El gobierno pasa 1,500 francos al pastor de la menor aldea, y un sueldo mucho mas considerable á los de las grandes ciudades. Fuera de esto ellos tienen un *casual* ó renta no tarifada, la cual sin embargo de eso se exige por la costumbre. Y esto no se crea que es poca cosa. En Alsacia, por ejemplo, nunca un vecino (*bourgeois*) casaria á su hija, sin dar una fuerte suma en redondas pesetas al pastor protestante. En los bautismos, en la caricatura de primera comunion, y en otras épocas del año, hay obligacion, para quedar bien, de hacer al pastor buenos regalos en dinero ó en especie; y los aguinaldos del dia de año nuevo, no son despre-

ciable. Luego, sin hablar de las lecciones de religion ó catecismos, que son para muchos ministros protestantes una mina abundante de recursos, es bueno decir que entre los protestantes, los entierros nada son menos que gratuitos. En Paris y en las localidades católicas, los ministros protestantes hacen el papel de desinteresados, escribiendo en la puerta de sus templos: *Aquí no se paga por las sillas*; mientras que en Alsacia y en los paises protestantes, cada familia tiene su plaza señalada, que paga muy cara, para ocuparla cuando mas una vez en la semana. (1)

(1) Si esto es en Francia, donde el protestantismo, aunque reconocido y pagado por el gobierno, lejos de ser la religion del Estado, forma una pequeña é insignificante minoría ¿qué será en Inglaterra? Entre las muchas pruebas de la escandalosa riqueza en que nada el alto clero de la Iglesia anglicana, que es el establecimiento protestante oficial, no citaré mas que una, porque la traen los diarios ingleses de estos mismos dias (Octubre de 1862). Tratándose del nombramiento que se ha de hacer para el arzobispado protestante de York, se dijo que el gobierno inglés ofrecia esta prebenda al *Obispo* de Lóndres; pero que aunque en cuanto á renta el *arzobispado* y *obispado* allá se ván

A esto hay que añadir las subvenciones incesantes de las sociedades bíblicas, *Evangélicas*, etc., que sostienen á sus *apóstoles*. En el año 1856 una reunion de propaganda protestante, celebrada en Alemania, se jactaba de haber destinado á sus agentes en Francia, una cantidad como de *ocho millones*.

No olvidemos, en fin, que en un pais protestante, los jóvenes pastores de la secta, generalmente hablando, consiguen casarse ventajosamente. De esto son sus administrados, algunas veces, los primeros en quejarse. Ultimamente en cierto lugar del Canton de Zurich, los mancebos todavia célibes, declararon que en lo de adelante, no sufririan que se recibiesen ministros protestantes que no estuviesen casados; «por-

pues cada uno dá cada año 10,000 libras esterlinas, ó sean *cincuenta mil duros*, su señoria de Lóndres no aceptaba la *mitra* metropolitana, á pesar de que en Lóndres tiene el gasto de dos palacios. ¡Qué amor á la *pobreza evangélica*! Esta virtud brilla tanto mas en esos prelados protestantes, cuanto que en Inglaterra, ahora mismo, millares y millares de operarios, no tienen para vivir mas que peseta y media por semana, (Traductor.)

que, decian, ellos nos arrebatan los buenos partidos del pais.» En otras localidades, por el contrario, ha sucedido que el consejo presbiterial protestante, compuesto en su mayoria de padres de familia, con hijas casaderas, ha rehusado obstinadamente admitir el nombramiento de un pastor ya provisto de muger, cuyo corazon y cuya mano no eran ya, por consiguiente, disponibles.

Ahora bien, de ese dinero que por todas partes afluye al bolsillo de los ministros protestantes, nada ó casi nada hay que deducir para los gastos del culto.

El pastor protestante no es el que paga la construccion del templo, téngase esto entendido; y ese templo una vez edificado, no exige otro gasto de conservacion que el barrerle cada semana, pues en él no hay ni sagrados ornamentos, ni luminaria, ni pompa religiosa. La hopa negra del pastor, solo le sirve los domingos, por lo cual dura mucho en aquel moderado uso; y cuando comienza á raerse, puede servir útilmente para una multitud de empleos domésticos, gracias á la inteligencia de la

señora pastora protestante (1).

II. El cura católico recibe del gobierno un sueldo que equivale á la mitad y un poco mas de la menor renta que se dá

(1) Conviene tambien consignar aquí lo que el llamado obispo protestante de Oxford, acaba de decir en un *sermon* que predicó con ocasion de inaugurarse una escuela por su cólega el *obispo* de Winchester, en presencia de lord Palmerston. Tratando de la educacion del pueblo decia su señoria Oxoniense, que esta educacion debia ser sufragada por los propietarios, no por el clero protestante, por ese clero cuyos obispos tienen, como queda indicado y es notorio, tan pingües rentas. Que no reparen los templos de piedra á costa de su bolsillo, pase, si se quiere; pero que viviendo á costa del pueblo, comiendo, bebiendo, paseándose y disfrutando del *comfort* á costa del pueblo, digan que tampoco es de su cargo educar á este pueblo, ya eso pasa la marca, no solo de toda justicia, sino de toda decencia. ¿Qué obispo católico tiene hoy de renta los *cincuenta mil* duros que goza el *arzobispo* protestante de York, ó el *obispo* protestante de Lóndres? Y ¿qué obispo católico hace como lo ha hecho el *obispo* protestante de Oxford, ese vergonzoso remedo del padre que, por no mantener á su hijo, le espone á puertas agenas? «Dejad á los párvulos, venir á mi» dijo Nuestro Se-

á los pastores protestantes, los cuales gritan tanto contra la religion del dinero. 850 francos se dán al cura católico, en lugar de los 1500 francos acordados á los pastores protestantes menos retribuidos.

Ahora bien mientras que el pastor protestante no tiene que hacer gastos en su culto, no le sucede lo mismo al cura católico. Este tiene necesidad de cosas materiales, que cuestan bastante para el culto cristiano, aun en las mas humildes iglesias. En la menor capilla de aldea es indispensable que haya para la celebracion de los divinos oficios pan y vino, velas de cera, ornamentos sacerdotales de varios colores, vasos sagrados, manteles y otros lienzos diferentes; en fin, una multitud de objetos necesarios, que ni de nombre conocen los que no son prácticos en la ma-

ñor Jesucristo; pero el obispo protestante de Oxford, al paso que llama á su comunion herética, la Iglesia de Cristo, dice en resúmen: «Váyanse los párvulos á donde no pesen á nuestro bolsillo.» Verémos si otros les costean el pan espiritual. (Traductor.)

teria. Además hay que pagar á los sirvientes de la Iglesia, que ordinariamente son pobres y viven de su trabajo. Fuera de eso el cura, es por razon de su ministerio, el primero y principal recurso de los pobres y de todas las obras caritativas de su parroquia; pues aunque no le inclinase á eso su corazon, le obligarian á ello su deber y el decoro de su posicion. En fin, es necesario que el mismo viva y se mantenga.

Aunque haya poca sinceridad, nadie se asombrará al ver que la autoridad eclesiástica, permite á los sacerdotes percibir de los fieles una especie de contribucion, cuando ejercen á favor de estos ciertas funciones, no todas las de su ministerio, á fin de suplir así la gran desproporcion que hay entre el sueldo que reciben del Estado y los gastos que tienen á su cargo. Esos derechos son los que se llaman de *estola y pié de altar*, cuya necesidad es fácil de comprender. Antes de la revolucion esos derechos eran casi ningunos. Entonces tampoco se pagaba por el uso de los asientos

en la Iglesia. Lo que en aquella época cobraba el sacerdote, mas era para que no se olvidase el derecho que tiene «el que sirve al altar para vivir del altar,» segun la espresion de San Pablo; recibiendo de los cristianos la asistencia corporal, en cambio de los bienes espirituales que les dispensa ejerciendo su ministerio (Ep. I á los Cor. cap. IX, vers. 10 al 13). Este órden los revolucionarios le trastornaron. Apoderáronse de todo lo que poseia la Iglesia en Francia, y no pudiendo matarla, la despojaron, esperando hacerla morir de hambre. Ella no muere, pero eso es gracias á la liberalidad de los fieles, á quienes el sacerdote tiene que pedir. Hé aquí porque actualmente se pagan las sillas y porque el sacerdote cobra otros menudos derechos, aunque le repugne, porque pesan sobre el pueblo; y á pesar de todo, su producto basta con dificultad para cubrir todos los gastos.

No obstante, ¡aun hay valor para llamar al catolicismo *la religion del dinero*!

Pero si no es, como efectivamente no

es el catolicismo *la religion del dinero*, hay en realidad una religion del dinero, y yo os diré quienes la practican. Son los hombres que allegan cada año, en sus sociedades públicas ó secretas, millones y millones: los hombres que con la bolsa en la mano, entran en la bohardilla de los operarios católicos y en la choza de los campesinos, para comprar las almas á precio de *dinero*, abusando de la miseria y de la desgracia.

¡Vergüenza para ellos es practicar eso de que nos acusan!

XIII

UNA PRUEBA DE NUEVO GÉNERO EN FAVOR DEL PROTESTANTISMO.

El protestantismo, segun vá marchando, vá dejando como despojos, adheridos á todas las espinas del camino, los restos de verdad y de vida cristiana que habia tomado de la Iglesia; *y materializándose* mas y mas cada dia, es mas digno hijo de su padre Lutero, pudiendo cantar con él: «Beber bien

y comer bien; este es el verdadero medio de ser feliz.»

Entre los paises que perdieron la fé, cuando en ellos se introdujo la pretendida *reforma*, se encuentran algunos á cuya cabeza está la Inglaterra. Esos paises por razon de su posicion geográfica ó de su instinto comercial, hacen buenos negocios en este mundo, ganan mucho dinero y entienden admirablemente el arte de procurarse todos los goces de la vida; goces que el espiritu moderno parece que mira como el fin último del hombre, y el objeto único á que deben dirigirse sus esfuerzos. De ahí ¿quién lo créeria? algunos hombres sérios, llamándose *ministros del Evangelio*, pretenden hacer un argumento invencible contra la Iglesia católica y en favor del protestantismo. «Los protestantes, dicen esos Señores, los protestantes son mas ricos que los católicos; luego su religion es mejor.» (1)

(1) Aunque fuera cierto que los católicos, en general, lo pasan en la tierra con mas estrechez ó menos comodidad que los protestantes, esto, lejos

Un pastor francés, autor de una multitud de pequeños libelos protestantes, que corren por las calles, ha desarrollado este argumento de nuevo género, que se ha he-

ser un argumento en favor de la bondad del protestantismo; seria, al contrario, una prueba concluyente de que él no es la religion de Jesucristo. En efecto, abundan en el Evangelio los pasages que prueban, como el cristianismo es particularmente la religion de los pobres, de los que padecen, de los que lloran y son perseguidos; mientras que á los que rien, se consuelan y están hartos en esta vida, les están anunciadas por el mismo divino Maestro, grandes desgracias para la futura. Concedamos, pues, de buena gana a los protestantes su pretension de ser mas ricos por el comercio y por la industria, mas poderosos en el mar, mas ilustrados en la ciencia del mundo; y en seguida leamos en S. Lucas lo siguiente: «En verdad ¡ay de vosotros ricos que teneis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros que estáis hartos, porque padecereis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reis, porque os entristecereis y llorareis.» (S. Lucas, cap. VI vers 24 y 25.) Al contrario, el Salvador llamó bienaventurados á los que ahora padecen hambre, porque serán hartos; y á los que lloran, porque mas adelante reirán (Ibid. vers. 44.) A esto se agrega que, segun la declaracion espresa del mismo divino Maestro, El es el camino que conduce a la vi-

cho muy popular entre nuestros propietarios y fabricantes indiferentes, escribiendo para esto un libro especial. Pero á ese pastor le ha salido un contradictor por don-

da; pero ese camino es estrecho, porque tal debe ser el único que conduce á la vida (S. Mateo, cap. VII, vers. 14.) De consiguiente el protestantismo, jactándose de poner á los hombres en el camino ancho de la prosperidad temporal, por el mismo hecho demuestra que no es la religion de Jesucristo. Por último, como Dios castiga al hombre por donde ha pecado, especialmente cuando su pecado, es de orgulo(S. Luc. cap. XIV, v. 11); vease como á la protestante Inglaterra, que era el gran ejemplar que podian alegar los protestantes, la ha humillado y la está humillando, la Providencia. Nunca ha sido cosa muy sólida la prosperidad inglesa, pues no hay nacion con mas deuda publica que la Gran Bretaña, al paso que siempre ha tenido ella un pauperismo mas estenso y profundo que ningun otro pueblo de Europa, como que solo en Inglaterra, hay gente que se muere de hambre. Ademas aquel pueblo está gravado de contribuciones, hasta por tener luz. Por otra parte, desde la guerra de Crimea se vió que el poderío de esa Nacion, era en mucha parte un *prestigio*, que la prueba desvaneció; y la Francia humilló entónces á la Inglaterro, aunque de otra manera que los Norte-Americanos, los cuales la trataban con una especie

de él esperaba ser aplaudido. *El Diario de los Debates*, que nada es ménos que católico, ha dedicado al libro extraño del pastor protestante, un artículo lleno de buen

de insolencia. Para acabar de confundir á ese pueblo, Dios ha permitido la guerra de América, que vá dejando sin ocupacion á millares de brazos en las fábricas inglesas, á millares y millares de individuos sin trabajo y sin pan, y á todo el país en apuros para librar de la muerte por *inanicion* á esos individuos.—Lo repito, nada de esto se ve en los países católicos, aun los que los protestantes acostumbran á pintarnos con los mas negros colores. Tómense por ejemplo, ya que los sectarios los escogen por especial blanco de sus iras, á los Estados Pontificios y á la España. En Roma el pueblo vive mas cómodamente que en Londres y en Paris, como lo sabe todo el que ha visitado estas tres capitales; y si esto es ahora, cuando se dice que hay mas penuria, en tiempo del Papa Gregorio XVI, aun costaban mucho menos los alimentos. Sin embargo todavía en la actualidad, cuestan acaso la mitad que en otras capitales. Respecto á la España, ya quisiera la poblacion de Gran Bretaña, tener siquiera la mitad del bien estar que tiene la de España.—Téngase siempre presente, que el bienestar en este mundo, no es la regla de criterio para juzgar la verdad en materia de religion, como se ha visto; pero re-

sentido, en el cual, con una indignacion que le hace honor, descarga sendos golpes sobre los principios anti-cristianos, que sirven de base á esta nueva especie de apologia del protestantismo. Oigamos.

«*Las naciones católicas y las naciones protestantes, consideradas bajo el triple aspecto del bienestar, de las luces y de la moralidad.* Por Napoleon Roussel, pastor.—Hemos abierto este libro, dice el articulista del *Diario de los Debates*, con el deseo de decir de él todo el bien que pudieramos; pero con la mejor voluntad del mundo, nos es imposible considerarle, ni como un buen libro, ni como una buena accion. El autor..... ha escrito una obra, cuya última palabra es el materialismo mas cruel, mas insensible y mas desesperante. Ciertamente, si *un ministro del Evangelio* no tiene mas que una moral como esa que presentar al mundo: si protestante ó católico, sea lo que fuese, él

cuérdese tambien, que á los individuos como á los pueblos, cuando buscan primero el reino de Dios y su justicia, el Señor les dá lo demás por añadidura. (S Mateo, cap. VI vers. 33.) *(Traductor.)*

no tiene otra conclusion que sacar de la historia, entónces no les queda á los hombres más que alimentarse bien, pasarla bien, hacer buenos negocios. Entónces los mas ricos serán siempre los mas virtuosos. Esta lectura oprime el corazon.

«El pastor Roussel ha tenido la intencion de comparar á las naciones católicas con las naciones protestantes, bajo el triple aspecto del bienestar, de las luces y de la moralidad. Por desgracia, en esta ocasion, la moralidad, que tiene derecho al primer lugar, ocupa el último y el más pequeño. Las luces estan en segunda fila, tales como aparece en el título. El bienestar se exhibe y, por decirlo así, se presenta dándose importancia, en el primer lugar.

«En dos tomos demuestra el señor Roussel, á fuerza de números, que los protestantes son infinitamente más felices en este mundo que los católicos, que tienen más rentas, más acciones industriales, más cubiertos de plata, más camisas y más botas. Hasta ahora, todos habiamos creido, que en el juicio final, Dios pondrá á la dere-

cha los buenos y á la izquierda los malos; pero segun el sistema de este pastor protestante, la humanidad está dividida en otras dos categorias, á saber, la de *la gente gorda* y la de *la gente flaca.* Dios no sondeará las conciencias y los corazones, sino los estómagos. Si el Sr. Roussel permitiese á S. Pedro guardar la puerta del cielo, ciertamente le daria la órden de no dejar pasar, sino á la gente bien vestida, como se hace en las Tullerias. En la teologia protestante, para salvarse, es de rigor ir *en trage decente.*

«Es graciosa la complacencia con que el Sr. Roussel forma las cuentas á los paises católicos y á los paises protestantes. Vaya, es una verdadera teneduria de libros.

«En el terreno del bienestar, el Sr. Roussel y el protestantismo, reinan como señores, son los más ricos. Véase por ejemplo, la figura que hace esa triste y desaseada Irlanda, al lado de sus hermanas protestantes. El Sr. Roussel nos dá, con arreglo á datos oficiales, el balance de una parroquia de cuatro mil habitantes, teniendo

cuidado de añadir, que *todos son católicos;* y esos cuatro mil católicos poséen entre sí una carreta, un arado, diez y seis rastrillos, ocho sillas de montar para hombres, dos id. para mugeres, siete trinchantes de mesa, noventa y seis sillas para sentarse, doscientos cuarenta y tres taburetes, veinte y siete gansos, tres pavas, dos colchones de lana, ocho idem de paja, ocho candeleros de cobre, tres relojes, una escuela, un sacerdote, ningun sombrero, nada de péndulos, nada de botas, ningun nabo, ninguna zanahoria.... Detengámonos un poco en esta nomenclatura. El autor protestante, cuya obra examinamos, llena con esto páginas enteras; y despues de concluir esta especie de visita de hospital, esclama en tono de triunfo: «atravesemos el Canal; y despues de haber visto la Irlanda católica y sus miserias, contemplemos la Escocia protestante y su prosperidad.» (1)

(1) Este pasage demuestra á la vez que el protestantismo no tiene, ni en el corazon entrañas, ni en la cabeza seso. En efecto ¿quién ha puesto á la católica Irlanda en ésa triste condicion? Le protestante

«Como el que padece ictericia todo lo vé amarillo, así el Sr. Roussel vá á desenterrar al catolicismo, hasta en los rincones donde uno jamás hubiera creido que se habia anidado. Continuando la vuelta que va dando al mundo, este pastor protestante pone en paralelo tambien á la Suiza católica con la Suiza protestante. Hé aquí un viagero que llega á un canton católico, y su primera palabra es: «¡Qué desaseo! ¡Qué

Inglaterra ha tenido à la Irlanda 300 años bajo su planta de hierro, tratándola desapiadadamente, lo cual prueba suficientemente, que el protestantismo no tiene corazon; pero que teniendo la protestante Inglaterra la culpa de la triste condicion de la Irlanda, haya un hombre, como el pastor Roussel, que se complazca en hacer el inventario de esa miseria, para glorificar al protestantismo, es una prueba todavia mas convicente, de que el protestantismo no tiene seso en la cabeza, pues hace del sambenito gala. Ya se vé, como su criterio está en el estòmago, ¿para qué necesita ni del corazon ni de la cabeza? ¡Lástima que no hubiera habido protestantes ni protestantismo en tiempo de N. S. Jesucristo! Si los hubiese habido, ellos le habrian dicho que el pobre Lázaro debia ser puesto en el infierno, y el rico Epulon en el seno de Abraham. (*Traductor*.)

color amarillento, negro y lívido! Es cosa convenida, todos los católicos son amarillos. He aquí otra impresion de viage, que cito testualmente: «A eso de las dos llegamos á Fluelen; y esta tierra del Catolicismo nos fué anunciada por cuatro enfermos de lamparones, seis sarnosos y media docena de infelices cubiertos de hárapos, que parece salen del sepulcro.» Esto, como se vé, vá de mal en peor, pues hace poco los católicos eran amarillos y ahora ya son *sarnosos*. «Apartémos la vista de ese triste espectáculo, serenándonos con la contemplacion de una tierra protestante. ¡Qué valles! ¡Qué cultivo!, esclama el Sr. Roussel. ¡Qué abundancia y que industria! Zurich y sus bellos alrededores me parecen el asilo de la sabiduría, de la modecracion, de la comodidad y de la dicha..... Entramos en una cabaña, donde la dueña de ella nos ofreció leche y cerezas, poniendo sobre la mesa nueve ó diez cuchara de plata.....» ¿Lo entendeis bien? Diez cucharas de plata. ¡Qué santas gentes! No son los macilentos católicos los que pudie-

ran mostraros otras tantas. ¿Quereis seguir al Sr. Roussel en España? Ahi tambien, á fuerza de citas, él os probará que las posadas están sucias y que se come en ellas con cubiertos de estaño, que los caminos se encuentran en mal estado; y luego comparará aquel país, tierra clásica del catolicismo, con la Inglaterra, tierra clásica del protestantismo, la cual á su vez se anuncia por sus cubiertos de plata, sus caminos de hierro, sus sábanas etc. (1)

(1) El pastor protestante Roussel, como hemos visto, les contó á los cuatro mil católicos de un lugar de Irlanda, hasta los 27 gansos que tenian...... ¿Por qué no le ocurriría inventariar los *gansos* de los protestantes? Si es porque no los tienen, el Sr. Roussel suple por todos; pues parece que él se ha empeñado, con una horrible crueldad contra si mismo, en demostrar que es un buen pedazo de ganso. En efecto, si no lo fuera, ¿cómo le habria ocurrido, tratándose de aseo, alegria de los rostros, bienestar general etc. comparar la tierra clásica del protestantismo Inglaterra, con la España, tierra clásica del catolicismo? Pocas ciudades hay tan sucias como Londres, pocos cielos tan tristes como el de Inglaterra, ningun pueblo mas miserable que el bajo pueblo inglés, ninguna raza sugeta al *spleen*, como la

Nosotros no acompañarémos al señor Roussel en todas sus correrias, ni siquiera negarémos la exactitud de sus cuentas, consintiendo gustosos en dejar al protestantismo el beneficio de su plata. Pero si le preguntaremos, si cuando viajaba en Irlanda por ejemplo, ¿no ha sentido algun remordimiento de conciencia? ¿No se ha interrogado á si mismo, sobre si los protestantes no tenian algo que echarse en cara, al ver la miseria de aquella católica tierra? Si los protestantes no representan mas que la décima parte de la poblacion de Irlanda, ¿con que derecho han arrebañado ellos todas las propiedades y todas las rentas de la Iglesia católica? Y cuando el Sr. Roussel, para probar que los católicos de Irlanda no están ya oprimidos, nos dice que ellos tienen cuatro Arzobispos, vein-

Anglo-Sajona. En una palabra no hay ni puede haber término de comparacion, entre los protestantes ingleses y los católicos españoles, franceses é italianos; porque basta ver a los *primeros* para conocer que predomina entre ellos la tristeza, y basta tambien ver á los segundos, para persuadirse de que padecen menos y gozan mas que aquellos (Traductor.)

te y tres Obispos, dos mil y quinientas Iglesias y mas de dos mil sacerdotes, ¿cómo no siente él alguna admiracion bácia ese pueblo de mendigos; que enmedio de su miseria, todavía encuentra el modo de sostener su iglesia, cercenándo su propia pequeña subsistencia, mientras que los Obispos y ministros protestantes viven engordando y solazándose, con lo mismo que fué confiscado al catolicismo? ¿Como un *ministro del Evangelio*, cual se titula el Sr. Roussel, no se acuerda de aquellas palabras: «En verdad os digo que esta pobre viuda ha dado mas que todos los que han echado en el cepillo, porque todos los otros han dado de lo que les sobra; pero ella ha dado de su indigencia misma, todo lo que tenia y la quedaba para vivir?»

Pero el Sr. Roussel ha guardado para la Francia el mas brillante, el mas invencible de todos sus argumentos. Escuchadle: «Perseguidos por espacio de siglos, dice el pastor, y despojados de sus bienes los protestantes franceses, ellos deberian estar hoy, no al nivel, sino muy por deba-

jo del resto de la Nacion en materia de riqueza. ¿Es así? Si queremos consultar la opinion pública, podriamos decir que la *conciencia* del lector ha respondido ya.»

Admire el lector, de paso, el singular oficio que el pastor protestante señala aqui á la *conciencia*; pero sigamos oyendole.

«Como nada deseamos afirmar, ni siquiera la evidencia, sin apoyarnos en documentos, nos hemos procurado sobre este punto algunos auténticos, los cuales son de la mas alta importancia en la cuestion...» Aqui nosotros, oh lectores, nos pusimos á temblar por el catolicismo. ¿Que le vá á suceder? ¿Qué teja le vá á caer sobre la cabeza? nos preguntábamos; pero tranquilicémonos, es una talega de escudos, un aguacero de ochavos. El Sr. Roussel nos esplica en detall, que se procuró el estado de la contribucion que por los muebles pagan los protestantes del departamento del Sena. La lista está litografiada, él la tiene en las manos; y segun este dato encuentra, que el término medio que se paga por los habitantes de Paris en este ramo, es

de 33 francos, 44 céntimos; mientras que el término medio pagado por los protestantes en el mismo ramo, es de 87 francos, 4 céntimo. «De manera concluye el pastor, que los protestantes franceses poséen tres veces mas riquezas que sus compatriotas católicos romanos.» Con este golpe, no hay duda, el catolicismo tiene que rendirse. Decididamente, el catolicismo no se levantará de esta contusion moviliaria. Pero ya que el Sr. Roussel está de vena para hacer cuentas ¿por qué no ha consultado él la contribucion pagada por otra parte de la poblacion, á la cual no queremos nosotros ofender, pero que pasa generalmente por bastante bien acomodada, es decir los *Judios*? ¿Quién sabe si él no habria encontrado á los israclitas mas ricos; y por consiguiente, segun su sistema, deberán ser tenidos por todavía mas virtuosos que los protestantes?

Pero lo repetimos, no queremos disputar con el Sr. Roussel sobre guarismos, ni turbar su victoria. Dejémosle subir sobre su pirámide protestante, formada de Napoleo-

nes acuñados, á cantar su *Gloria in excelsis*. Alguno ha dicho: «Os digo en verdad que es muy difícil que un rico entre en el reino de los cielos.» Pudiéramos hacer aun algunas otras citas mas, que valdrian tanto como las del Sr. Roussel; pero no es de nuestra competencia escribir un sermon. Este pastor protestante, quizás ha creido sinceramente componer un libro moral y religioso, pero el espíritu de secta le ha cegado; y, sentimos tener que repetirlo, sus conclusiones son enteramente materialistas (firmado) *J. Lemoyne.*» (1).

XIV.

DE LA OBSERVANCIA DEL DOMINGO ENTRE LOS CATOLICOS Y ENTRE LOS PROTESTANTES.

Viendo que el domingo es estrictamente observado en la protestante Inglaterra, y

(1) Recuerde el lector que este artículo le ha publicado, no un diario *clerical*, sino el *Journal des Debats*, nada sospechoso de parcialidad hacia el catolicismo. (Traductor).

que esta observancia se descuida bastante en las grandes ciudades de Francia, se pregunta alguna vez ¿de donde puede resultar esa diferencia, la cual parece toda en favor del protestantismo?

Despues de notar que las grandes ciudades de Francia, por los estragos que en ellas han hecho el Volterianismo y la revolucion, no pueden con propiedad tomarse por término de comparacion en esta materia; obsérvese que la diferencia de que se trata, consiste en que tanto en Inglaterra como en otros paises protestantes, la ley civil secunda á la ley religiosa, decretando severas penas contra toda contravencion al reposo del Domingo. El protestantismo, no entra en esto por nada; y la prueba está, primeramente, en que los protestantes de los paises, donde la ley civil no manda guardar el Domingo, trabajan en él como los malos católicos, que es lo que sucede en Francia, por egemplo; y en segundo lugar, está tambien la prueba de mi asercion, en que cuando la ley civil manda respetar el dia de fiesta en paises católicos, ahí hay ese res-

pero á lo menos tan exactamente como en Londres, en Basilea y en Ginebra (1) Agréguese á estas observaciones, la de que en

(1) Luego el cargo y la responsabilidad en esto punto no es del catolicismo, que manda estrechamente santificar las fiestas, sino de los gobiernos que no apoyan en esta parte suficientemente á la Iglesía. Esos gobiernos, si son católicos, deben avergonzarse de no hacer siquiera lo que hacen los protestantes, en materia de tanta trascendencia; pues lo es sin duda alguna, el de la cesacion del trabajo en los Domingos, para que el pueblo tenga tiempo de instruirse en sus deberes morales y practicar su religion. Ocupados toda la semana durante el dia, para poder vivir con el jornal, y cansados por la noche, si no se procura que tengan libre el Domingo, para que asistan á Misa, y oigan la palabra de Dios, los hombres del pueblo caerán en la mas espantosa y funesta ignorancia. ¿Quién sabe cuantos crímenes no tienen otro orígen que ella? ¿Quién podrá decir cuantos delítos se habrian evitado, si sus autores hubieran tenido tiempo para asistir á las instrucciones parroquiales, que induciéndolos á vivir bien, los habrian retraido del precipicio? Dígase lo que se quiera, son inescusables los gobiernos que no procuran, con sábias y justas leyes, exactamente cumplidas, secundar en esta parte las prescripciones de la Iglesia. (Traductor.)

los paises protestantes, hay muchos católicos que no violan el dia del Señor, sin que en esto los aventajen sus compatriotas anglicanos ó calvinistas. La estricta observancia del Domingo en Inglaterra y en Suiza, es, pues, un hecho puramentete local, es un resultado feliz de una ley civil, y no de un fervor religioso. Si en Francia hubiese una ley semejante, los que en la actualidad violan el precepto de santificar las fiestas, porque les falta el espíritu de fé, harian lo que hacen la multitud de Ingleses incrédulos; esto es, observarián esteriormente á lo menos el Domingo, por respecto á la autoridad y temor á la policía.

Entretanto es curioso observar que la observancia del *Domingo*, que es el único *culto* del protestantismo, no solamente no se apoya en la Biblia, sino que está en contradiccion flagrante con la letra de la Biblia, la cual ordena el reposo en el *Sábado*. Es la iglesia católica, quien usando de la autoridad que la ha dado Jesucristo, trasladó el reposo al *Domingo* en me-

moria de la Resurreccion del Señor; de manera que la observancia del *Domingo* es un homenage que los protestantes, á su pesar, tributan á la autoridad de la Iglesia.

Concluiré haciendo observar con cuanta mas inteligencia y libertad cristiana, santifican el Domingo, los verdaderos católicos que los protestantes. En Lóndres está prohibido tocar la música en la propia casa el Domingo, se veda los niños jugar a las bolas ó al aro, se cierran los monumentos públicos, y el pasearse se considera cosa impropia. Ese es fariseismo no fidelidad. (1)

(1) Y el Viérnes Santo, aunque no trabajen los protestantes de Londres, se van a divertir al Palacio de Cristal. ¡En vez de contemplar al Salvador llagado y pediente de la Cruz, muriendo por amor del hombre, van á ver correr las fuentes, ó como se columpia un acróbata en la cuerda! ¡En cuanto á los Domingos, ¿cuántos protestantes de Lóndres van al templo? Desde una ventana de la capilla de Sta. Margarita, cerca de la Abadía de Wesminster y frente al palacio del Parlamento, he visto yo que habria allí solamente como diez y ocho ó veinte personas, en lo que llaman los protestantes *servicio divino.*

XV.

COMO SE CONDUCEN LOS PROTESTANTES RESPECTO Á LA MADRE DE DIOS.

Es una singular mánera de honrar á un hijo, despreciar y detestar á su madre. Pues la Santísima Virgen María, es la Made de Jesucristo; y las sectas protestantes se ponen de acuerdo, para repelerla

Nótese que entre ellos no se celebra este servicio mas que una sola vez en la mañana del Domingo, ó á lo mas dos veces si el ministro es puseista. De consiguiente, el que no asiste á este único servicio, ó á uno de los dos, claro es que no se cuida de tal servicio divino. Ahora, ¿que son diez y ocho personas para una Iglesia de Lóndres, ciudad que tiene tres millones de habitantes; iglesia que no está en un barrio bajo y desierto, sino en un cuartel decente y en un gran centro de poblacion? Tiene, pues, razon Monseñor de Segur en decir, que el reposo de los protestantes en los domingos, es fariseismo Asi todo lo que el protestantismo toca, lo echa á perder, especialmente lo bueno. (Traductor.)

con un desden que frecuentemente raya en cólera.

Semejante conducta es odiosa; y nada, ni aun los mismos principios protestantes, pueden escusarla. *María* es la Madre de Jesus: es así que *Jesus* es *Dios*; luego *María* es madre de *Dios*. ¿No es cosa estraña que esos hombres que se llaman cristianos, rehusen honrar á la Madre del Dios de los cristianos, á la que dió su carne al Dios, que padeciendo en esta carne, nos ha salvado? ¿No es cosa estraña que súbditos que se dicen fieles al soberano, nieguen el respeto y el honor á la madre de ese soberano?

Cuando el Angel se apareció á la Vírgen *María*, para obtener su consentimiento en el gran misterio de la Encarnacion, la dijo con respetuoso cariño: «Yo te saludo, ó llena de gracia. ¡Tú eres la muger bendita entre todas las mugeres!» Los católicos imitan al Angel bueno y fiel que honra á la Madre de su Dios; pero los protestantes prefieren imitar al ángel rebelde y falso, á quien se dijo desde el principio: «Yo pon-

dré enemistades entre la *Muger* y tú:» aquel ángel réprobo cuya cabeza debía aplastar María. *Et ipsa conteret caput tuum.*

Cuando la Santísima Vírgen llevando en su seno al Redentor del mundo se presentó á Santa Isabel, llena esta del Espíritu Santo, esclamó en un trasporte divino: «¿De donde á mí este honor, que la Madre de mi Dios se digne venir á mi? Bendita eres entre todas las mugeres y bendito el fruto de tu vientre.» Nosotros, los católicos, seguimos el ejemplo de Santa Isabel; é impulsados como ella por el Espíritu de verdad, nos complacemos en manifestar á María nuestra gratitud y nuestro amor. Pero las sectas protestantes imitan á los insensatos habitantes de Belen, que esperaban la venida del Mesías y se negaban á recibir á su Madre, ignorando que ella, y ella sola, es la que lleva á *Jesus.*

Cuando *María* respondió á las alabanzas de Santa Isabel, dijo en el sublime cántico de su triunfo: «*Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada*; *porque el*

que es poderoso ha obrado en mi grandes cosas.» ¿Cuáles son las generaciones que cumplen esa profecía, esa palabra de la Biblia, dando á María el título de *Bienaventurada*? ¿Son las generaciones católicas, que tanto en las capillas subterráneas de las Catacumbas, como en las espléndidas Basílicas dedicadas á Nuestra Señora, ensalzan el nombre y la gloria de *María*; ó son las generaciones protestantes, que ni respetan ni alaban á la augusta Vírgen, que antes bien créen hacerla demasiado honor cuando no la insultan?

A estos pasages de la Santa Escritura, tan claros y tan glorioso para *María*, los protestantes oponen algunas palabras dirigidas por Ntro. Señor Jesucristo á su bienaventurada Madre; palabras misteriosas, cuyo profundo sentido ellos no comprenden. Esas palabras tenian por objeto hacer que *María* participase de los anonadamientos de la Redencion, así como habia participado de los gozos de la Encarnacion, y habia de participar de las glorias de la Resurreccion y de la Ascencion de su Divino Hi-

jo. (1) Si esas palabras tubieran el sentido que las prestan los hereges, sería necesario deducir de ellas que *Jesus* no amaba á su Madre, que no la honraba, que era un mal hijo, y que violaba el cuarto mandamiento de su propia ley: «Honrarás á tu padre y á tu madre.» Asi los protestantes, por querer probar demasiado, nada prueban.

(1) Hay tambien protestantes, que siempre impelidos por ese odio diabólico contra *Maria*, han atacado su virginidad perpétua, fundándose en varios pasages del Evangelio, especialmente en aquel donde se habla de los *hermanos* del Señor. ¿Ignoran los protestantes citados, que hasta el dia de hoy, se llama en Oriente *hermanos* á los parientes próximos? En las lenguas Orientales, no hay término para espresar la cualidad de *primo*; y entre otros pasages de la Biblia, se puede alegar aquel en que Abraham dice á Lot, su sobrino: «No haya querellas entre nosotros porque somos *hermanos* » (Genes. XIII, 8.). Santiago, llamado algunas veces en el Evangelio *hermano* del Señor, era su primo hermano.—El dogma de la virginidad perpétua de Maria, está confirmado por todos los monumentos de los tiempos Apostólicos; y es necesario carecer de buen sentido cristiano, de pudor cristiano, para revocarle en duda. (Nota del Autor.)

Pero lejos de tener el Divino Salvador esos sentimientos, que no pueden atribuirsele sin locura y sin blasfemia; al contrario, Jesus, despues de su Padre Celestial, á nadie amaba mas que á su augusta Madre María. Como á mas de ser su madre, ella era la mas humilde, la mas pura, la mas santa de todas las criaturas; el Señor por todos estos títulos, la amaba con un amor único. Nosotros, pues, respetando y amando á *María*, nos conformamos con los sentimientos de *Jesus*; y de esta manera cumplimos, aunque siempre muy imperfectamente, la gran regla prescrita por el Apostol S. Pablo: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*. «Amad lo que el *Señor Jesus* ha amado.»

Si en nuestras necesidades invocamos á *María*, es porque sabemos que la Santísima Vírgen, tiene un gran poder sobre el corazon de su Divino Hijo; como lo prueba, entre otras cosas, el que su primer milagro lo hizo Nuestro Señor Jesucristo á súplica de su augusta Madre.

Asi como el Eterno Padre nos dió á su

Divino Hijo hecho hombre, por medio de *María*, de la misma manera es su voluntad que todas las gracias de Jesus, pasen por el mismo canal para llegar á nosotros. No quiere esto decir que *María* sea *mediadora de redencion*, pues solo Nuestro Señor Jesucristo nos ha salvado y redimido con la efusion de su preciosísima sangre. Pero la Santísima Vírgen, es mediadora de intercesion, es nuestra Abogada, es nuestra Madre por adopcion. Nosotros la pedimos que nos dispense su poderosa proteccion para con Dios, como un hijo recurre á su madre, para que su padre acceda mas fácilmente á sus deseos.

Fuera de todo esto, hay que observar que el culto de los cristianos á la Santísima Virgen, vá directamente á Nuestro Señor Jesucristo, siendo el Hijo honrado en la Madre. Si amamos y alabamos á Maria, es para felicitarla por ser madre de Dios, para darla gracias porque contribuyendo al misterio de la Encarnacion, con su consentimiento y con su virginal substancia, ha contribuido á darnos al Redentor. El

culto de honor que tributamos á *María*, es la salvaguardia del culto de adoracion que rendimos á *Jesus*. De esta verdad tenemos á la vista una prueba elocuente. La Iglesia católica, á quien se acusaba de olvidar á *Jesús* por *María*, el Criador por la criatura, esa Iglesia es la que únicamente conserva y defiende, contra la incredulidad protestante, la divinidad de Jesucristo; de ese único mediador por cuyo honor se mostraba muy celosa tan farisáicamente la heregía, divinidad de que esa misma heregía reniega mas y mas cada dia. (1)

(1) Para todo lo concerniente á la Santísima Virgen y su culto, recomiendo la lectura del hermoso libro de M. Augusto Nicolas, titulado *Estudios filosóficos sobre la Santísima Virgen.* Todas las dificultades protestantes se resuelven en esta obra, de la manera mas perentoria. Un sábio Magistrado decia al autor de esta obra: «Despues de haber leido vuestro libro, nadie puede quedarse protestante, en ningun grado.» (Nota del autor).

XVI.

CUAN DESOLADOR ES EL PROTESTANTISMO.

El corazon humano y la Iglesia católica, son obras de un mismo autor, que es Dios. Dios ha creado la Iglesia Católica, adaptándola maravillosamente á todas las necesidades del corazon humano.

Su autoridad doctrinal corresponde á nuestra necesidad de creer, porque sin autoridad no hay fé. Las ceremonias de su culto corresponden á nuestra naturaleza, la cual se compone de alma y cuerpo; y tiene, por lo mismo, necesidad de asociar las cosas materiales al acto todo espiritual de sus adoraciones. La confesion corresponde á esa necesidad de penitencia y de perdon, que está en el fondo de nuestra alma pecadora. La invocacion de los Santos y las oraciones por los difuntos, corresponden al sentimiento de la union eterna de las almas en Dios, y de la solidaridad de los hombres entre si; y de este modo, sucesi-

vamente, pudiéramos ir discurriendo por todos los dogmas, por todos los preceptos y por todas las prácticas de la iglesia...

En el protestantismo al contrario, todo es frio, triste y desnudo, como las paredes de sus templos, donde se siente que Dios no está.

¡Ay del alma estraviada ó viciada, que semejante al hijo pródigo, deja la casa paterna para trasladarse á las regiones desiertas y remotas del error! Apartada de la vivificante atmósfera, donde Dios por pura misericordia la había hecho nacer, no respira mas que un aire helado, ni encuentra otra cosa que el vacío y la desolacion.

Para el que se ha hecho protestante, no mas freno en el momento de la pasion, pero tampoco mas consuelo al tiempo del remordimiento; no mas guia en el momento de la duda, no mas auxilio en el momento de la tentacion y de la prueba, no mas perdon seguro despues de la falta, no mas confesion que tranquilice y que perdone en nombre de Dios. Para ese pobre apóstata, no mas bellas ceremonias de la iglesia, no

mas imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, no mas cuadro de la Santísima Virgen y de los Santos. Sus doctores le dirán que eso es idolatría. No mas Crucifijo ni señal de la Cruz, pues tambien calificarán esto de idolatría. No mas preces, ni respeto, ni amor á la Madre de Dios; porque igualmente lo tacharán de idolatría. No mas confianza en la intercesion de los Santos, ni mas patronos y protectores en el cielo, porque así mismo clamarán que es idolatría. Y cuando llega la hora de la muerte, cuando el infeliz está solo, cerca de comparecer en el tribunal de Dios, cargado con todas las culpas de su vida, no mas sacerdote que le administre los últimos sacramentos de la Iglesia y que le diga con certidumbre: «Pobre pecador, puedes morir en paz, porque Jesus me ha dado el poder de perdonarte; y, en su divino nombre, yo te perdono.»

Pero aun no hemos acabado. Despues de la muerte del apóstata, su cuerpo no será llevado á la Iglesia, sino que derechamente le conducirán á un cementerio, que no

está bendito; pues para los protestantes, toda bendicion de esta clase, es una especie de idolatría. (1) En fin si sus hijos

(1) Á este propósito referiré un hecho de que fuí testigo, hallándome en el convento del Monte Carmelo, en el mes de Marzo último. Un judio de Jerusalen, que se habia hecho protestante, no escrupulizó en ir á hospedarse en la casa que los religiosos católicos tienen ahi para los peregrinos. Hablaba un poco de inglés, y un sacerdote irlandés que viajaba conmigo, no vacilaba en entrar con él en conversaciones de religion, con el objeto de ilustrarle y, no sin esperanza de atraerle al catolicismo. Una noche el hebreo hecho protestante, calificó de supersticiones, las bendiciones autorizadas y prevenidas por la Iglesia católica. El sacerdote Irlandés le replicó con un argumento *ad hominem*, diciendole: «¿Ahora es V. protestante Anglicano?—Si—Y los anglicanos ¿no bendicen el agua para el bautismo?—Sí—Luego cometen una supersticion, segun la doctrina en que V. se funda para condenar á la Iglesia católica »—Yo no pude menos de sonreirme al observar el embarazo en que esta conclusion puso al pobre ex-isralita. Su única salida fué esta: «El protestantismo anglicano todavia no está *puro*: le queda algo de *romanismo*.»—¿Si irá el antiguo hebreo à concluir y perfeccionar la obra de Enrique VIII ó Isabel? Parece que no debe tener cuidado de esto

se han hecho protestantes, como él, les será prohibido orar por su padre; pues el protestantismo no admite ni purgatorio, ni preces por los finados. No, ni una sola oracion por los muertos hay en ese culto desolador, ni siquiera una visita piadosa á su última morada. Con unas lágrimas impotentes y estériles, en el momento en que cae sobre el difunto el último puñado de tierra, todo está concluido entre él y los que le sobreviven, segun el sistema protestante.

Por lo que á mi toca, confieso que esta sola consideracion bastaría para demostrarme la falsedad absoluta del protestantismo. La necesidad de orar por las persona, á quienes uno ha amado y perdido, es

los ingleses. Aquel judio, si mal no recuerdo, me dijo que habia logrado un empleo en la botica de el Hospital protestante de Jerusalen; y además estaba para casárse con la hija de otro judio *protestantizado*, que posée algunas propiedades cerca de Belen. Pescado el sueldo, no se ocupará mas en saber si el anglicanismo está ó no *puro*. Entre tanto, *no puro* como él le declaraba, lo ha abrazado, tiene empleo y espera novia. (Traductor.)

una necesidad tan profunda, tan imperiosa y tan natural al corazon del hombre, que una religion que niega esa necesidad y prohibe satisfacerla, ya está juzgada de antemano. De manera que no hacia mas que espresar el sentimiento universal, aquella pobre niña de diez años, que habiendo perdido á su madre, me decia á mi mismo con admirable energía: «Cuando yo sea grande y dueña de mis acciones, me haré católica; porque quiero pertenecer á una religion, que me permita amar á la Santa Virgen y orar por mi madre.»

XVII.

EL JUICIO DE LA MUERTE.

Se ha dicho que la muerte es el eco de la vida. El momento de la muerte es un momento solemne, en que los sofismas pierden su fuerza, en que las ilusiones se disipan y en que la conciencia recobra sus derechos. En el pleito que las sectas protestantes ponen á la Iglesia, apelémos á

ese fallo, cuyo autoridad es suprema. Veamos cual es el *juicio de la muerte.*

Ha habido protestantes que se han hecho católicos y católicos que se han hecho protestantes. Examinemos como mueren unos y otros.

En presencia de la muerte, como durante la vida, los innumerables protestantes que han entrado en el gremio de la iglesia católica, han estado llenos de esperanza y serenidad. Ni una sola espresion de arrepentimiento de haberse convertido, ni una sola inquietud sobre este punto, ni una duda, nada turba sus postreros instantes. Ellos créen, aman y entregan su alma á Dios, dandole gracias de haberlos hecho católicos. Desafío al protestantismo para que me cite un *solo hecho* siquiera, contrario á esta afirmacion. Todos esos Doctores, todos esos ministros, todos esos hombres instruidos y animosos, que aunque se habian educado en el protestantismo y le conocian á fondo, porque le habian practicado, le han abandonado para hacerse católicos, mueren como el conde de Stolberg, tan céle-

bre entre los sectarios, que despues de convertido murió lleno de gozo y de amor de Dios, bendiciendo al Señor por haberle hecho conocer la verdadera iglesia, recomendando á sus hijos que orasen por los difuntos, y encargándoles que permaneciesen firmes en la religion católica. Despues de haber recibido con humildad los últimos sacramentos, el ilustre moribundo repetía con celestial alegría: «Alabado sea Jesucristo.»

¡Cuan diferente es la muerte de la mayor parte de los apóstatas, por no decir la de todos! Cuando ellos no han perdido del todo el sentimiento de la fé en Dios y en la inmortalidad del alma, cuando no se han endurecido hasta el punto de hacerse materialistas ó ateistas ¡cuantas inquietudes, cuantos remordimientos, y cuantos terrores los agitan en sus últimos momentos! Ellos se acuerdan entónces de aquella Iglesia santa que abandonáron; y tiemblan al considerar *porque* lo hicieron. Este mundo con sus seducciones, se desvanece delante de sus ojos espantados, cediendo el lugar á los pen-

samientos del juicio y de la eternidad que se acercan. Si todavía créen en la Sagrada Escritura, léen en ella con terror, aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo que los condenan: «¿Que le importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?»

La muerte de los fundadores del protestantismo, todos ó en su mayor parte sacerdotes apóstatas, confirma la verdad de estas reflexiones, de una manera que espanta.

Lutero desesperaba de salvarse. Poco tiempo antes de su muerte, la infeliz mugèr con quien vivía como casado, le mostraba una noche el firmamento, sembrado de brillantes estrellas. «Mira, maestro, le decia ¡qué cielo tan bello!—No brilla para nosotros, respondió sombriamente el heresiarca.—¿Es acaso porque hemos violado nuestros votos? respondió Catalina.—Puede ser, repuso Lutero.—Pues si así fuere, volvió á decir Catalina, era necesario volver sobre nuestros pasos.—Ya es tarde; el carro está muy atollado,» concluyó

Lutero, cortando la conversacion.

Hallándose el mismo Lutero en Eilseben, la víspera del dia en que le atacó la apoplegía, decia á sus amigos: «Casi he perdido a Cristo, en esas grandes olas de desesperacion en que estoy sepultado.» Despues de alguna pausa añadió: «Yo que he salvado á tantos, no puedo salvarme á mi mismo.» Mas arriba he citado su testamento impío. El murió abandonado de Dios, blasfemando hasta el fin, y su última palabra fué una protesta de impenitencia. Su hijo mayor, que dudaba de la *Reforma* y del reformador, le preguntó por última vez, si perseveraba en la doctrina predicada. «*Sí*,» murmuró sordamente el gran culpable, y compareció delante de Dios.

Segun el protestante Schusselburg «Calvino murió de fiebre escarlatina, devorado por un hormiguero de gusanos y consumido por un tumor ulceroso, cuyo olor infecto no podia soportar ninguno de los asistentes.» (1) Este heresiarca exaló mi-

(1) Teolog. Calv.

serablemente su alma culpable, desesperando de salvarse, invocando á los demonios, profiriendo los mas execrables juramentos y las mas horribles blasfemias... Juan Haren, su discípulo, y testigo ocular de su muerte, refiere que «Calvino murió desesperado, de una de esas muertes vergonzosas y desagradables, con que Dios ha amenazado á los impíos y á los réprobos...... Yo puedo atestiguarlo porque lo he visto con mis ojos.» (1)

Espalatino, Justo Jonas, Isinder y muchos otros amigos de Lutero y corifeos del protestantismo, perecieron, desesperados los unos y locos los otros.

Enrique VIII murió diciendo que habia perdido el cielo; y su digna hija Isabel, espiró enmedio de una desolacion profunda, echada en el suelo, pues no se atrevía á estar en la cama, porque al principio de su enfermedad la habia parecido ver su cuerpo todo descarnado, palpitando en un brasero de fuego. (2)

(1) De vita Calvini.
(2) Lingard, History of England, vol.. VIII, Chap

¡Plegue al cielo que en vista de estas muertes espantosas y considerando lo que es la eternidad, nuestros pobres hermanos, los católicos que puedan ser tentados á abandonar la fé de la Iglesia, para seguir á aquellos desventurados heresiarcas, se acuerden de que ha de llegar un dia en que ellos tambien han de dar cuenta á Dios! Si piensan en la muerte, en el juicio y en el infierno, yo les aseguro que no se harán protestantes.

Sin embargo, si algunos han tenido la desgracia de ceder á la tentacion y de renegar de la fé católica, que no desesperen de la misericordia Divina; y para esto que escuchen la historia, perfectamente verídica, de la muerte de un apóstata mas culpable que otros.

En un pais limítrofe del norte de la Alemania, vivía un sacerdote olvidado de los deberes de su santo estado. A fuerza de caer de desórden en desórden, llegó á tal esceso, que abjuró la fé y huyó de su pa-

VIII & Milner, Letters to a Prebendary, Letter. 8.

tria para hacerse protestante. Aceptó además una colocacion de pastor; y así de predicador de la verdad, se volvió maestro del error. En este estado de enemistad con Dios pasó muchos años. Un dia le convidó á comer un predicador protestante, de una ciudad grande, que reunía en su mesa á otros muchos pastores protestantes de las inmediaciones. Mientras que juntos se divertian, vinieron á decir al pastor, dueño de la casa, que un pobre hombre se estaba muriendo y parecía tener necesidad de algunos auxilios espirituales. Yo no se por que motivo, el pastor no pudo ir á ver al enfermo; y, en consecuencia, el sacerdote apóstata se ofreció á reemplazarle en aquel ministerio. Su oferta fué aceptada. Pronto le introdujeron en un cuarto, donde yacía en cama un anciano, próximo ya á exhalar el último suspiro. El enfermo estaba desesperado. Leyóle el apóstata algunos pasages de la Biblia; pero el moribundo por toda respuestas le dijo: «Yo estoy perdido, no hay perdon para mí. ¡Ay de mí! ¡Estoy condenado!» Queria el apóstata tran-

quilizarle, exhortándole á cobrar confianza. «No, no, repuso el otro, nadie puede auxiliarme, yo no puedo ir al cielo: mi pecado es demasiado enorme, debo ser condenado.»— «Pero por amor de Dios ¿que es?» repuso el apóstata: «¿De que os sentis tan cargado el corazon?» Y el moribundo solo le respondía con las mismas palabras de desesperacion.

Rindióse, en fin, el moribundo á las vivas instancias del apóstata, y le dijo: «Lo que hace que para mi ya no haya ni salvacion, ni cielo, es que soy un sacerdote apóstata; y á este pecado he añadido otros, he resistido á las solicitaciones de la gracia, he rechazado las divinas misericordias.... ¡Ay! mi falta es demasiado grande para que pueda ser perdonada. Estoy perdido. Nadie puede ayudarme.»

Una revelacion como esta, llenó de turbacion el alma del apóstata, que veia en aquel cuadro su propio retrato. En aquel momento la antigua fé le representó que había un poder divino é inamisible, conferido al sacerdote cuando se ordena; y él,

con una voz conmovida, dijo al moribundo: «Hermano querido, yo puedo ayudaros. Esto es tan cierto como que Dios ecsiste; yo puedo ayudaros.... Yo tambien soy un sacerdote católico, os lo aseguro; y lo mismo que vos, yo tambien soy un renegado y estoy escomulgado. Pero como sabeis, en este artículo de la muerte, puedo absolveros, aunque me halle en ese estado.»

Fué esto para el pobre moribundo, como si un ángel hubiese venido del cielo para darle consuelo y esperanza. Vencido por la infinita misericordia de Dios, que á la hora última de su vida, aun le ofrecía el perdon, y con el perdon otras gracias y la seguridad de salvarse, si hacia una buena confesion; hízola con los sentimientos del mas vivo dolor y del mas sincero arrepentimiento, obtuvo la absolucion y murió en la paz del Señor. Este golpe triunfante del amor divino, que quiere la salvacion de todos los hombres y busca á los mas grandes pecadores hasta su último aliento, hirió de tal manera al que habia

sido instrumento de tamaña misericordia, que mudado inmediatamente su corazon por la omnipotencia de la gracia, desde aquel momento resolvió convertirse. De vuelta á la casa del convite, halló todavia reunidos á los comensales y les dijo: «A Dios, señores. Yo me vuelvo al gremio de la Iglesia católica, á la cual habia abandonado con tanta perfidia. Acabo de ver cuan terrible es la hora de la muerte para un apóstata. Gracias á Dios, por su especial providencia, yo me hallé ahí para ser, aunque indigno, instrumento de su misericordia; y pues esa misma misericordia infinita me llama á penitencia, voy á hacerla para reconciliarme con el Señor y salvarme.»

XVIII.

EL PROTESTANTISMO Y LA INCREDULIDAD.

Los incrédulos y los racionalistas de nuestros dias, tratan con especiales complacencias al protestantismo y consideran

á Lutero y Calvino como á sus propios abuelos. Tienen razon. Digan lo que quieran esos protestantes que todavía tienen algo de cristianos, la incredulidad que hace tantos estragos en la sociedad moderna, es la consecuencia lógica é indeclinable de la revolucion religiosa del siglo décimo sesto.

El protestante es un hombre, que en nombre del libre exámen, rechaza una parte de las verdades cristianas enseñadas por la Iglesia al mundo, con la autoridad que Cristo la ha dado. El incrédulo es un hombre, que en nombre de ese mismo principio del libre exámen, vá mas lejos y rechaza todo el conjunto de esas verdades.

El protestante rechaza á la Iglesia, porque no la crée una institucion divina. El incrédulo rechaza á Jesucristo, porque no le crée verdadero Dios.

El principio es el mismo para el protestante y para el incrédulo. Esto es, en el uno y en el otro, la razon individual usurpa el lugar que corresponde á la fé, que

es la sumision del espíritu á la autoridad de Dios. De consiguiente el protestante, sépalo ó no lo sepa, es un incrédulo en semilla; y el incrédulo es un protestante ya desarrollado, crecido, maduro.

Como en la bellota está el encino, porque sembrada aquella nace este; así la incredulidad está en el protestantismo, pues del principio de este nace la consecuencia de aquel. El camino de las negaciones, forma una resbaladiza pendiente. Si el libre exámen de un Luterano ó su razon, ya que así hay antojo de llamarla, le fuerza á rechazar la autoridad del Papa, que es el Vicario de Jesucristo; un calvinista dice que ese mismo libre exámen le hace rechazar la presencia real de nuestro Divino Salvador en la Eucaristía, dogma conservado por los Luteranos. Por el mismo principio los socinianos, los ministros protestantes de Ginebra y una multitud de sus cólegas franceses, rechazan hoy, imitando á Voltaire, y á Rousseau, la divinidad misma de Jesucristo; y por consiguiente abjuran el cristianismo y caen en la incre-

dulidad completa, siempre en consecuencia del libre exámen. Los filósofos alemanes y franceses racionalistas y panteistas, de todos los colores, no se paran en Jesucristo, sino que se adelantan á negar la existencia de un Dios criador, todo esto tambien por la gracia del libre exámen. De consiguiente, lo repito y conmigo lo repetirá todo protestante que quiera ser franco y sepa ser lógico: el libre exàmen es el protestantismo en su principio esencial. Lutero, padre del libre exámen y del protestantismo, es por tanto el padre de la incredulidad, el padre de toda negacion anti-cristiana. (1)

El Sr. Eugenio Rendú, en su memoria sobre la instruccion pública en Alemania dice: «Estaba yo en Jena dos meses antes de la apertura del sínodo, en que debian

(1) Este era el sentimiento del Rey Enrique IV, siendo Calvinista. Entónces le parecia que protestante y turco, erán sinónimos en cuanto á la piedad, por lo cual decia escribiendo á la Marquesa de Verneuil: «Yo estoy endiablado; y si no fuera hugonote me haria turco.»

reunirse los pastores protestantes de los diversos Estados de Alemania, y preguntó á un pastor, que era catedrático distinguido de Teología en la Universidad de la misma ciudad de Jena: ¿si se ocuparía aquella asamblea de cuestiones dogmáticas y doctrinales? No, me respondió él: se tratará de liturgia y de simples cuestiones de forma. Sobre los demas *no se puede pensar en entenderse*, porque desde que uno se pone en el terreno dogmático *Pist.... Todo desaparece.*»

Eugenio Sue, uno de los gefes del partido anti-cristiano, ha escrito, entre otras cien líneas, las siguientes, que recomendamos á la meditacion de todos los católicos y de los muchos protestantes que aman la verdad: «Los hombres de la libertad, dice aquel impío, los radicales, los racionalistas, han atacado tal vez inoportunamente al protestantismo, especie de religion transitoria, especie de puente, si puedo espresarme así, con cuya ayuda se debe llegar seguramente al racionalismo puro, aunque sufriendo esa fatal necesidad de un culto;

porque la masa de la poblacion, no sabria pasarse todavía ahora sin él.

«Yo, libre pensador, penetrado de los peligros inherentes á toda religion, admito la necesidad de una religion (es verdad que transitoria); porque, digamoslo claro, hay que distinguir entre lo posible y lo apetecible.»

«Débese reconocer que en el mal hay grados y que el mal menor es preferible al mal absoluto.» (1) El mal absoluto para estos impios, es Jesucristo, es su Iglesia, es la religion, son los católicos.

Y pasando de la teoría á la práctica, Eugenio Sué formula los estatutos odiosos de una sociedad cuyos miembros no bautizarán á sus hijos, no se casarán religiosamente, no presentarán los cadáveres de sus difuntos en la Iglesia, en una palabra, renunciarán completamente toda relacion con la religion.

Otro impío, Edgard Quinet, gran preco-

(1) Carta publicada en el *Nacional Belga*, Noviembre de 1856, y reproducida por todos los diarios del partido.

nizador del protestantismo y yerno de un pastor protestante, llama á las sectas protestantes *las mil puertas abiertas para salir del cristianismo.*

Diráse que los protestantes franceses, generalmente no van tan lejos. Es verdad que hay grados en el protestantismo, y que la incredulidad absoluta es el protestantimo en superlativo.

XIX.

EL PROTESTANTISMO Y LA REVOLUCION.

Todo protestantismo es revolucionario. No digo que todo protestante, sino que todo protestantismo; porque bien sé que el hombre no es siempre bastante lógico, para poner en armonía sus acciones con sus creencias. A veces vale mas el hombre que lo que piensa. Así como entre los católicos hay desgraciadamente muchos que faltando á sus principios, son revolucionarios exaltados, de la misma manera y por la propia razon de que son ilógicos, hay

entre los protestantes un gran número de hombres y hombres de saber y de talento, que son sinceramente amigos del órden entre los protestantes. Pero aquí se trata del protestantismo y no de los protestantes. Repito, pues, que todo protestantismo es revolucionario.

Mientras que el catolicismo es la sumision del corazon y del espiritu á la autoridad de la Iglesia, el protestantismo es la negacion de toda autoridad en materia de religion. Ahora bien, una vez establecido en principio que el hombre no debe reconocer ninguna autoridad religiosa: ¿no es sencillo y natural concluir, que tampoco debe reconecer ninguna autoridad política ó civil?

El ilustre Ventura de Ráulica ha hecho sobre este punto las siguientes reflexiones:

«¿Por qué los que han negado obediencia á la Iglesia no la negarian al Estado? El protestantismo ó sea la rebelion contra la autoridad religiosa, encierra en sus entrañas el gérmen de la rebelion contra toda autoridad política.

«La historia del protestantismo dá un testimonio elocuente de esta verdad. Donde quiera que él fué proclamado, su primer llamamiento á los cristianos para rebelarse contra el Papa, al instante se convirtió en llamamiento á los pueblos para rebelarse contra los reyes. Las mismas lenguas de los gefes de la pretendida *Reforma*, que formulaban blasfemias las mas atroces contra la Cabeza de la Iglesia, vomitaron los mas sangrientos insultos contra los soberanos de los Estados. Si para aquellos genios del desórden el Sumo Pontífice era un tirano, los príncipes fueron monstruos; y las guerras de religion que en aquella época desgraciada inundaron de sangre la Alemania, la Inglaterra y la Francia, no fueron en el fondo otra cosa que *guerras de revolucion*.

Desde entonces el protestantismo ha simpatizado siempre, y en todas partes con todas las rebeliones; y todas las rebeliones han mostrado hacia el protestantismo, muy notables simpatías. (1)

(1) Nótese que esto lo decia el Padre Ventura en

«Todo protestantismo ha sido siempre revolucionario, así como toda rebelion ha si-

1857, predicando la cuaresma en las Tullerias, delante del Emperador Napoleon; y obsérveso como poco despues se han verificado, y continuan verificándose, hechos que confirman de un modo concluyente sus aserciones.

1.ª «Del seno de los pueblos protestantes ha salido el espíritu de rebelion,» decia el ilustre Teatino en Marzo ó Abril de 1857; y en Enero de 1858 salian de la protestante Inglaterra las bombas de Orsini, y de las bombas de Orsini salieron en 1859 la guerra de Italia, las insurrecciones de los Ducados y legaciones italianas, los asesinatos y las proscripciones de los Piamonteses en el Reino de Nápoles.

2.ª «El protestantismo ha simpatizado siempre con todas las rebeliones.» Las que han tenido lugar en Italia, poco despues de haberse espresado así el Padre Ventura, no tienen amigo mas declarado y entusiasta que el protestantismo ingles; el cual las ha ayudado con la diplomacia, con dinero, con juntas, y de cuantas maneras han estado à su alcance.

3.ª «Todas las revoluciones han simpatizado con el protestantismo.» Las epístolas de Garibaldi, aunque tan insensatas, son el mejor comentario de esta asercion del orador cristiano en las Tullerías. (Traductor.)

do siempre en la esencia protestante.

«Del seno de los pueblos protestantes, ha salido el espíritu de rebelion que en estos últimos tiempos ha cundido en algunos paises católicos. Despues que la pretendida *reforma* quiso derribar el altar, todos los tronos se han conmovido. La revolucion de la Francia católica, no fué mas que imitacion de la revolucion que antes se verificó en la protestante Inglaterra; pues al protestantismo inglés, le corresponde la triste gloria de haber introducido en la Europa cristiana, la moda pagana de asesinar juridicamente á los Reyes.» (1)

(1) Alude el orador á la ejecucion de Cárlos I rey de Inglaterra y á la revolucion que elevó á Cromwell y lanzó despues de la Gran Bretaña á Jacobo II y la dinastía de los Stuart. Los últimos individuos de esta dinastía hubieron de morir en Roma, bajo la proteccion de los Papas, cuya autoridad habian desconocido é insultado sus antepasados.—Roma perdona siempre, sin exigir mas que el arrepentimiento; y no solo perdona, sino que ampara y favorece á sus enemigos en la desgracia. Así lo han esperimentado todas las dinastías caidas, por

En virtud de ese orígen comun, el protestantismo y la revolucion se confunden cada dia mas el uno con el otro. Es verdad que los protestantes honrados rechazan esa union que los espanta, pero ella se consuma inevitablemente, en virtud del principio mismo que produjo la *Reforma*; y los órganos mas reconocidos del socialismo, lo proclaman así en alta voz. Por eso el revolucionario Edgard Quinet escribe lo siguiente: «Me dirijo á todas las creencias, á todas las religiones que han combatido á Roma: *todas ellas estan en nuestras filas*,

mas que ellas se hallan mostrado en la prosperidad hostiles a la Santa Sede. Los Borbones, que llenaron de amargura el corazon del Santo Papa Clemente XIII, han hallado y hayan un asilo decoroso, grato y seguro en Roma. Lo mismo les ha sucedido á los Bonapartes, comenzando por Napoleon I, á quien el mismo Pio VII, en págo de haberlo tenido preso en Fontanebleau, envió dos capellanes, Bonavita y Vignali; para que le consolasen en Sta Elena, de las amarguras con que le abrevaba la protestante Inglaterra.—Esto solo prueba que el Papa es el Vicario de Cristo, pues vuelve bien por mal. (Traductor.).

quieranlo ó no lo quieran, puesto que en el fondo, su existencia es tan incompatible como la nuestra con la dominacion de Roma.» Luis Blanc otro gefe revolucionario, dice: «*Todo Lutero religioso, escita necesariamente un Lutero político*.»

Mazzini, Garibaldi y los otros aventureros, que hace algunos años tubieron bajo su perverso yugo la capital del mundo cristiano, creyeron no poder encontrar mejor medio de afirmar y consolidar en Italia la revolucion social, que el de introducir el protestantismo. Por eso fueron distribuidas en Roma millares de Biblias falsificadas; y por eso tambien se formó el proyecto de dar á los protestantes la Iglesia del Panteon, que está en el centro de la ciudad. Garibaldi decia al ministro protestante Pozzi en 1850, al confiarle la educacion religiosa de su hijo: *La Biblia es el cañon que nos abrirá la Italia.*

Las publicaciones impudentes de los revolucionarios modernos, están á la vista de los protestantes lo mismo que las nuestras. Que las consulten. Con voz unísona

los revolucionarios todos aplauden al protestantismo, *forma religiosa de la revolucion.*

Este es un hecho incontestable y público que merece la atencion de los hombres sérios. (1)

(1) Y ya ellos lo han conocido. Por eso en el último conflicto entre el Sumo Pontificado y la revolucion en Italia, se ha visto que algunos de los protestantes mas sabios y honrados, como el Doctor Leo en Alemania, Mr. Guizot en Francia y en Inglaterra los redactores del semanario The Union, han defendido noble, elocuente y decididamente los derechos del Papa, condenando las pretensiones, los excesos y las iniquidades de la revolucion. Hasta un judio, Mr. Cohen, ha visto que bajo el pretesto de libertad, de independencia y de nacionalidad, se quiere privar al Papa de su Soberanía temporal, para arruinar su autoridad espiritual; y que si fuera posible á los revolucionarios, realizar este intento, luego no quedaria en pie ninguna religion en el mundo. Por lo pronto se hablaria de protestantismo, para caer inmediatamente en el racionalismo; y á nombre de racionalismo, se renunciaría á Jesucristo y á Díos Criador, probablemente para adorar, bajo la forma de una prostituta, á la Diosa Razon, como en la primera revolucion francesa. (Traductor).

Los que sean indiferentes hácia los intereses sagrados de la fé, deben, por lo menos, conmoverse en vista de los peligros que amenazan al hogar doméstico.

«El socialismo, ha dicho un gran escritor, no es mas que el protestantismo contra la sociedad; así como el protestantismo, no es mas que el socialismo contra la Iglesia.» (1)

(1) *Del protestantismo y de todas las heregias, en sus relaciones con el socialismo*; por Augusto Nicolás.—Yo no podré recomendar demasiadamente este libro, en verdad notable, á todos los que quieran estudiar mas á fondo la gravísima verdad que no he hecho mas que indicar en este pequeño capítulo.—Consúltese tambien el hermoso tratado del P. Perrone, titulado: *El protestantismo y la regla de fé.*

CONCLUSION.

Ahora, lector amigo, si este libro te ha hecho algun bien, ora por mí; y encomienda tambien á Dios, para que los ilumine, á cuantos deban léerle.

Me he dirijido á tu lealtad y buen sentido. Espero haberte hecho tocar con la mano, esa profunda miseria que se llama *Protestantismo.*

Si te acontece discutir con un protestante, sé prudente y caritativo. No te dejes sacar del camino recto y claro, poniendo en práctica las reglas del buen sentido. No te metas en controversias infructuosas, las cuales sirven solámente, como dice el Apóstol S. Pablo, para turbar y agriar los ánimos. Envia esos disputadores é inventores de religiones, á controvertir con el cura de tu parroquia.

En cuanto á tí, conserva la fé: sé hijo sumiso de la Iglesia Católica, que es la maestra de la verdadera piedad y la de-

positària infalible de las verdades cristianas: practica tu fé con celo y amor: ora mucho: comulga con frecuencia: ama profundamente á Nuestro Señor Jesu-Cristo, tu Salvador; y á María Santísima, su Madre siempre Vírgen: honra, respeta y ayuda con tus oraciones al Papa, representante en la tierra del Dios del cielo; y vive, en fin, de tal manera, que despues de los dias de tu peregrinacion en esta vida, llegues en la otra á la eterna bienaventuranza.

Sub tuum praesidium Inmaculata.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

Páginas.

Páginas.

TERCERA PARTE.